



CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
Promoción 2006-2010

APUNTES CRÍTICOS SOBRE LA TEORÍA MODERNISTA DEL
NACIONALISMO: INGLATERRA 1066-1453

TESIS QUE PARA OPTAR AL TÍTULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

PRESENTA:
OSWALDO ARIEL MENA AGUILAR

DIRECTOR:
DR. ROBERTO BREÑA

MÉXICO, D.F., JUNIO DE 2011

En el fuego de mi celo he hablado contra las demás naciones y contra todo Edom, que se han apropiado para sí de mi tierra como posesión, con alegría, de todo corazón y con desprecio de alma, para dejarla como presa
Ezequiel 36:5

Tantos grandes nobles y casas, tantos magníficos capitanes, tantas valientes naciones, tantos orgullosos príncipes, un poder tan espléndido., Y en un segundo, en un pestañeo, todo pereció para siempre
Jacopone da Todi , siglo XIII

Uno debe hablar español con Dios, italiano con la amiga, francés con el amigo, alemán con los soldados, inglés con los patos, húngaro con los caballos y bobemio con el diablo
Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano

Longboms are proof that God hates the French
Proverbio inglés

Cada nación se burla de las otras y todas tienen razón
Arthur Schopenhauer

A mis padres, que hicieron de los libros una prioridad en la casa. A mi madre, por las notas amorosas en la almohada, por respetar siempre mis decisiones y enseñarme a afrontar sus consecuencias. A mi padre, por enseñarme a nunca sentirme satisfecho y exigir de mí siempre más. A mi hermano, por ser mi compañero más seguro.

A mis amigos, que alimentan generosamente dos sustentos esenciales de mi vida: la risa y el vino. Gracias a los que no han faltado ni una sola vez. Ellos saben quiénes son.

A El Colegio de México. En sus aulas aprendí a cuestionar las generalizaciones simplistas, a despreciar la retórica vacía y a comprender el insustituible papel del Estado en el bienestar del país. Sus pasillos reunieron a algunas de las mejores personas que he conocido.

A todos los que se involucraron con este trabajo, directa e indirectamente. A Roberto Breña, por haber aceptado dirigir este insólito tema. A mis sinodales, la profesora Soledad Loeza, el profesor Francisco Gil Villegas y el profesor Fernando Escalante, por la premura con que tuvieron que hacer frente a estas páginas y el entusiasmo con que lo hicieron. A Pancho, por leer varios capítulos y sugerirme indagar en la vida de los santos. A Don Luis Vázquez, quien desinteresadamente leyó esta tesis.

A Sofía, por haber escuchado ésta y muchas otras historias más. Gracias por nunca haber dejado de sonreír. Gracias por los naranjos de Sevilla y por el sol de Madrid.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	p. 4
I. EL MODERNISMO	p. 13
I.I Ernest Gellner. Nación, alta cultura y movilidad social.....	p. 17
I.II Eric Hobsbawm. La nación y las transformaciones políticas del siglo XVIII.....	p. 27
I.III Benedict Anderson. Nación, imaginación y capitalismo impreso.....	p. 38
II. ALTERNATIVAS TEÓRICAS AL MODERNISMO	p. 45
II.I Anthony Smith y la crítica sociológica al modernismo.....	p. 48
II.II Greenfeld, Strayer y Hastings. La crítica histórica al modernismo.....	p. 61
III. LA COMUNIDAD POLÍTICA EN INGLATERRA, 1066-1453	p. 71
III.I El Estado y la burocracia.....	p. 72
III.II El Estado en la Edad Media. Burocracia y movilidad social.....	p. 74
III.III La conquista normanda y el ascenso de los Plantagenet, 1066-1271.....	p. 86
III.IV La época de los “tres Eduardos”, 1272-1377.....	p. 94
III.V El trono de los Lancaster y el fin de la Guerra de los Cien Años.....	p. 102
IV. LA COMUNIDAD CULTURAL EN INGLATERRA, 1066-1453	p. 110
IV.I Religión e identidad nacional	p. 111
IV.II Lengua y literatura en la identidad nacional inglesa	p. 122
V. CONCLUSIONES	p. 152
Bibliografía	p. 141

INTRODUCCIÓN

Desde la posguerra de 1945 la nación se concibió como la expresión más depurada del inevitable deseo del ser humano de asociarse con sus semejantes. Su primacía como unidad política y cultural era una verdad incuestionable, la legitimidad que emanaba de ella no requería comprobación alguna. Como el marxismo y el liberalismo, el nacionalismo hizo suya la creencia de que la Historia desembocaría en una sociedad final; se apropió de la idea de la humanidad consumada en una etapa última. Con base en estos postulados, las naciones se imaginaron a la vez como unidades naturales, independientes de la voluntad de los individuos y existentes desde el alba de los siglos y como el destino inevitable de toda comunidad humana.

La naturalidad de la nación parecía tan evidente que, tras la efervescencia de los nacionalismos emergentes de la posguerra de 1945, algunos académicos condenaron al nacionalismo al olvido. Aunque muchos politólogos y sociólogos describieron las contribuciones del nacionalismo a la formación del Estado en el siglo XIX y cómo éste dio forma a numerosas dimensiones de la vida moderna, algunos suponían que éste era cosa del pasado. Sin embargo, el nacionalismo recuperó la atención a finales de la década de 1980 con una fuerza insospechada para un fenómeno que se creía desaparecido.

Tras el colapso del sistema comunista, las reivindicaciones nacionales y los conflictos étnicos reaparecieron como los temas principales de la agenda política en Europa del Este. El

programa serbio de “limpieza étnica” demostró que los trastornos nacionalistas y la violencia racial que siguió a la caída del régimen soviético no eran un fenómeno transitorio y que los reclamos nacionales no habían perdido vigencia. Con ésta y otras demostraciones, el nacionalismo volvió a invocarse en conflictos en todo el globo y recuperó su papel como la forma principal de legitimación retórica para establecer los límites de las comunidades políticas, además de convertirse en la justificación de los reclamos por la autodeterminación y hacer de la nación la principal fuente de legitimación del poder político en nuestros días.

El orden jurídico internacional confirma la poderosa presencia de la nación en el sistema político al considerarla el único sujeto colectivo capaz de ejercitar determinados derechos, como la representación soberana de la comunidad por ejemplo. Pero el nacionalismo no limita su hechizo a las estructuras políticas y códigos jurídicos. Tiene también una dimensión psicológica, afectiva y emocional tal envergadura que, en nuestros días, la nación se ha convertido en una forma determinante —y casi hegemónica— de identidad colectiva. Así, “la nación se dibuja en el horizonte mental del hombre moderno como una realidad insoslayable [...] Ser miembro de una nación se ha convertido en una necesidad ontológica capaz, pareciera, de condicionar por completo nuestra forma de ser y estar en el mundo”.¹

A pesar de la ubicuidad cotidiana de la nación, en las décadas de la posguerra de 1945 varios académicos cuestionaron su naturalidad e historicidad. El (re)surgimiento de movimientos nacionalistas en el seno de naciones supuestamente unificadas —escoceses, flamencos, vascos y quebequenses por citar algunos— a finales del siglo XX llevó a muchos estudiosos a dudar de la consistencia histórica de la nación. Así, un número creciente de

¹ Tomás Pérez Vejo, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: El caso del mundo hispánico” en *Historia Mexicana*, v. 53, no. 2 (oct.-dic. 2003) El Colegio de México, p. 276.

especialistas comenzó a suponer que “la nación no es universal ni en el tiempo ni en el espacio, no ha existido siempre y podría dejar de existir en el futuro”.²

Aunque diferían en el énfasis que cada uno prestaba a factores específicos, historiadores como Hugh Seton-Watson, Charles Tilly, John Breuilly, Eric Hobsbawm y sociólogos como Tom Nairn, Benedict Anderson y Ernest Gellner llegaron a conclusiones contundentes: lejos de ser un elemento constante en la historia humana, la nación es un fenómeno completamente moderno y su génesis puede atribuirse a las transformaciones políticas, sociales y tecnológicas que ocurrieron entre los últimos años del siglo XVIII y la época contemporánea. Para esta generación de académicos, la nación es un fenómeno con pocas raíces en épocas anteriores; su supuesta universalidad es un parte de una retórica que pretendía legitimar a determinadas élites políticas en su interminable búsqueda por el poder. Estas conclusiones cimentaron una perspectiva que los estudiosos del nacionalismo llaman *modernismo*.

Para quienes comparten estas premisas —los *modernistas*— la clave que rebate la atemporalidad de la nación es la distinción histórica entre unidades culturales y políticas. Estos autores afirman que la nación, que en su sentido original era una comunidad de parentesco, estaba frecuentemente dissociada de la unidad que ejercía las potestades políticas y que esta condición sólo cambió tras ciertas transformaciones políticas, culturales y económicas a partir del siglo XVIII. Así, suponen los modernistas, la innovación y característica esencial del nacionalismo es la reivindicación de que ambas unidades deben corresponderse. En la Antigüedad, afirman, las comunidades culturales no ejercían necesariamente potestades políticas, en nuestros días, en cambio, esta situación es impensable. Sin embargo, una corriente

² *Ibid*, p. 278.

crítica al modernismo sostiene que en el pasado han existido comunidades similares a la nación contemporánea, comunidades que integraban tanto la sensación de una comunidad familiar extendida como el ejercicio de potestades políticas. Además, los críticos del modernismo también cuestionaron el carácter de fabricación e impostura que los análisis modernistas atribuyen a la nación y el nacionalismo.³

Los elementos que separan a modernistas y sus críticos son muchos, sus cuestionamientos incluyen tanto el carácter funcionalista que el modernismo atribuye a la nación como su falta de sensibilidad sobre la naturaleza subjetiva y emocional de la misma. Mi propósito es presentar el diálogo que los modernistas y sus críticos establecen y, de los argumentos que ambos esgrimen, en este trabajo me centraré en la discusión referente a “la génesis” de las naciones, el momento histórico particular en el que a una podemos descubrir atributos de nación en una comunidad determinada. Cabe precisar que comprendo a la nación en los términos de Ernest Gellner, es decir, como aquella comunidad que integra potestades políticas y signos culturales de identificación y que se manifiesta como una forma de identidad colectiva. Me propongo discernir si es posible atisbar la continuidad entre comunidad política y cultural que da sustento a la nación antes de lo sugerido por los modernistas.

El concepto que me interesa analizar es el de *nación* y el momento histórico en el que podemos identificar algunos indicios de su presencia. Por ello, aunque guardan una relación en extremo estrecha, no pretendo profundizar en la discusión sobre el *nacionalismo*, que puede relacionarse más claramente con una serie de movimientos y reivindicaciones políticas que iniciaron en el siglo XIX y que pretendían garantizar el escudo institucional del Estado a las comunidades territoriales que experimentaron las convulsiones del *Ancien Régime*. Para tratar de

³ Por ejemplo, John A. Hall considera que “se ha acusado a la teoría de [Ernest] Gellner [uno de los autores fundamentales del modernismo] de tener una visión muy instrumental de las motivaciones humanas” John A. Hall, *The State of the Nation, Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Nueva Cork, Cambridge University, 1998.

obtener alguna claridad conceptual y, al hablar de un periodo histórico distinto, evitar en lo posible los anacronismos, procuraré prescindir del término de nacionalismo (en el sentido antes mencionado) y me referiré en cambio a la construcción de identidad nacional. La diferencia estriba, en mi opinión, en el carácter deliberado que el primer término implica y que no está necesariamente presente en el segundo. Sin embargo, debo reconocer que la precisión conceptual absoluta escapa de mis posibilidades. Aún más, la profunda relación entre nación y nacionalismo anticipa la relación entre la nación y otros términos asociados —como comunidad, etnia o raza— que no necesariamente implican el mismo sentido pero que tienen una fuerte comunión en la que es difícil diferenciar las fronteras. Los grandes estudiosos del nacionalismo reconocen la dificultad para la pureza conceptual, y yo no pretendo afirmar haber superado ese complejo problema.

Antes de comenzar este ejercicio considero pertinente una breve descripción de lo que entiendo por identidad colectiva, pues ésta es la faceta de la nación que considero más relevante. Como afirma Luis A. Vázquez, la identidad es una categoría multidimensional que no puede definirse unilateralmente pues alude a una amplia constelación de fenómenos. En efecto, para Vázquez “la construcción de la identidad es [...] macroproceso en el que hay que distinguir varios procesos particulares [...] la transmisión de elementos cognoscitivos, ideológicos, axiológicos, simbólicos, organizativos y de actitud”⁴

El principio de identidad es, junto al principio de no contradicción y el principio del tercero excluido, una de las leyes clásicas de la lógica y se refiere a que *algo debe ser idéntico a sí mismo*. Para la sociología y la psicología, la identidad se refiere a la forma en que el individuo adquiere conciencia de sí mismo, al proceso en el que el individuo construye su identidad en

⁴ Luis A. Vázquez Pasos, *Identidad, benequén y trabajo. Los desfibradores de Yucatán*, México El Colegio de México, 1999, p. 49.

términos definidos *socialmente*, es decir, en comunidad. La identidad colectiva es, por tanto y *grosso modo*, un estado de conciencia, un sentimiento más o menos explícito de pertenecer a un grupo o categoría de personas, de formar parte de una comunidad. Tal sentimiento de pertenencia o comunión emerge de una cierta unidad de intereses o condiciones. Sin embargo, la identidad dista mucho de ser un elemento estático o unívoco: la identidad está constituida por múltiples elementos de identificación que pueden ser tanto familiares, territoriales o de clase, como religiosos, étnicos o sexuales. Los individuos y los grupos sociales pueden asumir diferentes identidades; cada individuo o grupo prioriza una dimensión determinada de su identidad en determinados contextos, en lo que Ángel Cerutti y Cecilia González llaman “la negociación situacional de la identidad social.”

Aunque, como he mencionado, la identidad es una realidad de múltiples dimensiones, activa y en continua transformación, es posible afirmar que, ciertas comunidades y en ciertos momentos históricos, hay algunos elementos que superan el paso del tiempo como símbolos distintivos de identidad colectiva. En este trabajo me interesa discutir la permanencia de estos rasgos de identidad colectiva, su efecto en la cristalización de las naciones y, sobre todo, establecer si, como afirman los modernistas, los rasgos de identidad colectiva-nacional son privativos de la época contemporánea.

Aunque su propósito es rechazar la existencia de naciones —es decir, de comunidades en las que convergieran el ejercicio de potestades políticas y los mecanismos de identificación cultural como lengua, religión o historia— antes de las últimas décadas del siglo XVIII, en *Nations and Nationalism since 1780* el historiador Eric Hobsbawm afirma brevemente que el debate sobre nacionalismo no ha prestado suficiente atención a la génesis de los Estados nación bien consolidados de Europa occidental, centrándose en cambio en los nacionalismos

emergentes.⁵ La misma idea está presente en un autor medular de la postura crítica al modernismo. Al hablar de la posibilidad de la existencia de Estados-nación en la Edad Media, Anthony Smith afirma que “mediante su influencia cultural y dominación político-económica, las etnias de los ingleses y franceses [...] imprimieron sus perspectivas y estilos de vida, mitos y símbolos [...] en el resto de la población”.⁶

La Baja Edad Media (situada tradicionalmente entre los siglos XI y XV) fue un momento crucial en la construcción de los estados europeos, particularmente aquellos “bien consolidados” de los que Hobsbawm escribe. Sin embargo, ni él ni Smith profundizan en el análisis de dicho periodo. Este es, a mi parecer, un importante descuido pues de existir un grado de unidad política en los Estados del Medioevo que correspondiera a la unidad cultural de los habitantes de ésta, entonces es preciso matizar una de las nociones medulares del modernismo, *verbigracia*, que la convergencia de ambas esferas es una particularidad privativa de las naciones modernas.

Por lo tanto, en este trabajo pretendo demostrar que mucho antes de lo que suponen los modernistas existieron elementos que, recurriendo a los términos del politólogo e internacionalista estadounidense Benedict Anderson, hicieron posible imaginar una comunidad cultural y política más amplia que la inmediata a un número significativo de habitantes. Para aportar elementos que sostengan esta hipótesis analizaré a Inglaterra en los casi cuatro siglos que median entre la conquista normanda de la isla (1066) y el fin de la Guerra de los Cien Años (1453). Los motivos para elegir este país son claros; muchos autores coinciden al ver los

⁵ Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1870: Programme, Myth, Reality*, Nueva York, Cambridge University, 1990, p. 16.

⁶Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford Ed. Blackwell, 1986, p. 139 A pesar de su convergencia en este punto, ambos autores difieren en sumo grado pues, como señalaré más adelante, si para Hobsbawm las élites políticas imponen unilateralmente sus criterios y valores, para Smith este proceso ocurrió “sin destruir las tradiciones y mitos de las minorías incorporadas” en un proceso bidireccional entre gobernantes y gobernados.

síntomas más tempranos del Estado en Inglaterra y algunos afirman que éste es el primer ejemplo de nación. Justifico la elección de este periodo porque, como espero demostrar, implicó una intensa institucionalización política y profundas transformaciones sociales que incidieron notoriamente en la posibilidad de imaginar una comunidad nacional.

En los primeros dos capítulos me propongo exponer los postulados teóricos de dos propuestas antagónicas que debaten la génesis histórica y la conceptualización de la nación. En el tercer capítulo estudiaré el modo en que, en Inglaterra, la movilidad social permitió el surgimiento de una clase administrativa que era reclutada por el talento que demostrara en la gestión más que por el derecho de cuna. Sostengo que, a su vez, esto impulsó la creación de un Estado burocrático y centralizado asociado a una monarquía que, sin embargo, debía negociar su poder con instituciones que representaban una proporción significativa del reino. Intentaré definir si éste proceso tuvo alguna incidencia en la formación de una conciencia de comunidad más amplia que la inmediata. Por último, en el cuarto capítulo de este trabajo propongo tres elementos que sugieren la existencia de una comunidad de intereses, símbolos y elementos de identidad en la Inglaterra de la Baja Edad Media: la religión, la literatura y la lengua.

Antes de entrar en materia creo necesario hacer varias advertencias. Aunque mi propósito es poner a prueba algunas afirmaciones de los modernistas, buena parte de mi trabajo se erige sobre sus interpretaciones y se debe a sus aportaciones —la interpretación misma de nación, por ejemplo— con la salvedad (que creo importante) de conferir a la nación un periodo histórico distinto al contemplado por ellos. Además, no pretendo afirmar que ninguno de los factores que analizo sea una “prueba” definitiva de la existencia de la nación. Al analizar los contenidos que dan forma a cualquier forma de identidad, especialmente aquellos que da forma a la identidad colectiva, no podemos alcanzar conclusiones definitivas pues la

materia principal de análisis —los sentimientos y auto-interpretaciones personales, el modo en que cada individuo se reconocía a si mismo ante sí y ante la sociedad en que vivía— son elementos subjetivos. Más aún, en el periodo que analizo no existían los elementos que en la actualidad ofrecen algún grado de certeza en la interpretación del sentir colectivo, como las encuestas, las entrevistas o las eruditas columnas de opinión. Los registros históricos de la época son escasos y se refieren, en su mayoría, a un segmento limitado de la población. Con todo, creo que los elementos que presento sugieren que la institucionalización política y las expresiones culturales del periodo analizado hicieron concreta y tangible la existencia de la comunidad político-cultural nacional. Interpretar esta información y decidir si estos elementos son suficientes para especular sobre la existencia de la nación en la Inglaterra medieval es tarea del lector. Por último, debo advertir que ésta es una interpretación de la historia de la Inglaterra de la Baja Edad Media y que, por tanto, se trata de un trabajo historiográfico y no histórico. Mi más alta pretensión es reproducir el debate teórico sostenido entre dos posturas, introducirlo en un contexto histórico que me apasiona y, encima de todo, esperar que al lector le parezca un buen relato.

CAPITULO I

EL MODERNISMO

Desde la posguerra de 1945 la nación se concibió categóricamente como un agregado de personas que compartían características biológicas y/o socioculturales. También se entendió como una experiencia humana “natural”, como una extensión inevitable de la familia y como la expresión última de la comunidad en tanto mecanismo de supervivencia colectiva. Para quienes ven en la nación una expresión esencial de la experiencia humana —los *esencialistas*— las naciones son entidades primordiales incrustadas en la historia que guardan un grado de continuidad discernible en todas las épocas a través de formas diferenciadas de lenguaje, religión y otros rasgos culturales. Desde esta perspectiva, la nación sirve como una base preexistente para la acción política, ya sea como continuación de una comunidad cultural o como resultado de un “acto de fundación” específico.

A los ojos de los esencialistas, existen pruebas objetivas e irrefutables de la condición de nación cimentadas en un pasado de continuidad ininterrumpida y milenaria. Así, por ejemplo, los hablantes de tamil en Ceylán [hoy Sri Lanka] reivindican su derecho a la identidad nacional y afirman que “constituyen una nación distinta de los cingaleses por *cada prueba fundamental de la nacionalidad*, en primer lugar la de un pasado histórico separado en la isla al

menos tan antiguo y glorioso [sic] como el cingalés, en segundo lugar por el hecho de ser una entidad lingüística completamente distinta de aquella de los cingaleses...”⁷.

Según Elie Kedourie, las premisas de los *esencialistas* —quienes sostienen la continuidad ininterrumpida de las naciones en la historia— pueden resumirse en tres propuestas. En primer lugar, que la humanidad está dividida en naciones de forma “natural” que se manifiesta ininterrumpidamente todas las épocas. En segundo lugar, que las naciones pueden discernirse con claridad a través de características específicas. En tercer lugar, que la única forma legítima de gobierno es la que se ejerce en nombre de la nación. Si, como se afirma en estos postulados, existen bases “objetivas” que permiten determinar la existencia de una nación, debemos recurrir a los presuntos indicadores que permitan identificarlas, aquellas características —la solidaridad social, la ascendencia común o la lengua, por ejemplo— que se asumen como criterios *sine qua non* para constituir una comunidad política y cultural autónoma.

Guiados por esta noción, muchos estudiosos del tema recurrieron a los elementos más socorridos entre los movimientos nacionalistas —raza, lengua, religión y apariencia física— para tratar de localizar la génesis de las naciones. Sin embargo, varios de estos autores concluyeron que dichos criterios son insatisfactorios para determinar la condición de nación, y sentaron con ello las bases teóricas de lo que en el debate teórico de la identidad nacional se conoce como *modernismo*.

Para los *modernistas*, la dificultad para constatar la existencia de un vínculo lineal entre el “pasado remoto” de la nación y su presente confirma que la nación no representa la evolución inevitable de toda comunidad humana. Eric Hobsbawm, por ejemplo, hace una afirmación tajante al afirmar que “la característica básica de la nación y todo lo relacionado con ésta es su

⁷ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 6, énfasis mío.

modernidad.”⁸ Como muchos otros, Hobsbawm refuta la noción de que las naciones modernas están basadas en identidades étnicas antiguas anteriores a la movilización política; desde su perspectiva, a pesar de lo que pretenden los nacionalistas, “el anecdótico álbum de memorias que muestra el progresivo paso a la edad adulta en la que por fin la nación adquiere su investidura estatal suele no ser muy convincente”.⁹ Los modernistas refutan la noción de atemporalidad de la nación y le otorgan un momento histórico concreto; para Hobsbawm, por ejemplo, la idea contemporánea de nación se gestó en el siglo XVIII.

Como he mencionado, en el imaginario contemporáneo Nación y Estado se han convertido en términos intercambiables. La similitud entre unidad cultural y política —la noción de que la gente gobernada por las instituciones del Estado es culturalmente homogénea y comparte la misma identidad lingüística, religiosa y simbólica— es, para todo propósito práctico, una verdad evidente en nuestros días. En la *Enciclopédia Brasileira Mérito*, por ejemplo, la nación se define como “la colectividad de habitantes de un territorio con tradiciones comunes, aspiraciones e intereses subordinados a un poder central.”¹⁰

La evidencia lingüística parece confirmar las pretensiones de antigüedad de la nación. La palabra *natio* aparece por primera vez en textos romanos y resurge en los distintos idiomas que se consolidaron en la Edad Media. Sin embargo, la existencia del término en épocas remotas no parece una objeción en la que sea preciso detenerse demasiado. El significado de las palabras cambia y se modifica a lo largo del tiempo, un hecho que, según Tomás Pérez Viejo, todo historiador conoce. Y, en efecto, el sentido primigenio de la palabra *nación* distaba del actual. En su origen latino, *nación* tenía el sentido de ascendencia o estirpe, exhibía un

⁸ *Ibid.*, p. 14.

⁹ Juan Cristóbal Cruz Revueltas, “Estado y nacionalismo tras Gellner, Evaluación de su teoría”, *Historia Mexicana*, 53 (2003), p. 546.

¹⁰ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 15.

marcado carácter biológico y estaba exento de cualquier connotación jurídico-política. El significado original de nación implicaba entonces origen o ascendencia. La primera vez que el término se usó para referirse a comunidades socio-jurídicas fue en los sínodos de la Iglesia en la Baja Edad Media, a los que los obispos acudieron agrupados en demarcaciones territoriales —usualmente antiguas provincias romanas— que recibieron el nombre de *nación* y adquirieron un carácter administrativo.¹¹ Así, aunque el término “nación” existió en la mayoría de los idiomas europeos desde la época medieval, originalmente tuvo un significado étnico —de parentesco— diferente al actual, cargado de implicaciones políticas.

En la Europa medieval la palabra se usó predominantemente en el sentido de estirpe o familia extendida. En España, por ejemplo, el término sólo adquirió un sentido político a partir del siglo XIX. Prueba de ello es la edición de 1884 del *Diccionario de la Real Academia Española*, en la que, por primera vez, se define a la nación como un “estado o cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno”.¹² Por este motivo, para los modernistas pertenecer en el pasado a una determinada comunidad cultural, a una *nación*, no tenía implicaciones políticas; la existencia política estaba fundamentada en la obediencia a una dinastía; el sujeto político era la Corona y no la comunidad ni sus miembros. Por lo tanto, apelar a la autosuficiencia política de una unidad cultural es, para muchos autores, una característica absolutamente moderna, y este postulado, en su opinión, sienta el golpe de gracia a las pretensiones de antigüedad de la nación.

Hobsbawm señala que no hay ninguna conexión necesaria entre el cuerpo de ciudadanos de un estado territorial y la identificación como nación en términos culturales, lingüísticos o étnicos. Así, por ejemplo, el imperio multiétnico —una formación política muy

¹¹ Pérez Vejo, *op. cit.*, p. 280.

¹² *Ibid.*, p. 280, y Hobsbawm, *op. cit.*, p. 15.

recurrente en la Antigüedad— se caracterizó por la potestad de una unidad política sobre una pléyade de comunidades culturales, de “naciones”, en un territorio en continua expansión. De este modo, afirman los modernistas, la nación-comunidad cultural y el Estado —como el cuerpo que ejerce la potestad política suprema sobre un territorio determinado— se distinguen claramente como fenómenos disociados hasta la Edad Moderna, cuando adquieren su indisoluble unidad.

La pretendida inevitabilidad de las naciones-Estado, sostienen los modernistas, no tiene mucha evidencia empírica: sólo algunas comunidades han pasado con éxito la prueba de convertirse en nación. En este sentido, el antropólogo checo Ernest Gellner se apropia de las interrogantes del escritor e historiador francés del siglo XIX Ernest Renan, quien se preguntaba por qué Holanda era una nación y Hanover y el Gran Ducado de Parma no, para afirmar que del infinito número de naciones potenciales (derivado del infinito número de comunidades culturales existentes) un número significativo jamás será nación y otra parte significativa no lo intentará siquiera. Aunque todas las entidades mencionadas por Renan tenían potestades políticas y culturales, sólo una se constituyó como una nación duradera. Por lo tanto, afirma Gellner, debe haber algo más en el nacionalismo que la entronización política de una agrupación cultural.

ERNEST GELLNER. NACIÓN, ALTA CULTURA Y MOVILIDAD SOCIAL

Muchos especialistas señalan a Gellner como el pionero en el estudio contemporáneo del nacionalismo. Aunque otros autores como Hans Kohn, Alfred Cobban, Carlton Hayes o Karl Deutsch lo precedieron, todos los teóricos del tema reconocen la influencia medular de Gellner en el debate teórico, así sea para rebatirlo. El conocido aforismo de su libro *Thought and Change* puede usarse como síntesis de toda su obra: para Gellner, “el nacionalismo no es el

despertar de la nación a la conciencia de sí misma, más bien, éste inventa naciones donde no existían antes”.

En esencia, Gellner rechaza que la nación tenga precedentes en las épocas anteriores a la industrialización y niega que la pertenencia a ésta sea una condición humana ineludible; para él no hay nada “natural” en el nacionalismo y son las peculiaridades sociales y económicas de la Edad Moderna las que lo hacen inevitable. Las naciones —escribe Gellner— como los Estados, son contingencias y no necesidades universales. Ni las naciones ni los estados existen en todo momento y circunstancia, y aunque el nacionalismo sostiene que uno y otro están destinados a una fatal homogeneidad, ni siquiera son parte de la *misma* contingencia.¹³

Para Gellner, la existencia de la nación es imposible sin una división del trabajo compleja y, como expresión más evidente, sin la presencia de un Estado que es “la especialización y concentración del orden [y que] existe donde existen agencias especializadas que lo mantienen disociado del resto de la vida social, como la policía o los tribunales.”¹⁴ El Estado, sin embargo, no estuvo presente en todas las etapas en que el autor divide la historia humana: pre-agraria, agraria e industrial. Los grupos de caza y recolección de la edad “pre-agraria”, asevera Gellner, eran demasiado pequeños como para permitir el tipo de división laboral que requiere el Estado. En contraste, las sociedades agrarias poseían un Estado pero su existencia no era una condición indispensable. En la Edad “post- agraria” industrial, sin embargo, la presencia del Estado se vuelve inevitable para garantizar la satisfacción de las necesidades económicas de la sociedad.

¹³ Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Ed. Basil Blackwell, Oxford, 1983, p. 6.

¹⁴ *Ibid.*, p. 4. Véase también Ernest Gellner, *Cultura, identidad y política: El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1998.

En las unidades políticas de la “Edad Agraria”, afirma Gellner, el estrato gobernante era una minoría de la población rígidamente separada de los productores agrícolas por algo más que la posesión del poder. El abismo que separaba a la élite del resto de la población también era cultural. Esta no es una diferencia trivial; para este autor la cultura no es solamente una serie de características comunes sino también, y principalmente, un código exclusivo de movilidad social y política. Gellner distingue así la “alta cultura” de la élite de la cultura “popular” o “vernácula”. Quienes en la Antigüedad poseían la “alta cultura”, sostiene el autor, se ganaban las puertas del paraíso del poder. Como en esta época la “alta cultura” era el mecanismo que posibilita la ascensión social “nadie o casi nadie tiene interés en promover la homogeneidad cultural [...] al Estado le interesaba extraer impuestos, mantener la paz y poco más que eso [y] no tiene interés en promover la comunicación entre las comunidades bajo su mando”.¹⁵ Así, es lógico que la nota determinante del periodo sea la heterogeneidad y que el sistema social atribuya diferencias culturales —y, con el tiempo, hasta raciales— a segmentos de la población que originalmente sólo estaban diferenciados por su función laboral.

Por lo tanto, a pesar de la simbiosis que Estado y Nación han adquirido, Gellner sostiene que el rasgo más importante de las sociedades “pre-industriales” es la separación absoluta entre las fronteras de la comunidad cultural y de la política. Éste es un punto medular de su análisis y el cimiento teórico del modernismo; la afirmación de que los estratos gobernantes de la sociedad agraria enfatizaban y monopolizaban las diferencias culturales que los dotaban de poder político y que, por lo tanto, la homogeneización no tenía ningún sentido práctico.

¹⁵ Gellner, *Nations and nationalism*, p. 10.

La tendencia en la Antigüedad de establecer un lenguaje litúrgico distinto a las lenguas vernáculas y hacerlo un mecanismo de comunicación privilegiado es, para Gellner, un ejemplo elocuente de la separación cultural entre la élite y el resto de la población. “Si el alfabetismo no fuera por sí mismo una barrera entre el hombre común y el letrado [...] el cisma se profundiza no sólo al registrar el lenguaje en un código incomprensible, sino haciendo incomprensible también al lenguaje articulado”¹⁶ En efecto, para Gellner la interpretación y difusión de la “alta cultura” era prerrogativa de un segmento aún más especializado de la élite, los clérigos letrados, quienes reflejan la temprana división del trabajo de la época. Para Gellner, su existencia posibilitó no sólo el almacenamiento sino también la centralización y monopolio del conocimiento y la cultura. Así, para Gellner, quienes poseían el poder en las sociedades agrarias estaban más interesados en diferenciarse de sus súbditos que en incluirlos en las fronteras de su universo cultural.

Las diferencias culturales proliferaban en el mundo preindustrial, sin embargo, éstas no tenían una dimensión política. Así, por ejemplo, aunque las ciudades Estado griegas —una muestra muy socorrida de homogeneidad cultural en la Antigüedad— poseían una vigorosa conciencia de lo que los diferenciaba culturalmente de los pueblos vecinos, esta conciencia tuvo pocas expresiones políticas. Esto explica que las similitudes culturales que daban pie a alianzas y confederaciones helenas y nunca prosperaran más allá de los peligros inminentes que les dieron origen.¹⁷

En pocas palabras, las pretensiones de unidad entre las fronteras culturales y políticas son, para Gellner, una novedad de la Edad Contemporánea. Sin embargo, que la nación no sea una necesidad inescapable no la convierte en mero accidente histórico o una trivialidad. Para el

¹⁶ *Ibid.*, p. 11.

¹⁷ Gellner, *op. cit.*, p. 15.

autor, la nación es un fenómeno inherente a la vida moderna, una consecuencia de la industrialización y la respuesta a las necesidades que, de forma exclusiva, requiere la sociedad contemporánea. La dependencia absoluta del crecimiento tecnológico y económico es para Gellner un rasgo exclusivo de nuestra sociedad, una necesidad que las comunidades anteriores a la industrialización no padecían. Así, “no hay que sorprendernos de que la sociedad industrial inventara el concepto e ideal de progreso, de mejoría constante [pues] muchas sociedades del pasado innovaron y mejoraron, pero la mejoría no era perpetua ni se esperaba que lo fuera.”¹⁸

La industrialización es una expresión de la dependencia del crecimiento económico sostenido y provocó una transformación intensa en el grado de movilidad laboral y social. El crecimiento económico depende de la innovación y, por ende, de una estructura ocupacional en constante movimiento. Para garantizar la movilidad constante, en las sociedades industriales la población requiere una capacitación mínima indispensable, un trasfondo educativo común. Así, la intensa movilidad laboral de la sociedad industrial hizo necesario un entrenamiento genérico compartido y, por ende, la difusión generalizada de un idioma estándar, abstracto, formal, unitario, libre de contexto, eficaz y comunicable que sirviera para proporcionar a la vasta mayoría de la sociedad esta capacitación mínima indispensable. Este es el motivo por el que, para Gellner, la presencia del Estado es ineluctable en la sociedad contemporánea.

El trasfondo cultural común que requiere la sociedad frenéticamente móvil presupone necesariamente la existencia del Estado moderno, centralizado y burocrático. Sólo un Estado de tales características es capaz de construir un sistema de educación de las dimensiones que requiere la nueva sociedad, un sistema que permita homogeneizar a la población a través de un

¹⁸ *Ibid.*, p. 22. Véase también Gellner, *Cultura, identidad y política: El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, *op. cit.*

idioma estandarizado, centralizado y obligatorio. La infraestructura educacional es demasiado costosa y vasta para cualquier organización excepto el Estado y, así, “el monopolio de la educación legítima [se vuelve] más importante que el monopolio de la violencia legítima. Ante tal cambio de prioridades “el profesor, y no el verdugo, es la base del orden social moderno, el símbolo del poder estatal es el doctorado y no la guillotina.”¹⁹

Por lo tanto, Gellner sostiene que la industrialización fue construyendo un espacio culturalmente homogéneo a golpes de movilidad laboral. En este proceso desaparecieron los rígidos roles de la sociedad tradicional al igual que el monopolio de los clérigos sobre la escritura, la administración y la interpretación de los símbolos. Parafraseando al autor, si en la Edad Antigua y la Edad Media la “alta cultura” era patrimonio exclusivo de las élites en las sociedades modernas “todo mundo se convierte en clérigo”. Con la industrialización aparece una sociedad altamente homogénea que comparte la posesión de una “alta cultura”, una población que comparte un idéntico nivel educativo mínimo y, con él, la llave de la movilidad social y política. La educación se convierte entonces en la condición universal de la pertenencia a la sociedad moderna y, a la larga, en la señal de identidad por excelencia. “La capacidad para conseguir trabajo —escribe Gellner— la dignidad, la seguridad y el respeto propio depende ahora de la educación, los límites de la cultura en que los hombres son educados también son los límites del mundo en el que pueden respirar moral y profesionalmente [...] La educación de un hombre [...] le confiere identidad. El hombre moderno no es leal a un monarca o una tierra o una fe, sino a una cultura [...] y ningún lazo lo une a sus parientes.”²⁰

Para Gellner, las transformaciones laborales y económicas alteraron profundamente el orden social. El cambio también fue cognitivo: el mundo industrial heredó de la Ilustración un

¹⁹ Gellner, *Nations and Nationalism*, p. 33.

²⁰ *Ibid.*, p. 36.

nuevo método para interpretar y aprehender la realidad: el racionalismo. Así, afirmar hoy día que un hecho “está científicamente comprobado” tiene mucha mayor legitimidad que hablar de verdades reveladas, sobre todo si este hecho tiene consecuencias políticas. El andamiaje social y político del mundo contemporáneo tiene pretensiones de racionalidad incluso si la realidad se empeña en demostrarnos lo contrario.

En el mundo racionalista e industrial, sostiene Gellner, “no hay hechos o reinos privilegiados”. Para el autor, ésta es diferencia clave que distingue a la sociedad agraria “premoderna” de la industrial “moderna” pues la distinción jerárquica y diferenciada era precisamente “el rasgo definitorio de las visiones pre-rationales: la coexistencia de múltiples mundos, no unidos propiamente pero relacionados y ordenados jerárquicamente”. El racionalismo concibe un mundo homogéneo, “abierto a la exploración constante e infinita [...] en el que nada más que la evidencia decidiría como son las cosas”.²¹

Si el mundo racionalista presupone que nada está inevitablemente ligado, que todo está sujeto al cambio, entonces los roles se vuelven opcionales e instrumentales y la posición en la escala social no es definitiva. En las sociedades agrarias la estratificación y desigualdad social — y la diferenciación cultural que las acompaña— es un hecho de la vida cotidiana aceptado e internalizado. En las sociedades industriales, en cambio, las desigualdades existen pero son ilegítimas. “Los hombres —escribe Gellner— pueden tolerar desigualdades terribles si éstas son estables y están santificadas [*hallowed*] por la tradición. Pero en una sociedad frenéticamente móvil la tradición no tiene tiempo de santificar nada.”²² Así, el elevado ritmo de movilidad social que caracteriza a nuestra sociedad —una consecuencia de la división del trabajo y una condición necesaria para el crecimiento— impide que las desigualdades sean notorias y aunque

²¹ Gellner, *op. cit.* pp. 19-23.

²² *Ibid.*, p. 25.

éstas existan deben diluirse en la ilusión de una sociedad equitativa. Así, las diferencias culturales que reflejaban diferencias en el estatus, aunque no desaparecen, se diluyen y vuelven difusas.

Para Gellner, el nacionalismo no está relacionado con la industrialización y la modernización como tales, sino con su dispersión desigual. Las “olas” de modernización y nacionalismo se esparcen alterando unidades políticas más antiguas y tienen un efecto doble y aparentemente opuesto: al mismo tiempo generan estandarización y diferenciación. La industrialización y la modernización usualmente proceden de centros urbanos, se extienden a través de poblados rurales y socavan estructuras y culturas tradicionales. Esto provoca un conflicto entre clases urbanas emergentes que migraron del campo y aquellas bien establecidas en las ciudades. Como resultado, Gellner pronostica el surgimiento de dos nacionalismos en conflicto en el seno de la misma sociedad industrial, uno vinculado al centro de homogeneización y uno de resistencia. Ambos, sin embargo, son posibles únicamente en la edad post-industrial.

Éstas son las líneas generales del análisis de Gellner. El suyo es sin duda un esfuerzo crítico mayúsculo que acierta en señalar que nación y estado no siempre han ido de la mano. Su aportación fue fundamental para comprender que detrás de la presunta ubicuidad de la nación hay mecanismos y procesos económicos y sociales en acción. Sin embargo, algunas de sus conclusiones han sido materia de debate. Aunque Gellner escribe que “no es el nacionalismo el que impone homogeneidad, más bien la homogeneidad se impone por un imperativo objetivo e inescapable que se manifiesta como nacionalismo.”²³, no es del todo claro por qué la homogeneidad requerida por el desarrollo económico asume necesariamente la faceta del

²³ Gellner, *op. cit.*, p. 39.

nacionalismo. Es decir, no queda claro porqué la homogeneidad necesaria para la industrialización se adjudica una comunidad cultural —una *nación* en el sentido original del término— en particular.

A mi parecer, parte de la confusión estriba en la posición ambivalente del autor sobre la cultura en la “Edad Agraria”. Aunque Gellner reconoce el papel esencial que ésta tiene para el hombre contemporáneo —pues determina las fronteras morales y laborales de su mundo— al mismo tiempo desdeña la importancia de los horizontes culturales anteriores a la nación post-industrial — en su opinión, la única verdaderamente digna de tal epíteto— al suponer que las ofertas laborales del mundo industrial son suficientes para que los individuos acepten un paradigma cultural completamente nuevo. En su análisis, los hombres acceden a un nuevo modelo de identidad sólo por la promesa de la movilidad social, pero, en mi opinión, no queda enteramente claro porqué el modelo cultural que garantiza la movilidad se convierte en el modelo *predominante* de identidad. Al mismo tiempo, el autor reconoce la importancia de la cultura pre-industrial al señalar que los Estados-nación escogen los vestigios “pre-nacionales” para legitimar el ejercicio de su poder. Así, “el nacionalismo no es el despertar de una fuerza latente [aunque] toma algunas de las culturas preexistentes, usualmente transformándolas en el proceso.”

Lo que algunas experiencias históricas sugieren es que el Estado ha recurrido con frecuencia a una cultura vernácula específica, elevándola a la categoría de “alta cultura”. Sin embargo, si nos ceñimos al argumento de Gellner resulta imposible comprender por qué el Estado requiere justificarse al amparo de la Antigüedad y sus manifestaciones culturales “pre-nacionales” pues lo mismo podría fabricar una cultura sin precedente alguno y, gracias al sistema educativo centralizado, imponer un paradigma cultural específico obteniendo el mismo

resultado. Esto puede significar que la “alta cultura” no es absolutamente impermeable a la “cultura popular”, es decir, que la diferencia entre ambos paradigmas culturales no es tan determinante como el autor supone y que las dos están profundamente imbricadas. Así resulta más comprensible que la cultura popular sea lo suficientemente relevante como para que el Estado legitime su existencia al reivindicarla, así sea modificándola profundamente.

A veces el autor parece contradecirse. “¿Es el nacionalismo un artefacto ideológico, la invención de pensadores febriles que capturaron a naciones misteriosamente susceptibles? Para nada [...] No debe asumirse ningún cálculo de largo plazo. Los intelectuales nacionalistas que viajaron a través de las colinas componiendo poemas [...] no soñaban con convertirse algún día en poderosos burócratas, embajadores o ministros.” Pero en otros párrafos Gellner parece convencido del carácter de artificio e imposición. “El nacionalismo es, esencialmente, la imposición de una alta cultura en la sociedad. Es el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal [...] en lugar de una estructura compleja de grupos locales previos, basados en culturas populares.”²⁴ La suya es, entonces, una percepción elitista: el nacionalismo es un artificio del Estado impuesto por las necesidades de la sociedad industrial; la población se amolda dócilmente al nuevo paradigma cultural y convierte al nacionalismo en el timón de su existencia por sus necesidades laborales.

Para Gellner, la nación se construye desde las élites, es un proceso de aculturación, de sustitución de identidades tradicionales por una nueva identidad construida a la sombra del poder político. Y aunque Gellner precisa nuevamente que “sería erróneo reducir los sentimientos a cálculos de ventajas materiales de movilidad social” la movilidad social y laboral es la médula de su argumento. Sin ésta el crecimiento económico es inconcebible, y sin

²⁴ *Ibid.*, p. 57.

crecimiento económico no hay necesidad alguna de homogeneización ni, por lo tanto, de nación. En la concepción de Gellner, el Estado es un monolito con una intencionalidad propia más allá de los individuos y, así, el autor deja dentro de una “caja negra” el proceso por el que las categorías de lo nacional adoptan significado.

Para algunos críticos de Gellner, la identidad nacional debe su génesis a más factores que a las necesidades de crecimiento de la sociedad industrial que Gellner enfatiza. Por citar un ejemplo, Gellner descuida la relevancia de la Reforma Protestante en el imaginario nacional europeo por el énfasis que ésta supuso en la transcripción de las escrituras, la ampliación del alfabetismo y el desafío al monopolio del sacerdocio. Estas características contribuyeron decisivamente al surgimiento de una conciencia de pertenencia e identidad a una comunidad específica. Gellner sólo lo menciona en un párrafo, arguyendo que la vastedad del tema es tal que “no tiene mucho sentido detallarlo aquí.”²⁵ Los modernistas que recogen las premisas de Gellner, como Eric Hobsbawm, alimentan también la noción de que la convergencia cultural y política es una innovación relativamente reciente en la historia humana.

ERIC HOBSBAWM. LA NACIÓN Y LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS DEL SIGLO XVIII

Un libro fundamental de la obra de Eric Hobsbawm —y una aportación muy citada en el estudio del nacionalismo— es *The Invention of Tradition*, una colección de ensayos editados en conjunto con Terence Ranger en 1986. En este libro ambos autores concluyen que muchas de las tradiciones más caras a los nacionalismos particulares fueron “inventadas” entre 1870 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. En esta obra leemos que el Día de la Bastilla se inventó en 1880 y no, como cabría pensar, en 1789, que la Marsellesa se convirtió en himno nacional hasta 1879 y el 14 de julio no fue fiesta nacional sino hasta 1880. Hobsbawm y Ranger analizan dos poderosos iconos de la identidad francesa, Juana de Arco y la *Marianne*, y exponen

²⁵ Gellner, *op. cit.*, p. 41.

a ambos como símbolos fabricados que se vinculan más con la Francia revolucionaria que con la idea de una patria inmemorial.

En efecto, sostienen Hobsbawm y Ranger, la memoria de Juana de Arco fue poco relevante durante siglos hasta que su canonización en 1870 desempolvó su recuerdo. Fue hasta ese momento que la “Doncella de Orleans” se convirtió a la vez en el paradigma de la “virgen victoriosa” y la “madre tierra” que encarnaba a la nación francesa. Por otra parte, *La Marianne* —cuyo nombre se tomó de una novela de Pierre de Marivaux escrita a finales del siglo XVIII— se asoció fuertemente al republicanismo y asumió dos formas: en tiempos de paz se representaba como una matriarca fértil; en la guerra se convertía en una virgen guerrera adornada con arcos militares. En ambas figuras, “el cambio de sexo [en la figura que representaba al gobierno] tras la caída de la monarquía representa [...] a un pueblo adulto que se ha emancipado de la autoridad paternal del monarca y no ve más al Estado como un padre al que obedecer sino como una esposa a la que adorar”.²⁶ Con este y varios ejemplos más, Hobsbawm y Ranger concluyen que muchas de las atesoradas tradiciones y vínculos de las naciones contemporáneas son manipulaciones en el mejor de los casos, cuando no burdas invenciones. Su posición es entonces clara: la característica más notoria de la nación es su modernidad. Hablar de naciones anteriores a 1870 es un absurdo contrasentido.

Hobsbawm es un declarado discípulo de Gellner y comparte muchas de sus premisas. Su definición de nacionalismo es la misma de la del autor checo: una doctrina que propugna por la coherencia entre las fronteras culturales y políticas. En efecto, entre ambos autores existe una afinidad esencial: la noción de que las comunidades culturales y las unidades políticas no se correspondieron sino hasta la Edad Moderna. Como Gellner, Hobsbawm enfatiza “el

²⁶ David McCrone, *The Sociology of Nationalism, Tomorrow's Ancestors*, Nueva York, Ed. Routledge, 1998, p. 46.

elemento de artefacto, invención e ingeniería social presente en la creación de las naciones [pues] las naciones no hacen Estados y nacionalismos sino justamente a la inversa.”²⁷

El autor también comparte la idea de que sólo ciertas naciones consiguen cristalizarse con éxito. Hobsbawm hace notar que los nacionalistas del siglo XIX sólo reconocían potencial nacional a comunidades de importancia económica y política. Así, el activista italiano Giuseppe Mazzini —un indudable apóstol del nacionalismo en su país— no creía que la independencia de Irlanda fuera posible y sólo auguraba el surgimiento de una docena de Estados en Europa (entre ellas, evidentemente, Italia). La pretensión de que cualquier comunidad étnica o cultural puede ejercer potestades de soberanía política es, para Hobsbawm, una idea todavía más novedosa que la fusión decimonónica de Estado y nación.

A pesar de sus profundas similitudes, existen algunas diferencias en la interpretación de ambos autores. Para Gellner, la premisa explicativa del nacionalismo es cultural y económica. Para Hobsbawm, en cambio, el nacionalismo refleja una transformación política específica: la extensión de la democracia electoral y el surgimiento de la política de masas en el momento en que los métodos tradicionales de lealtad política se erosionaban.

En los días anteriores a la extensión de la ciudadanía, sostiene Hobsbawm, el hombre común no tenía un sentido de lealtad directa al depositario final de la potestad política —el monarca— pues éste contaba con intermediarios, agencias y corporaciones que las revoluciones burguesas “desmantelaron”. Estas corporaciones “permanecían como una pantalla entre los súbditos y los reyes, dejando a la monarquía para representar la virtud y la justicia.”²⁸ Además, afirma el autor, la monarquía no tenía un carácter *nacional* pues para los

²⁷ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 7.

²⁸ *Ibid.*, p. 82.

monarcas europeos era más importante la identificación con una red de familias que la comunidad sobre la que asentaban su poder.

En el último tercio del siglo XIX la democratización —o, mejor dicho, la *electoralización* de la política— implicó una necesidad de identificación con el Estado sin precedentes. Los elementos tradicionales que garantizaban la lealtad al Estado —como la legitimidad dinástica, el orden divino, el derecho histórico de la continuidad histórica de un estado, los intermediarios feudales o la cohesión religiosa— fueron severamente dañados con las revoluciones políticas de la época. Para Hobsbawm, en esta convulsa era la lealtad a una entidad política dejó de ser automática, lo que hizo necesaria una nueva forma de lealtad cívica.

El Estado moderno, aunque anticipado de muchas formas por los principados europeos en evolución en los siglos XVI y XVII, fue para Hobsbawm una novedad en muchos sentidos: ejercía su gobierno directamente —y no a través de un sistema de intermediarios y corporaciones autónomas— sobre la totalidad de habitantes de un territorio que se esperaba que fuera continuo. Y, con una frecuencia cada vez mayor, el Estado tuvo que tomar en cuenta la opinión de sus súbditos pues requería su consentimiento práctico, ya fuera porque los nuevos acuerdos políticos les daban voz o porque necesitaba de ellos para el pago de impuestos o su participación en los ejércitos que, a diferencia de los ejércitos feudales, estaban formados en su mayoría por conscriptos.

En el transcurso del siglo XIX la presencia del Estado en la vida cotidiana se volvió cada vez más frecuente a través de sus agentes: el cartero, el policía y el maestro, por ejemplo. Además, el Estado se adjudicó el registro de los ciudadanos a través de censos periódicos, mientras que la asistencia —teóricamente— obligatoria a la escuela básica y la conscripción militar reforzaron los lazos de identidad con las agencias estatales. Con una frecuencia cada vez

más notoria, los Estados empezaron a proporcionar una alternativa civil a la celebración eclesiástica de los grandes rituales humanos. Las ocasiones simbólicamente emotivas, como nacimientos, matrimonios y muertes, fueron registradas desde entonces por la maquinaria estatal. Así, como nunca antes, el gobierno y los ciudadanos estuvieron inevitablemente unidos por vínculos cotidianos.

Hobsbawm hace eco de las afirmaciones de Eugene Weber, quien sintetizó la endeble identidad nacional en Francia a finales del siglo XIX al afirmar que “una vez creada Francia faltaba convertir a los campesinos en franceses”. Para este autor, en el mundo del campesinado no había espacio para nociones tan complejas como “la Francia Revolucionaria” y los novedosos derechos de participación política que de ella emanaban; el universo del campesino era mucho más local y personalizado. La participación del Estado para conseguir la homogeneidad cultural que el nacionalismo francés requería fue indispensable y, según Weber, ésta se manifestó en un sistema de escuelas públicas en las aldeas de la Tercera República que expandieron la noción de ciudadanía de la era revolucionaria. Al igual que Hobsbawm, Weber señala la importancia del sistema de conscripción que, motivado por las guerras contra Prusia a finales del siglo XIX, el Estado encabezó. Además, poco después de la guerra franco-prusiana, el Estado francés diseñó y puso en circulación los primeros mapas modernos del país de modo que “para 1881, pocos salones de clases, sin importar su tamaño, carecían de mapas”²⁹. El resultado de los esfuerzos cartográficos del Estado francés fue que la imagen del hexágono nacional se convirtió con celeridad en un símbolo fácilmente reconocible y la representación hegemónica del país.

²⁹ Eugene Weber, “Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1880–1914” en McCrone, *op. cit.*, p. 46.

Así, para Weber la idea de Francia —que comenzó como un concepto elitista vinculado a nociones abstractas de participación política— se extendió con el respaldo de los recursos del Estado mediante nuevos sistemas de comunicación: caminos, vías férreas y, sobre todo, medios impresos, periódicos y escuelas. Con estos mecanismos, la cultura popular y la cultura de élites se habían unido, a través de la indispensable intermediación del Estado.

En la lectura que Hobsbawm hace de Weber se confirma una vez más que, para el modernismo, las naciones contemporáneas difieren en tamaño y en esencia de otras comunidades con las que los seres humanos se han identificado. Ante la falta de consistencia histórica de la idea moderna de nación, el éxito del nacionalismo y la rapidez con que se convirtió en una poderosa fuerza política intriga profundamente a Hobsbawm. ¿Por qué los hombres matan y mueren en nombre de una construcción evidentemente artificiosa? Quizá, sea porque, como afirma Benedict Anderson, la nación tiene éxito porque llena el vacío emocional que deja la desintegración las redes y comunidades tradicionales de la Antigüedad. Sin embargo, la duda no queda completamente esclarecida. ¿Por qué los seres humanos deciden identificarse *específicamente* con este tipo particular de comunidad?

Hobsbawm reflexiona: quizá el éxito del nacionalismo se debe a que los Estados y movimientos nacionalistas consiguieron asociarse a un sentimiento de colectividad y pertenencia que existía previamente. Estaríamos entonces en la presencia de “vínculos *protonacionales*” —en los términos del autor— de los que Hobsbawm analiza específicamente el lenguaje, la religión y la asociación a un Estado histórico. Sin embargo, la presencia de “vínculos *protonacionales*” anteriores a las “verdaderas” naciones del siglo XIX revela que el nacionalismo es, como Hobsbawm afirma, un fenómeno dual que, aunque se construye esencialmente “desde arriba” no puede comprenderse sin un análisis “desde abajo.” Con esta

afirmación, Hobsbawm critica la teoría de Gellner: aunque celebra y comparte sus contribuciones las afirmaciones del checo le parecen excesivamente elitistas.

Volviendo a los vínculos protonacionales identificados por Hobsbawm, la religión, como la nación, parece al autor un poderoso catalizador de identidad y de sentido de pertenencia comunal. En efecto, la religión “es un antiguo y bien probado método para establecer una comunión entre gente que, de otro modo, no tendría mucho en común.”³⁰ A través de símbolos y prácticas rituales, la religión y la nación hacen palpable una realidad que de otro modo sería puramente imaginaria. Además de esta similitud, la potencial conexión entre religión y nación se revela en los iconos e imágenes religiosas específicamente relacionados con un Estado determinado, y, por ejemplo, en la historia de “los monarcas mágicamente imbuidos de autoridad cuyo reino *casualmente coincide* con el territorio de una nación”³¹ como Inglaterra o Francia. A pesar de estos vínculos, el autor se siente perplejo porque, en su opinión, las religiones son universales por naturaleza y en su esencia está diluir las diferencias étnicas, lingüísticas y políticas. Así, sin llegar a ninguna conclusión definitiva, Hobsbawm afirma que “la relación entre la religión y la identificación nacional es compleja y extremadamente opaca [y] ciertamente resiste una generalización simple.”³²

Hobsbawm rechaza también la importancia de la etnicidad como un criterio válido de “protonacionalismo”. Las poblaciones de los Estados-nación territoriales —afirma el autor— son demasiado heterogéneas para reivindicar una etnicidad común. Además, Hobsbawm insiste en que las comunidades étnicas del pasado carecían de la esencia de las naciones contemporáneas: la posesión de una unidad política o el interés para constituirla. “Puede argüirse que las personas con el más poderoso y permanente sentido de lo que podría llamarse

³⁰ Hobsbawm, *op. cit.* p. 68.

³¹ “Whose realm *happens* to coincide with a future nation.” *Ibid.*, p. 74, énfasis mío.

³² Hobsbawm, *op. cit.* p. 71.

“etnicidad tribal” no sólo resistieron la imposición del Estado moderno, nacional o de otro tipo, sino muy frecuentemente de cualquier Estado: los hablantes de *pusthu* en Afganistán, los *highlanders* escoceses antes de 1745, los bereberes del Atlas [y] el nacionalismo suizo [que] es, como sabemos, pluri-étnico.”³³

Pero la descalificación de este criterio parte, en mi opinión, de confusión conceptual. Al rechazarla, Hobsbawm no define con precisión que entiende por “etnicidad.” Aunque en ciertos párrafos afirma que “la perspectiva genética es claramente irrelevante, pues la base crucial de un grupo étnico es cultural más que biológica” los argumentos que emplea para descartar este criterio son precisamente biológicos: “los nacionalistas cosacos del Río Don excluyeron la etnicidad o abolengo común de la definición de lo que los hacía hijos de la Sagrada Rusia *porque lo que los unía no era la sangre sino las creencias.*”³⁴ Hobsbawm se pregunta si la etnicidad es irrelevante entonces para el nacionalismo moderno y responde equiparando etnicidad con indicadores biológicos: “evidentemente no [pues] las diferencias en el físico son demasiado obvias para ser dejadas de lado.”³⁵

Las barreras lingüísticas son, para Hobsbawm, un elemento claro de identidad; la incapacidad de distinguir lo que otro dice es un método elemental de diferenciación entre “nosotros” y “ellos”. Sin embargo, para el autor el vínculo entre el lenguaje y la nación potencial no es necesariamente causal. “Es claro —escribe el autor— que, a excepción de los gobernantes y los letrados, difícilmente podemos considerar al lenguaje como un criterio de pertenencia a una nación [*nationhood*].”³⁶ Puesto que un determinado lenguaje no siempre coincidía con una comunidad política específica, Hobsbawm afirma que el lenguaje sólo es una

³³ *Ibid.*, pp. 63-65.

³⁴ *Ibid.*, p. 65

³⁵ *Ibid.*, p. 65.

³⁶ *Ibid.*, p. 54.

de las herramientas para distinguir entre comunidades culturales y no necesariamente la más importante.

Hobsbawm sostiene que en los años anteriores a la educación primaria general no hubo ni podía haber un lenguaje “nacional” estandarizado y que éstos son casi siempre construcciones semi-artificiales y en ocasiones, virtuales invenciones. Las lenguas nacionales, afirma el autor, se basan en una multitud de idiomas genuinamente hablados que, en el proceso de construcción de una lengua auténtica, son rebajados a la categoría de dialectos. Así, por ejemplo, el búlgaro literario se basa en el búlgaro occidental, el ucraniano literario en los dialectos del sureste del país, el húngaro emerge en el siglo XVI, etc.³⁷ Sin embargo, Hobsbawm hace una excepción. El lenguaje será un criterio de identificación *proto nacional* si está vinculado a una minoría política de suficiente importancia. Así, a pesar de su crítica a Gellner, Hobsbawm se tan elitista como el estudioso checo: si para uno lo importante es la imposición de la “alta cultura” para el otro el número de hablantes del idioma potencialmente nacional carece de importancia siempre que éste tenga suficiente poder político. Por eso, afirma Hobsbawm, el francés se volvió esencial para el concepto de Francia aunque hacia 1789 el 50% de los habitantes del territorio no hablaran francés en absoluto o sólo 2.5% de la población italiana usara el idioma para la vida cotidiana.³⁸

Con todo, Hobsbawm concluye paradójicamente que “esto no niega que los lenguajes sean parte de la realidad popular” pues “aunque es difícil concebir un “idioma nacional auténtico” evolucionado de una base puramente oral para una región de tamaño geográfico sustancial [...] esto no excluye la posibilidad de una cierta identificación cultural con un lenguaje y en la medida en que así sea, el nacionalismo puede tener bases genuinamente

³⁷ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 54.

³⁸ *Ibid.*, p. 60.

lingüísticas y populares.”³⁹ Por ejemplo, los idiomas administrativos o literarios usados para dirigirse a una audiencia más allá de las fronteras de los diferentes dialectos presentes en rezos, poemas y canciones comunes a un área cultural amplia pueden ser una base certera de “protonacionalidad”.

Hobsbawm parece contradecirse con esta conclusión: afirma primero que el lenguaje sólo tiene relevancia “protonacional” en la medida en que está vinculado con una élite de importancia política pero concluye que puede ser un criterio “auténticamente popular.” Para una corriente crítica al modernismo —en cuyos argumentos me centraré en el segundo capítulo— la invención de lenguajes y la identificación popular con ellos no es una tarea tan sencilla. Si así fuera, el esperanto sería acogido por una audiencia más amplia que la de los intelectuales entusiastas que lo aprenden.

El elitismo de Gellner se hace patente también en el último criterio potencial de “protonacionalismo” que Hobsbawm analiza: la conciencia de haber pertenecido a una entidad política duradera. En otras palabras, “la asociación entre el Estado que creó la nación posterior y un grupo especial de la población como los grandes rusos, los ingleses o los castellanos.” Sin embargo, Hobsbawm hace una precisión importante. Esta “nación política” se restringe a una fracción ínfima de la población: la élite privilegiada, la nobleza o la clase terrateniente: Por tanto, “cuando los nobles franceses describieron las cruzadas como una *gesta Dei per francos* no tenían ninguna intención de asociar el triunfo de la cruz con la mayoría de los habitantes de Francia o incluso con la pequeña parte del hexágono que llevaba ese nombre en el tardío siglo XI, así fuera porque la mayoría de quienes se veían como descendientes de los

³⁹ Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 52-53 y p. 59.

francos consideraban al populacho como los descendientes de gente conquistada por los francos.”⁴⁰

En esta afirmación es evidente la noción de “dos esferas culturales” completamente separadas que Hobsbawm retoma de Ernest Gellner. No es tan evidente, sin embargo, la definición con que Hobsbawm inicia su libro que asume como una característica privativa de la nación contemporánea la coincidencia de las fronteras políticas y culturales pues “el nacionalismo de la nobleza puede ciertamente verse como proto-nacional pues los elementos de “nacionalidad”, lealtad política y comunidad política están presentes.” Entonces ¿es una novedad absoluta la confluencia de cultura y política como afirman éste y otros modernistas, o no lo es?

Para Hobsbawm, los vínculos “protonacionales” no tienen una relación necesaria con las unidades políticas territoriales de las naciones de la actualidad y, por lo tanto, no pueden identificarse legítimamente con el nacionalismo moderno. La conclusión del autor es que no puede decirse nada determinante sobre la conciencia de pertenencia nacional anterior a la era del nacionalismo. Ningún criterio de protonacionalidad le parece suficiente a Hobsbawm y, por lo tanto, el autor se conforma con la explicación electoral como causante del nacionalismo. Hobsbawm es determinante en sus afirmaciones iniciales sobre la modernidad absoluta del nacionalismo, sin embargo, páginas después matiza sus afirmaciones al afirmar su incertidumbre por los vínculos “protonacionales”.

La postura de Gellner y Hobsbawm en ocasiones es excesivamente funcional y mecánica: para ellos, el nacionalismo se trata principalmente de identidades laborales o políticas. Sin embargo, como nos recuerda Tomás Pérez Viejo, “las naciones se inventan, o si

⁴⁰ *Ibid.*, p. 73

se prefiere se construyen, no a partir de decretos y de formas políticas, sino de valores simbólicos y culturales. La construcción de una nación es un asunto público en cuanto a sus causas y consecuencias, pero no en cuanto a la forma como se lleva a cabo. Es un proceso mental cuyo funcionamiento tiene más que ver con el desarrollo de modelos culturales que con la actividad política propiamente dicha”.⁴¹ Y tanto Hobsbawm como Gellner descuidan el aspecto íntimo y personal que el nacionalismo reviste.

El sociólogo británico Anthony Smith cuestiona esta interpretación pues opina que el nacionalismo está indivisiblemente ligado a la percepción y el sentimiento, a factores subjetivos que subyacen a la aceptación de la nación: los recuerdos, mitos y símbolos que quedan inmortalizados en las artes, las lenguas, las ciencias y leyes de una comunidad. Estas dimensiones subjetivas, afirma Smith, escapan a los análisis estructuralistas. La nación debe construirse primero en el imaginario colectivo para que sea operativa políticamente. Sin embargo, las identidades colectivas son portadores de un simbolismo que no se crea de la noche a la mañana y tienen una capacidad de perdurar que los modernistas reconocen unas veces sí y otras no. Este es el punto de partida de la postura crítica del modernismo. *Nihilum ex nihilo*: nada surge de la nada.

BENEDICT ANDERSON. NACIÓN, IMAGINACIÓN Y CAPITALISMO IMPRESO

Benedict Anderson es un modernista que, pese a su “filiación” intelectual, se distingue sustancialmente del resto de la corriente. No sólo analiza el éxito del nacionalismo en términos de su atractivo subjetivo y emocional, sino que tiene una comprensión más amplia de los mecanismos de identidad en las épocas anteriores a la industrialización y de los procesos de creación de identidad en general. Anderson, como Gellner, ofrece una explicación cultural al surgimiento del nacionalismo. Sin embargo, su noción de cultura se extiende a más ámbitos

⁴¹ Pérez Vejo, *op. cit.*, p. 294.

que la movilidad laboral o las transformaciones políticas: para él, la narrativa nacionalista, como la religión, ofrece “una respuesta imaginativa a la carga aplastante del sufrimiento humano: la enfermedad, la mutilación, la pena, la edad y la muerte”. Además, la nación, como el pensamiento religioso, ofrece una promesa de inmortalidad y, de esta forma, tiende un puente de continuidad entre los muertos y quienes no han nacido todavía. Así, Anderson se distancia de Gellner, quien “está tan ansioso por demostrar que el nacionalismo se enmascara tras falsas pretensiones que equipara “invención” con “fabricación” y [habla de] falsedad en lugar de imaginación o creación”⁴².

Anderson define a la nación como una comunidad política que se imagina como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada —y, valga la precisión, no imaginaria— porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas “pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”.⁴³ Se imagina limitada porque incluso la mayor de las naciones tiene fronteras finitas; se imagina soberana porque el concepto nació en la época en que la Ilustración y la revolución socavaron la legitimidad del reino dinástico jerárquico. Por último, se imagina como comunidad porque la nación “se concibe siempre como un profundo compañerismo horizontal”.⁴⁴ Para Anderson, esta última característica es crucial para el éxito del nacionalismo: “en última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas”⁴⁵

Anderson también recurre a los procesos ideológicos de la “modernidad” para explicar el surgimiento de la identidad nacional. En Europa occidental, afirma el autor, el siglo XVIII

⁴² McCrone, *op. cit.*, p. 83.

⁴³ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas (Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo)*, México, FCE, 1993, pp. 23-25

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 23-25

marca el ocaso del pensamiento religioso como mecanismo hegemónico de entender al mundo. Es la época en que el secularismo racionalista asesta un golpe mortal a las identidades y certezas tradicionales; la época en que “el paraíso religioso” se desintegró y la fatalidad, antiguamente intermediada por la certeza de las jerarquías, se hizo arbitraria. En este panorama, Anderson afirma la nación da sentido de nuevo a las contingencias de la vida humana.⁴⁶

Las comunidades religiosas se imaginaban a sí mismas a través de una lengua sagrada y una escritura; eran comunidades que funcionaban a través de signos específicos. En la tradición islámica, por ejemplo, el Corán no se podía traducir porque la verdad sólo era accesible mediante los signos insustituibles del árabe.⁴⁷ Lo mismo puede decirse del latín eclesiástico o del chino de los exámenes de la burocracia imperial. Según el autor, todos estos idiomas eran sistemas privilegiados de representación, canales exclusivos para aprehender la realidad. Sin embargo, las lenguas sagradas eran incapaces por sí mismas de crear comunidades de las dimensiones de la cristiana o la islámica pues sus intérpretes eran pequeños grupos de gente alfabetizada en una multitud de gente iletrada. Anderson intuye que el clero, en especial el bajo clero, fue vital en este propósito al cumplir funciones de intermediación entre los destinatarios de las prácticas religiosas y los intérpretes de lo sagrado. Ellos eran “la *intelligentsia* bilingüe, [que] al mediar entre la lengua vernácula y el latín mediaba entre la tierra y el cielo”⁴⁸

El papel del clero para facilitar la imaginación de una comunidad —y la relación que ésta comunidad tiene con la nacional— es un tema central de la obra de Adrian Hastings, a la que me referiré en el segundo capítulo. Sin embargo, Anderson anticipa muchas de sus ideas y demuestra una mayor comprensión de las comunidades “protonacionales” —por llamarlas en

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 28-29.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 33.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 35.

los términos de los modernistas— que otros autores. En efecto, a diferencia de éstos (quienes perciben a la religión como necesariamente universal y homogeneizadora) para Anderson “el cristianismo asumió su forma universal a través de una miríada de especificaciones y particularidades”. La relación entre religión y nación es mucho más profunda y poderosa de lo que Hobsbawm supone; el vehículo que medió su relación fue el párroco “cuyos ancestros y defectos eran conocidos por todos”, el párroco-“correa de transmisión” que hacía aprehensible la verdad religiosa a través de formas diferenciadas y particulares de la comunidad mediante representaciones visuales y auditivas que apelaban a una comunidad específica. Así, “los pastores que han seguido la estrella hasta el pesebre donde nació Cristo tienen las características de los campesinos de Burgundia [y] la Virgen María se representa como si fuera la hija de un comerciante toscano.” Con estas representaciones no literarias, la imaginación de una comunidad religiosa anticipó a la comunidad nacional pues se dirigía —en términos que se asemejan a los nacionales— a un público mucho más amplio que las élites letradas. Así, la “yuxtaposición de lo cósmico-universal y lo mundano particular significaba que, por vasta que fuese la cristiandad y por vasta que se creyera, se manifestaba *diversamente* a las comunidades suavas o andaluzas como reproducciones de sí mismas”.⁴⁹

A pesar de la relevancia de la comunidad religiosa en la formación de identidades en el mundo tradicional, para Anderson la coherencia de ésta se desvaneció tras el fin de la Edad Media. La exploración del mundo amplió repentinamente el horizonte cultural de los seres humanos al mismo tiempo que “lenguas sagradas”, administrativas y religiosas, perdían gradualmente su vigencia. Tiempo después, el latín dejó de ser el idioma de la alta inteligencia paneuropea y así dejó de servir como el marco de identidad de la comunidad cristiana. El otro marco de referencia de la antigüedad, el reino dinástico, sufrió un proceso similar. El reino

⁴⁹ Anderson, *op. cit.*, p. 44, énfasis mío.

dinástico fue durante varios siglos el único sistema político legítimo. Para Anderson, la legitimidad de la monarquía se derivaba de la divinidad y no del consentimiento de las poblaciones sujetas a ésta. A pesar de esto, el autor afirma que la erosión de las comunidades religiosas y dinásticas no explica por sí misma el surgimiento del nacionalismo. Para el autor, la imaginación de la comunidad nacional fue posible sólo por la convergencia de este declive y el advenimiento del capitalismo impreso.

En efecto, si el conocimiento manuscrito era un privilegio de pocos, el conocimiento impreso dependía necesariamente de su reproducción y diseminación, y ambos procesos fueron, para Anderson, el indispensable requisito que posibilitó el ejercicio de imaginación que da vida a la nación. “Como una de las primeras formas de la empresa capitalista [afirma el autor] la actividad editorial experimentó la búsqueda incesante de mercados”. El mercado inicial del capitalismo impreso fue la Europa alfabetizada que leía latín, que era una población necesariamente bilingüe pues “relativamente pocos nacían hablándolo y hemos de imaginar que menos aún soñaban en él”. La lógica del capitalismo implicaba que, una vez saturado el mercado elitista de esta lengua—Anderson afirma que la saturación de este mercado llevó cerca de 150 años— llegaría el momento de los vastos mercados monolingües y vernáculos.⁵⁰ Así, por ejemplo, en los dos decenios de 1520 a 1540 se publicaron en alemán tres veces más libros que en el periodo de 1500 a 1520. Esta transformación de la demanda está indudablemente ligada a la Reforma Protestante: las obras de Lutero significaron un tercio del total de libros en alemán vendidos entre 1518 y 1525.

Los “lenguajes impresos”, afirma Anderson, cimentaron la conciencia nacional en tres formas. En primer lugar, extendieron los campos de comunicación e intercambio cultural más

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 64-66.

allá de las élites a sectores populares cada vez más amplios. En segundo lugar, con la impresión de diccionarios oficiales, gramáticas y etimología fijas el lenguaje adquirió una estabilidad sin precedentes. Por último, las lenguas impresas dotaron de preeminencia cultural y política a idiomas estandarizados. Con estas transformaciones, Anderson afirma que la convergencia del capitalismo y la tecnología impresa crearon la posibilidad de imaginar una nueva comunidad de proporciones inéditas.

Además de la unidad en el lenguaje, el capitalismo impreso también permitió el ejercicio de imaginación nacional a través de las nuevas novelas y periódicos, publicaciones que unieron al lector individual en una comunidad de lectores similares. Los lectores de periódicos —escribe Anderson— no sólo se enteraron de las mismas noticias que los demás sino, por el ejercicio de lectura, adquirieron también un nuevo concepto de “simultaneidad”. Es decir, aprendieron a ubicarse en el mismo espacio y la misma temporalidad que otros individuos. Con cada novela y cada periódico leído, sostiene el autor, los individuos adquirieron la sensación de caminar un sendero similar y paralelo al de otros seres semejantes.

Benedict Anderson también señala el modo en que la cartografía contribuyó a la imaginación de una comunidad político-cultural. El mapa, señala el autor, es al espacio lo que el reloj al tiempo, es decir, una forma de representación tan internalizada que se hace sinónima del concepto que representa. El mapa es un logotipo, un símbolo de la silueta de la nación, que suministró a ésta una forma definida y que formó parte de “una serie infinita de series reproducibles y disponibles para su distribución en afiches, sellos oficiales, encabezados, revistas y portadas de libros de texto. “Reconocible al instante, visible por todos lados, el mapa-logotipo penetró profundamente en la imaginación popular”.⁵¹

⁵¹Anderson, *op. cit.*, p. 56.

A pesar de la profundidad de su análisis, la interpretación de Anderson, como la del resto de los modernistas, también ha sido objeto de críticas. La imaginación de una comunidad extendida es el principio que subyace a la identidad nacional, sin embargo, algunos autores afirman que los principios de este proceso preceden a las transformaciones señaladas por Anderson. Aunque el autor enfatiza —acertadamente en mi opinión— a la religión, a sus intérpretes y sus representaciones no literarias como un elemento que consolida la identificación con una unidad cultural, su noción del reino dinástico como un acuerdo político que descansaba únicamente en la divinidad de los gobernantes —y, sobre todo, la pretensión implícita de que este principio no tuvo modificaciones de importancia hasta el advenimiento de las revoluciones burguesas— es, como espero demostrar en los siguientes capítulos, una simplificación de los principios teóricos en los que descansaba la legitimidad monárquica. Antes de la Revolución Francesa —e incluso antes de la decapitación de Carlos Estuardo— las monarquías continentales en España, Francia y, especialmente, en Inglaterra, avanzaron el camino de la configuración de una legitimidad basada en los principios de la territorialidad y la pertenencia a una comunidad cultural y política. Pretendo analizar con mayor minuciosidad este proceso en la conformación de la comunidad en la Inglaterra en la Baja Edad Media, entre los siglos XI y XV. Antes, sin embargo, profundizaré en las alternativas teóricas al modernismo. Tal es la materia del próximo capítulo.

CAPÍTULO II

ALTERNATIVAS TEÓRICAS AL MODERNISMO

El modernismo fue, entre muchas otras cosas, una revolución analítica que alteró los cánones de interpretación del nacionalismo y del origen de las naciones y que sentó un paradigma de comprensión del término que, al descalificar la presunta naturalidad, ubicuidad y atemporalidad de la nación, cimentó las bases de la comprensión contemporánea del término. Sin embargo, como he expuesto en las páginas anteriores, su análisis ha sido objeto de varias críticas. En efecto, escribe David McCrone, uno de los problemas del modernismo es su pretensión de totalidad analítica. En la opinión de este autor, es imposible establecer una teoría universal sobre el nacionalismo pues la “nación” es irremediabilmente un producto de la praxis social, un objeto cambiante y en constante evolución. De manera similar, Roger Brubaker afirma que la nación es una categoría de la práctica y que la relevancia de estudiarla se desprende del modo en que ésta puede estructurar la percepción y organizar la retórica y la acción política. En cambio, el modernismo pretende explicar a cabalidad el surgimiento de las naciones, arguyendo

que todas pueden atribuirse a factores relativamente recientes de desarrollo cultural, social y político.

Los modernistas, con la excepción de Benedict Anderson, atribuyen a la nación un carácter de construcción y artificio y observan en su génesis una suerte de “ingeniería social” que, en su opinión, obedece a fenómenos tecnológicos y culturales en las sociedades post-industriales o a manipulaciones políticas tras la masificación de la escena electoral. Muchos autores cuestionan esta noción que, sostienen, ignora que la nación es un ejercicio de construcción de categorías simbólicas de identidad en el que participan muchos fenómenos subjetivos.

Una de las críticas más importantes al modernismo se refiere al momento concreto en que los modernistas datan la génesis de la nación o, en las palabras de Miroslav Hroch, “el problema de que la dramaturgia de Shakespeare está llena de retórica nacionalista”.⁵² Como he descrito ya, Hobsbawm afirma que hablar de naciones antes de 1780 “no tiene sentido”; una opinión compartida por Gellner y John Breuilly. Por su parte, para Anderson la aparición de la nación ocurrió tras la emancipación de las colonias americanas en los siglos XVIII y XIX. En palabras del autor, “la serie de entidades políticas que emergieron en el hemisferio occidental entre 1778 y 1838 y que se definían como naciones [...] fueron históricamente los primeros Estados de este tipo en surgir en el mundo, así, inevitablemente proporcionaron el primer modelo real de cómo debían verse las naciones.”⁵³

En oposición a los planteamientos de los modernistas, una serie de estudiosos rechazó la visión de la nación como una creación *ex nihilo* de la Ilustración. Si las naciones son en efecto

⁵² Miroslav Hroch, citado en Hall, *op. cit.*, p. 6.

⁵³ Benedict Anderson, citado en Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood*, Cambridge University, Nueva York, 1997, p. 10.

una invención y, más aún, una invención relativamente tardía, pensaban estos autores, ¿cómo explicar el éxito de su expansión y su profundo arraigo en las conciencias populares? ¿Cómo explicar la recurrencia con que el término ha aparecido en la historia humana? ¿Cómo explicar modelos similares de asociación en épocas anteriores a las transformaciones del capitalismo y la industrialización? Los modernistas, afirman sus detractores, no consiguen explicar porque las nuevas entidades político-culturales reivindican precisamente las identidades tradicionales, es decir, porque las identidades tradicionales son marcos relevantes de identidad en la construcción de la identidad nacional.

Los críticos del modernismo también cuestionaron la posición prominentemente elitista que Gellner sostiene abiertamente y que Hobsbawm reproduce implícitamente. En palabras de Philip Spencer y Howard Wollman, es un error asumir que “la identidad nacional es simplemente el efecto de la manipulación de las élites sobre las masas crédulas; que aquellos que se identifican con la nación son sólo el objeto del adoctrinamiento [pues] el hecho de que la nación se promueva de esta forma [mediante la repetición constante a través de la vida cotidiana] no implica su aceptación universal y uniforme. Pues la transmisión y la apropiación por una audiencia determinada son fenómenos distintos”.⁵⁴ En *Nationalism, Five Roads to Modernity*, Liah Greenfeld también rechaza el análisis elitista que enfatiza excesivamente el poder de la socialización, concediendo poca importancia a los individuos y su capacidad para decidir.⁵⁵

Con estos argumentos surgieron dos tipos de críticas al modernismo. La primera vertiente crítica que, para propósitos analíticos podemos catalogar como “sociológica” (en los términos de de David McCrone) está representada por Anthony Smith, Miroslav Hroch, John

⁵⁴ Philip Spencer y Howard Wollman, *Nationalism, a Critical Introduction*, California, Editorial Sage, 2002, p. 61.

⁵⁵ Liah Greenfeld, *Nationalism, Five Roads to Modernity*, Massachusetts, Harvard University Press, 1992, pp. 19-21.

Armstrong y John Hutchinson quienes, aunque reconocen las aportaciones del modernismo al entendimiento de la génesis de las naciones, cuestionan el supuesto de que la convergencia entre comunidad cultural y política es una innovación absoluta del siglo XVIII. Además, estos autores atribuyen una capacidad especial a la identidad étnica —como antecesora de la identidad nacional— para suministrar identificación comunal y marcos de seguridad y certeza ante lo desconocido. La segunda fuente de crítica, que clasificaré como “histórica”, proviene de medievalistas como Adrian Hastings o Joseph R. Strayer, quienes reclaman una comprensión más especializada y profunda de la historia anterior a la industrialización y denuncian las simplificaciones que los modernistas hacen de ésta. Con todo, a pesar del énfasis particular que cada una confiere a distintos factores explicativos, ambas corrientes críticas coinciden al afirmar que el éxito de la identidad nacional se debe a que está enraizada en formas anteriores de identidad colectiva.

ANTHONY SMITH, Y LA CRÍTICA SOCIOLOGICA AL MODERNISMO.

El sociólogo inglés Anthony Smith presta especial atención a la permanencia de algunos símbolos y su cristalización en narrativas de distintas manifestaciones —literarias, visuales o auditivas— en la creación de identidades nacionales. En contra de la percepción de Ernest Gellner, Smith afirma que incluso si la brecha entre las sociedades “tradicionales agrarias” y las “modernas e industriales” —como las clasifica el autor checo— es radical en ciertos aspectos, la ruptura no es tan absoluta en la esfera cultural y simbólica. Además, Smith cuestiona el valor explicativo de conceptos como “sociedad industrial” y “capitalismo” más allá del contexto económico para el que fueron creados y afirma que, aunque sin duda las colectividades humanas y sus vínculos de identidad han cambiado, estas transformaciones han ocurrido en el marco de lealtades e identidades colectivas preexistentes. Para explicar la continuidad entre las identidades colectivas antiguas y las contemporáneas, Smith propone el término de “etnia”.

El origen de la palabra *ethnos* está en la antigua Hélade; los griegos la acuñaron para describir un grupo de personas o animales viviendo y actuando en común aunque no pertenecieran al mismo clan o tribu. En el consenso académico contemporáneo, la definición de etnia ha abandonado todo cariz biológico, favoreciendo en cambio los rasgos culturales y simbólicos como la esencia de las etnias. Como afirman Spencer y Wollman al mencionar un estudio sobre el mito de los celtas, “dos mil años de idas y venidas deben revelar el sinsentido de que los grupos “étnicos” de la Europa prerromana del norte y centro tenga alguna conexión biológica privilegiada con grupos étnicos cotidianos [...] De cierta forma, todos descendemos de todos.”⁵⁶

En efecto, la etnicidad se distinguió conceptualmente del racismo y de toda asociación con factores biológicos cuando el racismo dejó de ser teóricamente sostenible y se volvió políticamente inaceptable tras la experiencia del nazismo. En este sentido, Ángel Cerutti y Cecilia González definen a la “etnia” como “un grupo sociocultural que se diferencia de otros por compartir una determinada cosmogonía, un sistema de valores, una relativa unidad territorial, una tradición mítica o histórica”⁵⁷ De manera similar, Smith privilegia “el significado otorgado por un grupo de mujeres y hombres a través de varias generaciones a ciertas particularidades culturales de su interacción y a sus experiencias compartidas”, para definir a la etnia como una comunidad que ha conservado un sentido de solidaridad y distinción de sí misma.⁵⁸

Para Smith, la etnia ha sido un modelo de agrupación poderoso y recurrente en la historia. Así, aunque la etnia y la nación no son sinónimos —la nación, como han descrito los

⁵⁶ Spencer y Wollman, *op. cit.*, p. 66.

⁵⁷ Torcuato di Tella, “Diccionario de Ciencias Sociales”, Buenos Aires, Ariel, 2004, p. 253 citado en Ángel Cerutti y Cecilia González, “Identidad e Identidad Nacional”, *Revista de la Facultad*, 14 (2008), p. 86.

⁵⁸ Smith, *op. cit.*, p. 22.

modernistas, implica la convergencia entre la comunidad política y la cultural— Smith reconoce una relación poderosa entre ambas y afirma la permanencia de ciertas etnias en el corazón de las naciones contemporáneas.

Para Smith, la importancia de los símbolos que componen el corazón de una etnia no está en la rigurosidad histórica que las respalda. Éstos bien pueden ser “invenciones”; pueden incluso tergiversar tradiciones “genuinas”, pero su verdadera importancia radica en la carga emotiva que poseen, en los lazos que proyectan y que se extienden más allá del seno de una comunidad inmediata. La expresión e interpretación de las experiencias comunes, afirma Smith, se cristaliza con el tiempo y se hereda a nuevas generaciones que las modifican de acuerdo a sus propias experiencias.

De manera similar, para el antropólogo social Stanley Jambiah la identidad nacional es una forma de identificación colectiva “que da sustancia a una serie de atributos y los vincula a colectividades como posesiones innatas y legados mítico-históricos.”⁵⁹ Para Smith, el valor de la etnia es el mismo que Anderson atribuye a la nación: ésta suministra un mecanismo de identificación con los antepasados, la certeza de una continuidad histórica y, por lo tanto, un mecanismo para lidiar con la muerte. “Al invocar un nombre colectivo, al recordar estereotipos generacionales de la comunidad y sus enemigos, al recrear rituales y ceremonias, los hombres han podido enterrar su soledad e inseguridad frente a los desastres naturales y la violencia humana sintiéndose parte de una colectividad y un destino histórico que trasciende sus existencias individuales”.⁶⁰

⁵⁹ Spencer y Wollman, *op. cit.*, p. 66.

⁶⁰ Smith, *op. cit.*, p. 46. Véase también, del mismo autor, *Nationalism, Theory, Ideology, History*, Massachusetts, Polity, 2001.

Smith afirma que la identidad étnica emana del compromiso, del apego a los símbolos compartidos de un grupo y del sentido de familia expandida, más que de las diferencias con extraños. Para Smith no podemos ver los símbolos de identidad colectiva como meros indicadores del límite entre “ellos” y “nosotros”. El hecho de que los extranjeros sean extraños a nosotros, que no podamos comunicarnos con ellos y que sus costumbres sean incomprensibles deriva su significado de un sentido de experiencias y valores compartidos previos. Así, “los elementos de una tradición y su cultura, los mitos, símbolos, valores y memorias codificados en leyes, costumbres e instituciones, ayudan a unir familias en una comunidad de ascendencia, evoca veneración y respeto por los ancestros y el pasado [...] Fuera de la comunidad, los símbolos de la vida colectiva (vestido, etiqueta, arte, música, rituales) sirven para diferenciar a los miembros de una etnia de los extraños y, de esta manera, proteger las fronteras de la comunidad[...] Pero estos símbolos son quizá más importantes al interior, pues son recordatorios constantes de una herencia y un destino común”.⁶¹

Para Smith, cada individuo se percibe a través del prisma de los símbolos y la mitología que forman la herencia de su comunidad. Estos elementos la hacen palpable a través de las generaciones mediante fenómenos tan variados como los textos sagrados, el lenguaje, los santuarios religiosos, los estilos de vestido, arte y arquitectura, música, poesía y danza, códigos legales, planificación urbana, formas de jerarquía, estilos bélicos y tecnología de producción. La esencia de la etnicidad reside entonces en todas estas manifestaciones que se narran a través de mitos, recuerdos, valores y símbolos que el autor agrupa en el término “complejo mítico-simbólico” o *mythomoteur*.

⁶¹ Smith, *The Ethnic Origin of Nations*, p. 46.

Smith asevera que el tipo de expresiones culturales que dan forma al *mythomoteur* cristalizan mitos de ascendencia y la sensación de una historia compartida, factores que, para el autor, son esenciales para el surgimiento de la conciencia étnica. Los mitos de ascendencia, por ejemplo, responden a interrogantes sobre el origen de un grupo, la similitud entre los miembros de éste y su pertenecía. Estos mitos son variados y se refieren a múltiples temas: existen mitos de orígenes espaciales y temporales, mitos de migración, mitos de los antepasados, de una “edad dorada”, de decadencia y exilio o de renacimiento.

Sin lugar a dudas, las narrativas que dan sentido al *mythomoteur* pueden verse como racionalizaciones y auto-justificaciones colectivas elaboradas *post facto*, con una función política específica. Así, por ejemplo, muchos académicos perciben los principios teológicos del hinduismo como la racionalización de un sistema de explotación basado en la posesión de la tierra. Para Smith, sin embargo, en esta perspectiva se pierde de vista el propósito real de los mitos de descendencia, su función emotiva más que cognitiva, su importancia para expresar y movilizar más que su función para aprehender la realidad de manera rigurosa. Al surgir de las experiencias colectivas de generaciones sucesivas, “los mitos se cristalizan en crónicas, épicas y baladas que combinan mapas cognitivos de la historia de la comunidad con metáforas de identidad y dignidad [...] En cada [mito de descendencia] la “verdad histórica” se entremezcla con fantasías y verdades a medias para proveer una historia coherente y satisfactoria de cómo se formó y desarrolló la comunidad.”⁶²

Smith afirma que las etnias y sus *mythomoteur* han jugado un papel activo en la sociedad humana al menos desde la Edad de Bronce. Pero, en opinión del autor, no fue sino a partir del surgimiento de las primeras ciudades-estado y de los primeros reinos patrimoniales que el

⁶² *Ibid.*, pp. 24-25.

sentimiento de unidad se expandió más allá de la conciencia étnica local. En este milenio, señala Smith, los estados basados en una comunidad étnica nuclear se sucedieron unos a otros: elamitas, amorreos, el reino de Kush en Nubia, cananitas, egipcios y sumerios y otras comunidades que florecieron entre el 2300 y el 1700 a.C., etcétera.

En este periodo, lo más usual era que las unidades políticas y las étnicas no coincidieran. En efecto, el patrón de organización política más frecuente en las comunidades de la época era el imperio multiétnico o las federaciones temporales de ciudades estados unidas contra una amenaza externa. Sin embargo, Smith afirma que a partir del segundo milenio a.C. aparecieron etnias con una cohesión cultural y política mayor: los minoicos, hititas, micénicos, filisteos arameos, fenicios, asirios, etc. Algunas de estas etnias estaban unidas en reinos patrimoniales (hititas, asirios) o en reinos-ciudades (minoicos, micénicos, filisteos, fenicios). Desde la aparición de estas comunidades étnicas y hasta la expansión de China y Roma a finales del primer milenio a.C., la convergencia entre la etnicidad cultural y política ganó relevancia. Esto se manifestó en los frisos asirios, en la escultura griega, en la memoria escrita de los hebreos, en los que, de acuerdo a Smith, apareció una creciente conciencia de los extranjeros y sus costumbres extrañas y una diferenciación clara entre *ellos* y *nosotros*.

El ejemplo más conocido de un complejo mítico de símbolos cívicos, comunales y políticos es, en opinión de Smith, el de las antiguas ciudades-estado griegas. En el siglo VIII a.C., las ciudades-estado habían suplantado a sus reyes por oligarquías aristocráticas y las características de una herencia helénica estaban ya establecidas: un panteón olímpico común que celebraba el triunfo de los dioses celestes sobre las deidades terrestres, una serie de oráculos en Delfos, Dodona y Dídima, una familia de dialectos griegos emparentados (beocio, jónico, dórico) y una herencia literaria, épica y lírica común que hacía homenaje a la civilización

micénica y su gran guerra contra Troya. Esto, afirma Smith, contribuyó a unir a los griegos y diferenciarlos de los demás.

Aunque el sentido de lealtad y diferenciación local en las ciudades estado era muy fuerte, éstas no consiguieron un sentido de unidad política permanente; cuando el peligro que les daba origen había pasado, las federaciones y alianzas eran devoradas por la competitividad de las ciudades-estado. Así, por ejemplo, aunque la alianza temporal contra las invasiones persas entre la liga espartana y el Ática jónica y la inesperada victoria sobre los persas cristalizó la conciencia pan helénica, al mismo tiempo llevó a los poderes del Peloponeso a una carrera por el liderazgo de la península. Por ello, los modernistas señalan que la reivindicación de la cultura helénica no es más que el respaldo teórico de los a los intelectuales nacionalistas decimonónicos. Sin embargo, para Smith lo cierto es que el *corpus* de mitos y símbolos de la comunidad griega sobrevivió el paso de los siglos como imaginario de una comunidad abstracta que, a pesar del tiempo, conservó algún grado de relevancia como forma de identidad; la necesidad de la *intelligentsia* nacionalista para recurrir a ello lo comprueba en alguna medida.

Smith no pretende que la etnia ha sido la única forma de organización sociocultural, pero sí afirma su aparición constante, aunque intermitente, en la historia humana. Con todo, el autor reconoce la necesidad de diferenciar entre entidades culturales y políticas, una diferencia que, como he afirmado antes, es muy cara al argumento modernista. El autor reconoce que, en la antigüedad, las entidades políticas se extendían más allá de los límites de una sola población étnica, la comunidad política era más amplia que la cultural. Por ello, Smith distingue entre dos tipos de complejo mítico-simbólicos —o *mythomoteur*— los dinásticos y los comunales.

Los *mythomoteur* dinásticos, afirma Smith, enlazan el complejo mítico-simbólico a la casa gobernante y a su dinastía y tienen una intención política. Su propósito principal es la propaganda: legitimar las acciones del gobernante y permitir una sucesión pacífica. En cambio, el *mythomoteur* comunal se centra en una imagen de la comunidad entera más que en la historia de un linaje privilegiado. Al contrario de las etnias aristocráticas, el vínculo presente en los *mythomoteur* comunales suele ser religioso y no de clase. En las etnias “populares” o comunales está presente una faceta misionera y sagrada, de ahí proviene su capacidad para movilizar sentimientos profundos y acciones de sacrificio en beneficio de la comunidad. Como en el *mythomoteur* dinástico, en las etnias comunales la guerra tiene un papel significativo para cimentar la noción de comunidad, pero el motor emotivo es el de la lucha por la supervivencia colectiva más que el de la gloria de una casta de guerreros.

La distinción que Smith hace entre *mythomoteur* dinástico y comunal evidencia las dificultades inherentes a cualquier intento para analizar la penetración social de un complejo mítico-simbólico. Este problema se agudiza si consideramos los amplios territorios que componían las formaciones políticas de la Antigüedad. Las dificultades para establecer la unidad entre el universo cultural de las élites y las masas es particularmente evidente al notar que, como han señalado los modernistas, los registros escritos que existen son generalmente producto de las élites letradas y urbanas y no pueden extrapolarse al resto de la población. Eric Hobsbawm había anticipado ya esta diferencia. El autor hace referencia a la “conciencia de haber pertenecido a una entidad política duradera” como uno de sus criterios de “protonacionalismo” pero restringe esta conciencia a la élite que detenta el poder político, como los rusos, los castellanos o los ingleses en la Edad Media. Aunque Smith reconoce esta dificultad, la diferencia en el argumento de ambos autores es que la línea que Hobsbawm dibuja es demasiado tajante, la comunidad política —que es también una comunidad cultural,

con un complejo mítico simbólico propio— guarda celosamente sus fronteras y no hay punto de contacto entre las comunidades culturales subordinadas.

En cambio, para Smith las fronteras entre ambas comunidades no son absolutas. Al hablar del antiguo pueblo de Elam, por ejemplo, el autor concede que sus leyendas e historias podrían ser un mero esfuerzo de la élite gobernante para manipular distintas coaliciones de tribus y satisfacer sus fines políticos. Sin embargo, el área geográfica de Elam tenía límites muy precisos en la conciencia de los pueblos de la Antigüedad. En Elam, la existencia de una unidad política relacionada con esta demarcación geográfica tampoco puede ponerse en duda, al igual que la existencia de un sistema político inusual en el que el trono se heredaba por vía materna. Igualmente inusual era su lenguaje, carente de afinidades semíticas o indoeuropeas. Así “dadas estas peculiaridades culturales, dada la duración de los reinos de Susa y Anshan a través de dos milenios, parece increíble imaginar que no había ninguna continuidad étnica con su nombre, sus mitos, cultural historia y hogar territorial [...] Nunca podremos saber hasta qué punto el sentido de pertenencia a Elam penetró al campesinado, o que tanto éstos se identificaban a sí mismos con la fortuna del estado elamita y sus dinastías. Sólo podemos inferir un grado de lealtad e identificación en la misma persistencia del estado hasta la llegada de los persas”.⁶³

Así, a pesar de la distinción que Smith dibuja entre lo dinástico-vertical y lo popular-horizontal, el autor afirma que ambos tipos de complejo mítico-simbólico se mezclan y traslapan con frecuencia. Para Smith, las identidades étnicas perduran pero también son cambiantes y es inevitable que una etnia transforme sus características dependiendo de sus necesidades y experiencias. Así, por ejemplo, en una confederación tribal que tiene un carácter

⁶³ *Ibid.*, p. 71.

popular y los jefes del clan están emparentados con sus seguidores, los elementos populares pueden diluirse gradualmente, pero no desaparece la memoria de éstos ni su significado simbólico.

En otras formaciones étnicas populares, como las ciudades-estado, el elemento popular también se diluyó por los gobiernos oligárquicos patricios. Cuando las condiciones que propiciaron una guerra se disipaban, cuando la cohesión inicial se debilitaba o cuando un sistema cultural externo ganaba relevancia, es muy posible que una etnia popular se transformara y asociara su noción de identidad popular a las gestas de un linaje gobernante, como ocurrió con el pueblo romano que, a pesar de la centralización del poder político en la figura imperial, jamás perdió conciencia de su condición de comunidad. Para los modernistas, la convergencia entre las comunidades políticas y culturales no es la única característica privativa de la nación contemporánea; también lo es la porosidad de la comunidad cultural de las élites y las masas. Como hemos visto, Smith se opone a esta posición y afirma que las fronteras culturales de las élites y las masas de las épocas anteriores a la industrialización no eran herméticas.

La sensación de poseer una historia compartida, sostiene Smith, une generaciones y define a una población en términos de secuencias temporales comunes. Como he mencionado ya, para Smith y los representantes de la postura sociológica no importa la autenticidad del recuento histórico sino los propósitos didácticos, poéticos y unificadores de éste. Los héroes de la historia compartida deben encarnar las virtudes más caras a la comunidad y se convierten en modelos ideales de acción que se cristalizan a través de baladas y cantos épicos. En este sentido, la guerra cobra importancia en el surgimiento y fortalecimiento de la conciencia étnica más allá de la dimensión funcional relacionada con el Estado y su centralización. Basta con la

descripción de Esquilo de las Guerras Médicas —nos dice Smith— para comprender el significado comunal e individual de la resistencia colectiva en el campo de batalla, de la camaradería y el trabajo de equipo. Y, en efecto, la guerra fue un factor en que la convergencia de la cultura popular y la cultura de la élite gobernante se hace patente. La primera y más evidente forma en que la guerra contribuyó a la creación de identidades colectivas fue a través de la movilización física y de la sensación de camaradería que surge en el campo de batalla. La movilización militar, sostiene Smith, puede favorecer la permeabilidad cultural entre las esferas culturales de las élites y la plebe, aquellas que, a decir de Gellner, son completamente herméticas. En la antigua Esparta, por ejemplo, las compañías militares profesionales se reclutaban entre las masas ciudadanas. Lo mismo ocurría con el ejército de conscriptos campesinos en Roma y Macedonia, la semilla de los ejércitos profesionales que marcharon a lo largo del mundo conocido en esa época.

Para Smith, que Asiria enfrentara una sucesión de enemigos permanentes (Urartu, Elam y Egipto) contribuyó a generar entre el ejército —que en principio estuvo compuesto de reclutas campesinos— artesanos y comerciantes un sentido de identidad definido. De manera similar, aunque la guerra no disminuyó el antagonismo entre patricios y plebeyos, sí tuvo un efecto de comunión colectiva en Roma y Cartago. Las prolongadas campañas de la Segunda Guerra Púnica, por ejemplo, crearon un fuerte sentido de etnicidad común entre la población romana.⁶⁴ De manera similar, en los ejércitos de los cantones suizos, los clanes mongoles o las tribus árabes, los ejércitos de reclutas fueron una demostración simbólica de una comunidad movilizada en campañas periódicas en las que “el sentido de participación, de que el destino

⁶⁴ En la obra de divulgación histórica de Tom Holland *Rubicón. Auge y caída de la república romana* (Barcelona, Editorial Planeta, 2007), es posible encontrar una exposición más amplia y amena de los factores que, pese a las notorias diferencias de clase y estatus, hacían de la Roma republicana una comunidad que integraba a todos los hombres libres en la misma sensación de pertenencia.

personal y familiar depende del éxito en la batalla inculca un fuerte sentido de conciencia étnica.”⁶⁵

En el enemigo, afirma Smith, emerge con claridad la sensación de un estilo de vida extraño al que es necesario oponer el estilo de vida de la comunidad, y la guerra ayuda a la creación de enemigos recurrentes que simbolizan los estereotipos negativos por excelencia. “Tan importantes como la conquista y la matanza eran la denigración del enemigo y la tergiversación de la historia militar. [Esto] ocurrió con la célebre batalla de Kadesh, cuya victoria reclamaron tanto los hititas como los egipcios.”⁶⁶ Además, algunas comunidades refuerzan parte de su identidad en relación a la enemistad con otro; los ejemplos históricos que lo señalan abundan: “elamitas y babilonios, asirios y caldeos, griegos y persas, romanos y partos, bizantinos y sasánidas, suizos y austriacos, ingleses y franceses, jemerres y vietnamitas, polacos y rusos, árabes e israelíes...”⁶⁷ La guerra, afirma Smith, no crea las diferencias, pero las perfila y cristaliza etnias conscientes de sus identidades y capaces de construirse un destino común.

Sin embargo, para Smith la movilización y la propaganda en una guerra son efímeras y sus efectos simbólicos se restringen a los participantes directos. Por lo tanto, los elementos más importantes para la consolidación de la identidad étnica son, para Smith, los mitos de guerra, las historias épicas, las baladas, los dramas y los himnos pues éstos poseen un poder de largo plazo para moldear reacciones más allá de los propios episodios históricos. “Una copla de Simónides sobre la masacre espartana en las Termópilas, un discurso de Shakespeare sobre el significado de Agincourt o las lamentaciones de Jeremías por la destrucción del Templo de

⁶⁵ Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, p. 74.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 39.

Jerusalén pueden ser mucho más efectivos para moldear la conciencia étnica de las generaciones sucesivas que los eventos en sí mismos.”⁶⁸

Además de los efectos simbólicos de la guerra, ésta enmarca un factor que los modernistas y sus críticos comparten al explicar la génesis de las naciones: el desarrollo del Estado burocrático y el aumento de la movilidad social como garantía de convergencia entre lo cultural y lo político. Sin embargo, ambas corrientes teóricas discrepan sobre el momento histórico que, para cada una, señala el inicio de este acontecimiento. Si para los modernistas el único Estado de las dimensiones suficientes para garantizar la homogeneidad cultural es el contemporáneo —y la única forma de movilidad política que garantiza la conciencia de comunidad política es la “electoralización”— sus críticos señalan la existencia de otras formas de organización política que sentaron las bases para el ejercicio de imaginación que da forma a las naciones.

Para Smith, la guerra contribuyó a la formación de Estados de modo funcional al crear una estructura de comando centralizada que suprimió gradualmente todas las bases de poder rivales. El beneficiario último de este proceso, sostiene el autor, es la etnia situada en el corazón geográfico o político del Estado en proceso de centralización, la etnia más profundamente consciente de sí misma. Tal es el caso de los franceses de la *Ile de France* o los persas del oeste de Irán.⁶⁹ Según el autor, el crecimiento de una fuerza militar especializada y profesional expandió en gran medida el dominio político de las dinastías europeas, auxiliada por la revolución en la artillería y el surgimiento de una burocracia capacitada para garantizar el flujo de recursos e insumos necesarios para los ejércitos y las armadas. El momento

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 36-39.

⁶⁹ Smith, *op. cit.*, p. 40.

específico en el que es posible atisbar este proceso es la cuestión que los críticos “históricos” del modernismo precisan con mayor detalle.

GREENFELD, STRAYER Y HASTINGS. LA CRÍTICA HISTÓRICA AL MODERNISMO

Los modernistas no profundizan en la posibilidad de que las naciones hicieran su aparición en épocas anteriores a la industrialización. Como ya he señalado, Hobsbawm sólo afirma que “el desarrollo de naciones y nacionalismos en Estados antiguos como Inglaterra y Francia no ha sido estudiado a profundidad.”⁷⁰ Esta es la carencia teórica que autores como Liah Greenfeld, Joseph Reese Strayer y Adrian Hastings intentan subsanar. Los factores específicos que estos autores enfatizan son la centralización territorial de las monarquías europeas —algunos en el siglo XII, otros en el XVI— y la burocratización de sus aparatos administrativos, además del surgimiento y difusión de las lenguas vernáculas, el papel del bajo clero y algunos símbolos religiosos como elementos que contribuyeron a cimentar una conciencia de pertenencia e identidad a una comunidad que antecede a la nacional.

Como Hobsbawm, la socióloga y politóloga israelí Liah Greenfeld hace de lo político la premisa explicativa para la creación de la nación. La autora afirma que la característica más prominente del concepto contemporáneo de nación es también la característica más notoria de la democracia: la extensión de la franquicia de la participación política, la atribución de la soberanía a las masas populares y el reconocimiento de la equidad básica entre todos sus miembros. Sin embargo, la autora rastrea este fenómeno tres siglos antes que Hobsbawm: para Greenfeld la “nación”, entendida como una comunidad política amplia y popular, apareció en la Inglaterra del siglo XVI. En este siglo, el concepto de “nación” que, de acuerdo a la autora, anteriormente había servido sólo para designar a las élites, sufrió una transformación simbólica, cognitiva y semántica que lo equiparó al “pueblo”, un concepto que en su sentido original se

⁷⁰ Eric Hobsbawm, citado en Adrian Hastings, *op. cit.*, p. 6.

limitaba a describir a las clases bajas y que “señaló el surgimiento de la primera nación del mundo e inició la era del nacionalismo”⁷¹. Así, Greenfeld invierte tajantemente el orden de la relación entre modernidad y nacionalismo: “Históricamente, el surgimiento del nacionalismo antecede al desarrollo de cada componente significativo de la modernización [...] La identidad nacional precede la formación de las naciones”⁷².

Para Greenfeld, el proceso de formación de identidad nacional en Inglaterra se manifestó en fuertes expresiones chauvinistas —por ejemplo, en la violenta revuelta contra artesanos extranjeros en Londres en 1517— y se debió a una transformación en las posibilidades de movilidad social y en los canales de acceso al poder. Este argumento tiene una fuerte similitud con la descripción que Anderson hace de la importancia de las élites criollas novohispanas y su irrupción en las esferas del poder. Para el autor, el papel subsidiario que éstas representaban en la política de sus países ocasionó una conciencia nacional desafiante del *statu quo*. Anderson sostiene firmemente que las primeras naciones surgieron en Iberoamérica. En cambio, Greenfeld describe un proceso similar tres siglos antes al otro lado del Atlántico.

De acuerdo a la autora, la entronización de la dinastía Tudor tras la Guerra de las Dos Rosas (1455-1485) marcó la disolución definitiva del orden feudal inglés e inició el ascenso al poder de una nueva clase social cuya vía de acceso era la eficiencia administrativa y el talento. Para Greenfeld, el ascenso de los Tudor significó que “la nobleza no se definía ahora por el nombre familiar sino por las cualidades personales [...] Muchos escritores de la época creían que el aprendizaje ennoblece”⁷³. Para Greenfeld, la extinción de la antigua nobleza “que, para todo propósito práctico, se completó en 1540”⁷⁴ y la supresión del clero en las tareas de la

⁷¹ Greenfeld, *op. cit.*, p. 6.

⁷² *Ibid.* p. 21.

⁷³ Greenfeld, *op. cit.*, p. 45.

⁷⁴ *Loc. cit.*

administración gubernamental hicieron que la Corona dependiera de los servicios de laicos universitarios. Los administradores en el Estado Tudor eran, de acuerdo a Greenfeld, personas de recursos modestos pero con capacidades sobresalientes reclutadas entre la pequeña nobleza y los plebeyos propietarios. Para la autora, la transformación social que esto representaba fue también ideológica y estuvo acompañada por la insistencia en el derecho a la participación popular en el proceso de gobierno, de modo que “hacia 1530 se afianzó la idea [...] de Inglaterra como una entidad política separada que no era simplemente patrimonio real, sino una *commonwealth*.”⁷⁵

El historiador Joseph Reese Strayer rastrea los fenómenos políticos descritos por Hobsbawm y Greenfeld y, en contra de lo afirmado por ambos autores, sostiene categóricamente que “Inglaterra era claramente un Estado-nación en el siglo XV. Por su parte, John Armstrong realizó un estudio de las identidades étnicas en el Cristianismo y el Islam de la Edad Media y concluyó que la sensación de pertenencia étnica estaba sumamente extendida en la época. Por su parte, Joseph Llobera concluye que “la idea de que el nacionalismo es inventado, tan cara a Hobsbawm, Gellner y otros, es evidentemente falsa. Los nacionalismos modernos son recreaciones de realidades medievales; de hecho, sólo pueden tener éxito si se cimientan en el pasado medieval”. Norman F. Cantor afirma que el proceso de burocratización aconteció antes aún de lo descrito por Greenfeld. Para este autor, el Estado administrativo y su clase burocrática nacieron tras la conquista normanda de Inglaterra en el siglo XI y se extendieron al resto de la Europa continental.⁷⁶

A pesar de sus diferencias, estos autores confieren al Estado burocrático un papel innegable en la construcción de la identidad nacional. En efecto, la facilidad con que los

⁷⁵ Hastings, *op. cit.*, p. 47.

⁷⁶ Norman F. Cantor, *The Civilization of the Middle Ages*, Harper-Collins Publishers, Nueva York, 1993, pp. 277-288.

Estados burocráticos podían extraer recursos superó fácilmente a otras entidades políticas, incluso los más poderosos imperios de la Antigüedad. Además, el surgimiento del estado burocrático ocasionó el grado de centralización política e ideológica que posibilitó el surgimiento de la conciencia nacional. A pesar de las hipótesis de Eric Hobsbawm, aunque las habilidades de la burguesía fueron necesarias para perfeccionar la centralización política, militar y administrativa del Estado, la burocratización no apareció *ex nihilo* pues era una característica de las monarquías de la tardía Edad Media. Como describe Greenfeld, el estado burocratizado en Inglaterra impulsó el crecimiento de una clase burguesa acaudalada y una *intelligentsia* administrativa que, usualmente, floreció a la sombra del poder de la Corona y en oposición a la nobleza. Así, para los críticos “históricos” al modernismo, el Estado nacionalista burgués heredó las unidades territoriales y políticas preexistentes, al igual que las identidades establecidas en dichas unidades, para satisfacer sus propios propósitos de participación política.

Anthony Smith participa en el debate de la temporalidad de la nación y presta especial atención a la noción de que la convergencia entre la esfera cultural de las élites y la de las masas es una característica privativa de la Edad Contemporánea. Este autor da por sentado el proceso de burocratización en los Estados de Inglaterra, Francia y Castilla en el siglo XIII y afirma que, en dicho proceso, las etnias privilegiadas asociadas al Estado inevitablemente incorporaron a las minorías en roles subordinados y auxiliares. Cuando las rivalidades entre los Estados europeos crecieron y los medios de producción y administración se modernizaron, la nación emergente debió extraer recursos materiales y humanos de las provincias en un nivel sin precedentes y para facilitar esta tarea fue indispensable homogeneizar y subordinar a los habitantes de la periferia. Para Smith, en este proceso en el que las entidades políticas europeas se transformaron, gradualmente, en naciones territoriales, el complejo cultural de la etnia dominante se extendió al resto de las etnias y, al mismo tiempo, fue transformado por el

complejo mítico simbólico de éstas. En el ínterin, afirma Smith, ambas adoptaron parte de la historia de la como propia.

Por su parte, Adrian Hastings pretende refutar tanto la noción de que la comunidad política y cultural que da forma a la nación no existió sino hasta la Edad Industrial, como la afirmación que las esferas culturales de la élite y las masas eran herméticas hasta dicho momento histórico. Para Hastings, sostener que la nación ha existido en un estado embrionario e inalterable durante miles de años sería absurdo. Sin embargo, al igual que Smith, Hastings asevera que la identificación nacional contemporánea tiene precedentes en las identidades étnicas medievales. Hastings afirma que el modernismo ha distorsionado el análisis sobre la génesis de las naciones, para él “Hobsbawm escribió una historia del nacionalismo de los siglos XIX y XX, pero no del nacionalismo, y negar la primera mitad inevitablemente ha sesgado el resto de la historia.”⁷⁷

Para Hastings, las baladas y gestas épicas fueron factores cruciales en la convergencia de las fronteras culturales de las élites y las masas populares en la Europa medieval. Al recrear gestas épicas, afirma Hastings, el papel de las baladas en la creación de identidad es el mismo que Benedict Anderson atribuye a las novelas impresas: ambas proporcionan arquetipos que seguir y modelos a imitar y proponen narrativas uniformes que unen a grupos que, de otro modo, poco tendrían en común. Sin embargo, la diferencia entre las baladas y las novelas es que, a través de la repetición oral, su potencial de creación de identidad excede al campo de las élites letradas y se extiende al resto de los miembros de una sociedad. Así, es posible que la guerra no incremente la cohesión social, pero los mitos y leyendas de heroísmo, victoria o resistencia tienen un fuerte potencial para hacerlo.

⁷⁷ Hastings, *op. cit.*, p. 11.

Hastings, como Smith, explora el efecto simbólico y narrativo de la guerra en la creación de la conciencia nacional. Una guerra prolongada, afirma Hastings, suministra material para una historia que cristaliza, enfatiza y extiende el incipiente sentido de etnicidad común en la etnia dominante. Incluso si la unidad política que la acoge es derrotada y diseminada, la etnia consigue sobrevivir y transformarse al conservar continuidad con sus mitos, memorias, valores y símbolos. Así ocurrió con los chinos Han tras la conquista mongola, los persas tras las conquistas de Alejandro Magno, los griegos tras la conquista romana, los polacos tras la múltiples particiones de su reino. En cada caso, la guerra moldeó un sentido de identidad étnica a través de las baladas y canciones lo bastante fuerte para permitir a la comunidad sobrevivir muchos siglos. Además, las baladas y gestas fueron instrumentales para el surgimiento y difusión de las lenguas vernáculas. Para Adrian Hastings, el surgimiento de las lenguas vernáculas —y su cristalización en un cuerpo literario— es el factor que determina la transición entre etnia y nación. “Una vez que la lengua vernácula de una etnia se convierte en un lenguaje con una literatura extensa, el Rubicón en el camino al nacionalismo ha sido cruzado.”

Para Hastings, a pesar del valor de las gestas épicas en el surgimiento de las lenguas vernáculas, el vehículo fundamental para la transición entre etnia y nación fue la Biblia, en particular de la traducción de las versiones latinas de ésta a las lenguas vernáculas en la Europa Occidental del Medioevo. La necesidad de contar con una traducción de los textos bíblicos, sostiene Hastings, impulsó una intensa actividad de traducción. En la versión en inglés de 1350 de la *Vulgata*, un verso del Libro de las Revelaciones contiene la frase “*all kyndes & tunges & folkes & nacions*”. De modo similar, la traducción de la Vulgata al inglés de John Wycliffe de

1382 menciona “*each lynage and tunge and puple and nacioun*”⁷⁸. Al usar la *Vulgata* como referencia, los traductores ingleses partían de la palabra latina *natio* que, a su vez, tomó como referencia la palabra “ethnos” de la compilación original en griego de la Biblia. Para Hastings, el repetido uso de *natio* y sus derivados vernáculos evidencia que la Biblia fue el prisma original a través del cual la gente comenzó a concebirse en términos nacionales. La Biblia, sostiene el autor, proporcionó un modelo desarrollado de lo que implica una nación en el pueblo de Israel: la unidad de una población, un lenguaje, una religión, un territorio y un gobierno.

Benedict Anderson afirma que sólo el capitalismo impreso hizo posible la multiplicación de libros en cantidad suficiente para permitir un imaginario nacional. Hastings, en cambio, afirma que el desarrollo del intercambio capitalista de libros precedió al desarrollo de la imprenta. La literatura vernácula europea, asevera el autor, comenzó a editarse en Inglaterra y Gales antes del siglo VI; hacia el año 1000 el resto de las comunidades más grandes de Europa Occidental tenían ejemplares literarios en su lengua.⁷⁹ Por su parte, Hastings sostiene que “el efecto de un incremento relativamente pequeño en el número de libros de una comunidad que no había tenido hasta el momento ningún libro o muy pocos [...] se extiende más allá de los letrados”⁸⁰, presumiblemente a través de manifestaciones visuales y auditivas asociadas a los textos, como la repetición en voz alta de los hechos de la vida de los santos.

Hastings tiene en mente la acertada acotación de Hobsbawm sobre las limitaciones de la literatura como elemento de conciencia nacional: que un puñado de personas escriban y lean en una lengua vernácula no le confiere el alcance social que ha hecho de la nación un poderoso vehículo de identidad. Sólo a través de un uso extensivo de la literatura puede crear un efecto nacionalista popular y no sólo académico. Sin embargo, el autor afirma que incluso si el

⁷⁸ *Ibid.*, p. 16.

⁷⁹ Hastings, *op. cit.*, p. 21.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 23.

número de copias de una Biblia vernácula era limitado, la liturgia se celebraba en esta lengua y, con ello, ésta consiguió tener un efecto difundido y extenso. De esta manera, aunque las masas campesinas no leyeran textos vernáculos sí escuchaban la liturgia en la misma lengua en que escuchaban las baladas, épicas y cantares que daban forma a su complejo mítico. Así se gestaron identidades basadas en elementos estéticos y simbólicos que se asociaban a una historia particular, un territorio particular y la defensa de éste contra sus enemigos. Además, existen un número de expresiones artísticas, religiosas y profanas, que Hastings no considera; el teatro popular y las compañías itinerantes de trovadores, además de la poesía popular en las que, en palabras de Mariana Maserá, se evidencia la posibilidad de “mutuas influencias entre la poesía de los clérigos, los trovadores y la poesía popular.”⁸¹

Al igual que Greenfeld, Hastings describe a Inglaterra como el prototipo de una nación: “el nacimiento de la nación inglesa no fue el origen de una nación sino de todas; el nacimiento del nacionalismo”. La conciencia nacional inglesa, según Hastings, surge en la época sajona y sobrevivió a la conquista normanda en 1066, creció gradualmente y reemergió con violencia en el renacimiento de la literatura vernácula a finales del siglo XIV. Para Hastings, el modelo de nación inglesa contradice el supuesto modernista que rastrea el origen de las naciones al siglo XVIII de modo que “la pasmosa afirmación de Benedict Anderson de que la nación inglesa surgió hasta el siglo XIX en el cenit de su imperio es completamente insostenible.”⁸²

Existe otro elemento que, al igual que las lenguas vernáculas —en su expresión literaria y oral— permitió que las barreras entre la cultura de la élite y la cultura popular se diluyeran, y, también está relacionado con la religión organizada. La percepción del modernismo sobre la religión organizada —en especial el Cristianismo en la Edad Media— es uno de los factores

⁸¹ Maserá, Mariana, “La lírica popular en la Edad Media” en Aurelio González y María Teresa Mijangos de la Peña (ed.) *Introducción a la cultura medieval*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006, pp. 189-199.

⁸² Hastings, *op. cit.* p. 6.

que más críticas le han valido. Como hemos visto, los modernistas perciben a la religión como un factor que, en esencia, es incompatible con la lealtad nacional, lo que la hace un elemento insatisfactorio de —retomando el concepto de Hobsbawm— “proto-nacionalidad”. Sin embargo, aunque es cierto que las religiones “misioneras” o “de salvación” reclutan prosélitos sin distinciones étnicas, históricamente las religiones organizadas, tras haber pasado la primera fase de entusiasmo/fanatismo, se han apegado a las divisiones culturales y económicas existentes para facilitar su expansión. Así, no es infrecuente que las religiones refuercen los sentimientos étnicos en lugar de socavarlos.

Anthony Smith concuerda en que el surgimiento de religiones monoteístas de salvación (especialmente el cristianismo en sus primeras etapas) superó inicialmente las divisiones étnicas y religiosas. Sin embargo, el autor hace patente que en la historia del cristianismo “universalista” han surgido movimientos cismáticos claramente identificados con una etnia particular. A diferencia del cristianismo en sus primeros siglos, el catolicismo medieval aceptó y reforzó las particularidades étnicas de las regiones en las que se extendía. Además, el rito gregoriano en Armenia se aclimató a los ritos y símbolos de su pueblo. En Egipto, el cristianismo asumió particularidades étnicas entre la población copta, al igual que entre los maronitas de Líbano y los drusos de Siria.⁸³ La regionalización étnica no es privativa del cristianismo. La comunidad *sikh* en la India es un caso similar, al igual que el budismo *theravada* en Birmania. Además, la religión organizada fue una cantera significativa que suministró personal y canales de comunicación para la difusión de los mitos y símbolos étnicos. Los sacerdotes y escribas de todas religiones no sólo recabaron y transmitieron las leyendas y creencias de sus pueblos, sino también fungieron como puente simbólico entre las élites y las masas campesinas. En efecto, en la Edad Media los sacerdotes —especialmente los del bajo

⁸³ Smith, *The Ethnic Origin of Nations*, p. 36.

clero— preservaban e intensificaban los sentimientos e ideales de la comunidad adaptando la doctrina cristiana formal a las necesidades e intereses específicos de ésta.

Así, en síntesis, existe una pléyade de autores que respondieron a las hipótesis del modernismo reservas. Antony Smith, Joseph Reese Strayer, Liah Greenfeld y Adrian Hastings, entre otros, ven a la convergencia de la comunidad política y la cultural como la característica determinante de las naciones, pero refutan que esta convergencia sea el resultado exclusivo del capitalismo impreso, las urnas electorales u otros factores históricamente recientes. La noción de que la cercanía entre las fronteras culturales de las élites y las masas es privativa de la sociedad contemporánea es, para estos autores, una simplificación de la historia anterior al siglo XVIII. En los siguientes capítulos me propongo explorar con mayor detalle estas afirmaciones en un caso y un periodo específico: el reino de Inglaterra entre la conquista Normanda de 1066 y el fin de la Guerra de los Cien Años en 1453. Para poner a prueba las hipótesis de los críticos al modernismo, en el próximo capítulo pretendo explorar la construcción de una comunidad política relativamente amplia en la Inglaterra de la Baja Edad Media; en el último apartado intentaré discernir algunos elementos que permitan suponer la existencia de una comunidad cultural que incluyera tanto a las élites políticas como a las masas populares.

CAPÍTULO III

LA COMUNIDAD POLÍTICA EN LA INGLATERRA DE LA BAJA EDAD MEDIA (1066-1453)

Aunque Estado y Nación no son términos intercambiables, históricamente el fortalecimiento del Estado ha influido en el desarrollo de la Nación. Eduardo Sánchez Andrade afirma que “los ingredientes sociológicos que intervienen en el proceso integrador de una nación sólo se cristalizan en presencia de un poder estatal, que viene a imprimirle a la nación su verdadera y definitiva fisonomía”.⁸⁴ Como hemos visto, los autores modernistas también enfatizan la participación del Estado en el surgimiento de la conciencia de nación y exponen los mecanismos de centralización del Estado y su presencia en la vida cotidiana como elementos fundamentales para que ésta sea posible.

Ernest Gellner, por ejemplo, ve al nacionalismo como el mecanismo que el Estado suministra para conseguir un trasfondo educativo homogéneo que satisfaga las necesidades de la sociedad industrial, mientras que Benedict Anderson afirma que la primera forma de

⁸⁴ Eduardo Sánchez Andrade, *Teoría general del Estado*, Editorial Harla, México, 1987, p. 135.

nacionalismo apareció entre la burocracia itinerante de la América hispana. Por su parte, Anthony Smith describe la forma en que la etnia en el corazón del Estado imprime su complejo mítico-simbólico sobre las etnias que le están subordinadas al mismo tiempo que éste es moldeado por las tradiciones de las etnias que domina. Así, aunque la aparición del Estado no es simultánea a la de la nación, ni la presencia del primero indica necesariamente la existencia de la segunda, los mecanismos de un Estado-maquinaria administrativa—esto es, del Estado burocrático—pueden posibilitar la transformación de la jerarquía de lealtades de la población de sus comunidades inmediatas a una institución impersonal asociada a un territorio extenso, aunque delimitado. Éste es el motivo principal que, en mi opinión, justifica el estudio del Estado como componente necesario para el surgimiento del concepto de nación y de la identidad nacional.

EL ESTADO Y LA BUROCRACIA

Ofrecer una definición precisa —y escueta, dado que mi objetivo no es un análisis profundo del tema— del Estado y la burocracia no es una tarea fácil: se trata de uno de los fenómenos esenciales de la vida política y uno de los conceptos más debatidos en la literatura académica. Con todo, alguna certeza sobre el tema es necesaria para analizar su relación con la nación y, para intentar conseguirla, me valdré del apoyo de Anthony Giddens. Este autor afirma que el Estado no es una condición indispensable de la vida social y que no ha estado presente en todas las formas que la sociedad humana asume. ¿Qué es el Estado entonces? Podemos intentar describirlo por su síntoma más obvio: el ejercicio del poder sobre una colectividad. Sin embargo, no todo tipo de autoridad colectiva implica necesariamente la existencia del Estado. En un análisis de los sistemas políticos en África, E.E. Evans Pritchard y Meyer Fortes diferenciaron entre las sociedades que cuentan con “una autoridad centralizada sobre un

asentamiento territorial definido” y las sociedades que carecen de estos mecanismos y dependen del parentesco y los controles informales para ejercer la autoridad.⁸⁵

Al igual que Pritchard y Fortres, Giddens afirma que si bien las primeras culturas agrarias contaban con mecanismos informales de gobierno para resolver los asuntos que afectaban a la comunidad, sólo podemos hablar de Estado cuando el poder se comenzó a ejercer a través de un aparato político especializado y separado del resto de la comunidad. Haciéndose eco de la clásica definición de Max Weber, Giddens concibe al Estado como el ejercicio del poder a través de un cuerpo dissociado de la sociedad, institucionalizado y especializado, formado por funcionarios públicos—una burocracia—respaldado por la capacidad de emplear la fuerza para implantar sus políticas y por un sistema de creencias que legitima el uso de la violencia pública.⁸⁶

El medievalista Joseph R. Strayer tiene una concepción del Estado similar a la de Giddens. Strayer identifica dos componentes esenciales en el surgimiento del Estado: un núcleo geográfico en torno a la cual un grupo pueda construir un sistema político e instituciones impersonales relativamente permanentes. Para garantizar la supervivencia del Estado, estas instituciones deben sobrevivir a los cambios en el liderazgo y permitir cierto grado de especialización en asuntos políticos, incrementando así la eficiencia del proceso político. Strayer también añade la legitimidad como condición fundamental para poder hablar de Estado: “un Estado existe principalmente en los corazones y mentes de su gente; si ellos no creen que esta ahí ningún ejercicio lógico lo traerá a la vida”.⁸⁷ Sin esta condición, su supervivencia es poco probable y casi imposible. Así, “más importante que la existencia de las

⁸⁵ Pritchard Evans y Meyer Fortres, *African Political Systems*, citado en Sánchez Andrade, *op. cit.*, p. 21.

⁸⁶ Anthony Giddens, *Sociología*, Alianza, Madrid, 1991, pp. 332-334.

⁸⁷ Joseph Reese Strayer, *On the Medieval Origins of the State*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1970, p. 5.

instituciones, la evidencia de su prestigio y autoridad [...] es la prueba más importante [de la existencia del Estado] *un cambio en la lealtad de la familia, la comunidad local o la organización religiosa al Estado*, que éste adquiera una autoridad moral para respaldar su estructura institucional y su supremacía legal”.⁸⁸ La lealtad al Estado no implica necesariamente nacionalismo. En más de una ocasión el segundo actúa en contra del primero; los ejemplos de esto sobran en el mundo contemporáneo. Pero en otras ocasiones, cuando la transformación en la escala de lealtades favorece a una comunidad territorial asociada a una maquinaria administrativa, el nacionalismo se vuelve una herramienta que fortalece al Estado.

Si la noción fundamental ligada al Estado el ejercicio del poder a través de una maquinaria disociada de la comunidad, la característica fundamental de la burocracia es la previsibilidad. A pesar de la asociación frecuente entre burocracia e ineficacia —Balzac la llamó “el poder gigante manejado por pigmeos” —⁸⁹ varios autores la consideran como el modelo de precisión administrativa por excelencia. La burocracia, se arguye, está regida por estrictas normas de procedimiento, lo que hace al proceso de toma de decisiones previsible y eficaz en tanto que no depende meramente del capricho humano.

La descripción más influyente sobre burocracia la debemos nuevamente a la fecundamente de Max Weber, quien afirma que las organizaciones burocráticas están presentes en la mayoría de las facetas de la vida social moderna. Las características formales de las que Weber construye un tipo ideal de burocracia son, entre otras, la existencia de una cadena de mando que denote una clara jerarquía con las posiciones de máxima autoridad en la cima, que la conducta de los funcionarios no esté determinada solamente por la rutina sino que está regida por reglas escritas, que los funcionarios sean asalariados de tiempo completo, la expectativa de

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 7-9, cursivas mías.

⁸⁹ Giddens, *op. cit.* p. 308.

que el individuo haga carrera en la organización y, por último, que ningún miembro de la organización posea los recursos materiales con los que trabaja.⁹⁰

Para Weber, la burocracia moderna es un modelo de organización altamente eficiente por varios motivos. En primer lugar, las decisiones se adoptan de acuerdo a criterios objetivos y generales y no dependen del capricho individual, en segundo, la formación de funcionarios y su especialización en el área que les concierne asegura un nivel general de competencia en la organización y, por último, las posibilidades de corrupción se reducen pues los funcionarios tienen un sueldo estable y se dedican a esta actividad de tiempo completo.

Weber concede especial importancia a las características formales de las relaciones en la burocracia, sin embargo, otros autores destacan los mecanismos informales que a menudo son los medios principales para la toma de decisiones. Además, existen matices importantes a la suposición de que la concentración de poder en las escalas más altas de la jerarquía organizacionales sea absoluta, la llamada “ley de hierro de la oligarquía” de Robert Michels. Anthony Giddens señala que los individuos en las posiciones subordinadas siempre tienen alguna forma de control sobre sus superiores aunque tengan poca influencia en las políticas generales diseñadas en la cima. Los altos mandos pierden control de muchas de las decisiones administrativas a causa de la especialización y los subordinados ocupan ese espacio, por ejemplo, al presentar la información a través de resúmenes, informes previos o síntesis de modo que influyan determinadamente en la decisión de su superior.⁹¹

⁹⁰ *Ibid.*, p. 311.

⁹¹ *Op. cit.*, p. 312.

A pesar de los matices expuestos sobre la naturaleza de la burocracia, existe una profunda relación entre ésta y el fortalecimiento e institucionalización del Estado. Ésta relación existió en Estados de distintas épocas. Sin embargo, la característica exclusiva de los Estado modernos es, de acuerdo a Giddens, que son nacionales, es decir, que la mayoría de la población tiene conciencia o interés en el grupo que les rige y sentido de pertenencia a una comunidad global. A diferencia de los estados tradicionales, afirma Giddens, en los estados nacionales los miembros de la población viven dentro de las fronteras claramente definidas y se reconocen a sí mismos como parte de una comunidad superior a la inmediata.

En cambio, Strayer no sólo reconoce la existencia de *Estados* en la Edad Media en los términos que he mencionado —la existencia de un aparato administrativo institucionalizado, la definición más o menos precisa de las fronteras del territorio en el que ejerce y la legitimidad en el ejercicio del poder— sino también la aparición de *naciones*, es decir, de comunidades extensas con conciencia de sí mismas asociadas a una autoridad central. En efecto, para Strayer los Estados medievales consiguieron “involucrar en el proceso político a una proporción amplia de la población, o al menos conseguir que un sector amplio se interesara en ésta, así como crear alguna sensación de identidad común entre comunidades locales.”⁹² Varias de las características que Giddens y los autores modernistas reconocen de manera exclusiva en el Estado contemporáneo —e incluso los mecanismos que relacionan a éste con la nación— se encuentran presentes en los Estados monárquicos europeos que se consolidaron entre los siglos XI y XV.

La aparición de los Estados nacionales en Europa occidental se debió a varios procesos fuertemente relacionados. La movilidad social fue el factor determinante de los dos primeros:

⁹² Strayer, *op. cit.*, p. 12.

la creación de instituciones impersonales en el ejercicio del poder y, como fenómeno asociado, la burocratización del Estado, es decir la aparición de una clase de funcionarios devotos de la autoridad de los monarcas territoriales. Por último, la adopción de un lenguaje político innovador y una teoría jurídica que evidenciaba una nueva concepción sobre el papel del poder secular y, al mismo tiempo, nociones novedosas sobre las potestades políticas de la comunidad. Estos desarrollos políticos habrían de traducirse en una representación cada vez mayor en las asambleas políticas que, en Inglaterra, darían vida al Parlamento. En mayor o menor medida, todos estos fenómenos hicieron tangible la existencia de una comunidad más amplia que la inmediata, una comunidad que se relacionaba con una autoridad central que se hacía presente en la vida cotidiana a través de sus agentes y funcionarios. Así, a pesar de que el proceso político fue gradual y varió dependiendo de la región de Europa que se analice a partir del siglo XI, queda claro que

[...] el surgimiento de comunidades políticamente organizadas en territorios definidos y específicos en los que se desarrolló la soberanía interna y externa de los gobernantes. En este proceso, el crecimiento de un personal capacitado profesionalmente fue crucial, al igual que la gradual monopolización de la impartición de justicia.⁹³ Aún más importante, “el desarrollo del Estado en el periodo posterior al siglo XII se asocia a otro fenómeno: el crecimiento del sentimiento nacional. El sentido de nacionalismo emergió en la Edad Media, aunque en modo alguno es comparable al nacionalismo moderno. La sensación de “ser italiano” en oposición a “ser alemán” bajo el impacto de la “furia teutónica” de las invasiones imperiales puede rastrearse a la época de Barbarroja.⁹⁴

Nicole Oresme, en su argumentación contra las pretensiones del monarca inglés al trono de Francia —escrita además en lengua vernácula en el siglo XIV— afirmó en los *Comentarios* de Juan de París a la *Política* de Aristóteles que las diferencias geográficas, raciales, de temperamento y de costumbre entre los pueblos eran características perdurables de la sociedad y que, por lo tanto, cualquier reino que intentara traspasar estas fronteras era antinatural. Esta

⁹³ J.P. Canning, “Development, c. 1150-1450, Politics, Institutions and Ideas” en J. H. Burns, (ed.) *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c. 350-c. 1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, p. 350.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 352.

afirmación “implica una visión del Estado-nación más contemporánea de lo que cabría esperar de un escritor del siglo XIV. Una tierra con límites geográficos claros, habitada por un pueblo de tradiciones, costumbres y lenguaje común, se reconocía claramente como la unidad política más apropiada.”⁹⁵

La teoría política del siglo XIV reconocía una realidad que, en la práctica, había ocurrido siglos atrás. “En Inglaterra, donde las fronteras geográficas ya habían sido establecidas, la unidad teórica del reino ocurrió con Enrique I y Enrique II.”⁹⁶ En efecto, el proceso de fortalecimiento de la monarquía de Inglaterra es la referencia inevitable al hablar de institucionalización de las monarquías medievales y es la materia de estudio de este capítulo. Antes, sin embargo, es necesario hablar del panorama político previo.

En la temprana Edad Media, la forma predominante de organización política fue el reino germánico que, según las condiciones que Giddens y Strayer proponen, no puede ser calificado como Estado. Además de la indefinición territorial, el reino germánico basaba su existencia en las lealtades personales y no en la sumisión a instituciones abstractas o conceptos impersonales. El rey existía para solucionar las emergencias extraordinarias, no para administrar los asuntos locales o impartir justicia en las comunidades. Además, el monarca de los tempranos reinos medievales compartía el poder con una pléyade de señores locales. La característica predominante del panorama político de la Alta Edad Media es, por tanto, la fragmentación del poder o, en otras palabras, el *feudalismo*.

El término *feudalismo* fue inventado por abogados ingleses y franceses del siglo XVIII y retomado por los radicales franceses en su lucha contra el *Ancien Régime*. Por su parte, Karl Marx lo usó para describir la economía precapitalista. En *Feudal Society*, el historiador francés

⁹⁵ Jean Dunbabin, “Government” en Burns, *op. cit.*, p. 481.

⁹⁶ Enrique I gobernó Inglaterra entre 1100 y 1135, Enrique II entre 1154 y 1185. *Ibid*, p. 482.

Marc Bloch empleó el término para describir todo el espectro de tradiciones sociales y la organización de las clases altas en la Edad Media⁹⁷ y, como él, los académicos del siglo XX lo han empleado para definir la esencia de la organización social y política de la Edad Media. Sin embargo, sus características nunca han estado del todo claras; más aún, “es poco probable que el feudalismo estricto haya existido fuera de la imaginación de los historiadores”.⁹⁸

En esencia, el feudalismo se refiere a la relación que se establece entre un señor y un vasallo mediante la concesión de un pedazo de tierra —un feudo— a cambio de la promesa de lealtad y la prestación de servicios militares. En una época de incertidumbre y ante una sociedad que carecía de dinero líquido para pagar tropas a sueldo, el feudalismo proporcionó los recursos necesarios para reclutar tropas a caballo, vitales para el desarrollo militar de la época. Con el tiempo, el feudalismo consolidó la existencia de una aristocracia guerrera que controlaba, de manera hereditaria, el poder político, militar y económico, que basaba su riqueza en la posesión terrateniente y en el dominio sobre una clase campesina dependiente y que ostentaba el poder regional ante la ausencia de un gobierno centralizado.

En sentido estricto, en la pirámide feudal —en la que cada vasallo podía establecer relaciones de vasallaje y repartir feudos entre sus inferiores— la posesión última de cada tierra pertenecía al señor que la había otorgado, de modo que los derechos originales sobre toda heredad pertenecían al rey. En la práctica, sin embargo, las relaciones feudales eran sumamente complejas y ocurría a menudo que un vasallo tenía más de un señor, que un señor era a la vez súbdito de su vasallo por la posesión de un feudo en particular o que un vasallo servía a dos señores enemigos y debía a su criterio la decisión sobre a quien servir.⁹⁹ La imprecisión y

⁹⁷Christopher Brooke, *Europe in the Central Middle Ages, 952-1154*, Longman, Nueva York, 1987, p. 102.

⁹⁸*Ibid*, p. 107.

⁹⁹Brooke, *op. cit.*, p. 105. Véase también Norman F. Cantor, *The Civilization of the Middle Ages*, Harper Perennial, Nueva York, 1994, p. 199, y Andrade, *op. cit.*, p. 131.

flexibilidad que marcó las relaciones feudales ha llevado a Norman F. Cantor a afirmar que el feudalismo no fue un sistema absoluto la Edad Media y que sus características describen apropiadamente sólo a ciertas regiones en ciertos periodos, especialmente entre el siglo IX y el XII. En efecto, como explicaré con mayor detalle, aunque en los siglos posteriores a este periodo la nobleza hereditaria continuó presente en el panorama político, su poder dejó de basarse en la posesión territorial, el dominio sobre el campesinado y la oposición al gobierno central y tuvo que compartir el escenario político con otros actores políticos.¹⁰⁰

El siglo XI atestiguó la estabilización gradual del mapa europeo. Los reinos sobrevivientes de las olas migratorias y los enfrentamientos militares —el reino de Inglaterra, el reino de los Francos de occidente y los reinos ibéricos en expansión, por ejemplo — “sobrevivirían, de una forma u otra, hasta nuestros días. Nunca más un conde de Renania podría volverse gobernante de la Francia occidental, o un vikingo podría hacerse amo de una provincia francesa como Rollo había hecho en Normandía”.¹⁰¹ La estabilidad política —y la continuidad territorial que permitía— facilitaron las condiciones para el fortalecimiento e institucionalización del Estado medieval. La producción agrícola se incrementó, el comercio a largas distancias aumentó. Pero la condición que más nítidamente evidencia el alba de un nuevo estado fue ideológica: la transformación de la relación entre la autoridad secular y la eclesiástica que tuvo en la Querrela de las Investiduras su expresión más evocativa.

En el siglo XI el nuevo liderazgo de la Iglesia buscó aumentar su independencia de las autoridades seculares. La resistencia que los monarcas opusieron desembocó en la Querrela de las Investiduras, controversia que enfrentó al papa Gregorio VII y a Enrique IV del Sacro Imperio Romano por la facultad de investir a los obispos. El Papa reclamaba el derecho a la

¹⁰⁰ Cantor, *op. cit.*, pp. 195-197.

¹⁰¹ Rollo fue el conquistador danés de Normandía y fundador de la dinastía de diques normandos. Strayer, *op. cit.*, p. 17.

investidura por tratarse de un ministerio religioso pero, en tanto que éste ministerio iba asociado a un feudo, el emperador también reivindicaba sus derechos como señor. La Querella de las Investiduras se resolvió mediante el Concordato de Worms, suscrito en 1122 entre Enrique V y Calixto II, que establecía que el Papa otorgaría la investidura espiritual y el emperador concedería el feudo asociado.

La consecuencia más relevante de la querella es que transformó de manera determinante las concepciones medievales del poder eclesiástico y el poder terrenal y creó una nueva concepción sobre la naturaleza de la autoridad secular y la noción de su separación de la autoridad clerical, es decir, una marcada división entre la *ecclesia* y el *mundus*. La transformación del papel de la Iglesia que Gregorio VII concebía “prácticamente demandó la invención del concepto del Estado” ya anunciado por la reorganización de la estructura política de Europa.¹⁰² La monarquía medieval, que desde la era carolingia se concebía como la expresión de los ideales eclesiásticos, cambió irremediamente. “Al afirmar su carácter único y separarse tan marcadamente de los gobiernos seculares, la Iglesia puso sobre la mesa, implícitamente, conceptos sobre la naturaleza de la autoridad secular.” e inevitablemente sentó las condiciones para el desarrollo de nuevas instituciones.¹⁰³

Tras la Querella de las Investiduras el concepto del “Imperio Cristiano” universal perdió relevancia frente a la consolidación de las monarquías territoriales.¹⁰⁴ En estos siglos aparece un nuevo concepto que es fundamental en el sistema contemporáneo de Estados y que evidencia la creciente importancia de la definición territorial: la frontera. La idea de la frontera como un territorio virgen susceptible a ser conquistado también perdió relevancia frente a la

¹⁰² *Ibid.*, p. 22.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ Canning, *op. cit.*, p. 341.

noción de frontera como límite que separa a un Estado de otro.¹⁰⁵ Otra evidencia de la creciente importancia de la territorialidad es que en 1181 Felipe II sustituyó el título tradicional de *rey de los francos* por el de *rey de Francia*. “Este dato, que parece una sutileza, muestra un cambio de mentalidad respecto de la naturaleza de la autoridad real: el monarca no sólo es dirigente de un pueblo sino que ahora su mando se ejerce sobre una circunscripción territorial que habrá de constituir, con el tiempo, la base de la unidad nacional.”¹⁰⁶

El “redescubrimiento” de los escritos políticos de Aristóteles y la intensa actividad en la teoría jurídico política en los siglos XI, XII y XIII también alentó una nueva concepción sobre una territorialidad del Estado más claramente definida. Parafraseando a Aristóteles, Tomás de Aquino argumentó a favor del cultivo de cualidades sociales y de la naturaleza social del hombre. Sin embargo, el escolástico advertía que, aunque la vida en sociedad era benéfica en esencia, sólo la presencia del gobierno sobre ésta permitiría extraer el máximo provecho. Siguiendo este principio, en la teoría política del siglo XI al XIII se enfatizó la autoridad de los monarcas, se justificó la extensión de su dominio y la noción de soberanía territorial de la Corona. Basándose en las fórmulas jurídicas de “*rex imperator in regno suo est*” (el rey es emperador en su reino) y “*rex qui superiorem non recognoscit*” (el rey no reconoce superior en materias terrenales), los juristas contribuyeron a cimentar las ideas de la soberanía territorial del monarca.¹⁰⁷

La noción de territorialidad estuvo acompañada de otra transformación que permitió, a partir del siglo XI, la consolidación de un Estado concebido en los términos de Giddens: el

¹⁰⁵ Andrade, *op. cit.*, p. 139.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 131.

¹⁰⁷ Canning, *op. cit.*, p. 364.

surgimiento de un aparato de instituciones disociadas de gobernantes y gobernados.¹⁰⁸ Los pilares del fortalecimiento e institucionalización de la monarquía fueron la recaudación de impuestos, la impartición de justicia y la aparición de un cuerpo de funcionarios experimentados y profesionales, el indispensable brazo operativo en la creación de instituciones impersonales asociadas a la monarquía.

La burocratización y la movilidad social tuvieron manifestaciones tempranas en la era carolingia, que se manifestó en los representantes itinerantes de la Corona (*missi*) y fue posible por la expansión de la clase letrada se desvaneció con la separación del Imperio de Carlomagno entre sus hijos consagrada en el Tratado de Verdún de 843.¹⁰⁹ Por lo tanto, sólo a partir del siglo XI podemos identificar los primeros esfuerzos exitosos para construir instituciones administrativas, impersonales, eficientes y duraderas. El referente inevitable de este proceso es, como he mencionado antes, Inglaterra entre la conquista normanda en 1066 y el fin de la Guerra de los Cien Años en 1453. Esta historia, de la que ya he descrito algunos eventos dando tumbos temporales, seguirá a partir de ahora un orden estrictamente cronológico en espera de que resulte más amena y comprensible al lector.

Para propósitos analíticos, en este capítulo, dividiré los años que analizo en tres periodos. El primero comprende la conquista de los duques de Normandía y el ascenso de Eduardo I (1272-1307) de la Dinastía Plantagenet, una rama de la casa de Normandía que se sentó en el trono en 1154. El segundo periodo comprende los años de intensa actividad institucional de “los tres Eduardos”, hasta comienzo de la Guerra de los Cien Años. Por último, analizo los años de la Guerra de los Cien Años, conflicto que finalizó en 1453, y que dio paso a la *Guerra de las Rosas*, la guerra civil entre la rama Lanacster y la rama York de la

¹⁰⁸ Walter C. Opello, *The Nation-State and Global Order, A Historical Introduction to Contemporary Politics*, Ed. Lynne Rienner, Colorado, 2004, p. 52.

¹⁰⁹ Cantor, *op. cit.*, p. 192.

dinastía Plantagenet. Como se verá, a pesar del fortalecimiento de la monarquía, ésta debió negociar su poder con los grupos políticamente relevantes que, en el curso de cuatro siglos, se volvieron mucho más amplios y representativos.

Sin embargo, es necesario hablar antes de un fenómeno fuertemente asociado a la burocratización y especialización de la monarquía inglesa, la relativamente intensa movilidad social en el periodo analizado. Gellner reconoció en la movilidad social un importante factor que diluye las barreras y permite la homogeneidad que da forma a la nación. Sin embargo, en contra de sus suposiciones temporales, la movilidad social es un factor presente en la Inglaterra de 1300. En esta época, la alta nobleza tenía mucho en común con la pequeña nobleza, constituida por hombres que habían ganado la posesión de tierras por servicios de armas, y sólo los condes [*earls*] podían diferenciarse claramente del resto de la nobleza. Sin embargo, en los dos siglos siguientes la estructura de la aristocracia se volvió más jerárquica y se estableció una cadena descendente que incluía los grados de noble, caballero, terrateniente/escudero [*esquires*] y gentilhombre [*gentleman*]. Con todo, la distinción entre estos grupos no era absoluta. Aún en el momento de mayor diferenciación y jerarquía, en la Inglaterra medieval tardía imperaba un ambiente de movilidad social.

En los *Cuentos de Canterbury* del poeta Geoffrey Chaucer —una obra a la que me referiré con mayor atención en el siguiente capítulo— podemos observar que algunos de los hombres convocados al Parlamento para representar a su comarca [*shire*] ni siquiera tenían el grado de terrateniente [*esquire*]. Esta práctica tenía sustento jurídico: según los estatutos de 1444, el rango mínimo para ser convocado al Parlamento era el de *gentleman*. Además, no era poco común que un gentilhombre fuera *sheriff* o recolector de impuestos. La movilidad en los grados de nobleza intermedia y baja era habitual y, en ocasiones extraordinarias, la clase comerciante y los

pequeños terratenientes [*yeoman*] podían llegar a la alta nobleza haciéndose camino en los rangos entre gentilhombre y el caballero. La prueba más paradigmática de esto es la familia de comerciantes La Pole de la ciudad de Hull, que en el siglo XIV, durante el reinado de Eduardo III, financiaron las empresas del monarca. El apoyo a la Corona les valió, con el tiempo, la dignidad de condes [*earls*] y duques de Suffolk, y sus miembros más notorios establecieron una dinastía de Cancilleres del reino que duró dos siglos. Los matrimonios entre familias de distintos rangos eran bastante frecuentes, y la diferencia entre los miembros más pobres de un rango y los más ricos del inferior era mínima.¹¹⁰ Así, aunque la sociedad inglesa a principios del siglo XVI estaba más estratificada que la del siglo XIV, conservó la fluidez de los siglos anteriores.¹¹¹

Un signo que nos sugiere el grado de movilidad social en la élite más selecta es que, si establecemos periodos de 25 años entre 1300 y 1500, del grupo de familias que poseían la dignidad de par del reino [*peerage*] al comenzar el periodo sólo sobrevivían dos cuartos al finalizar éste.¹¹² El servicio a la monarquía era la vía más expedita para el ennoblecimiento, y el monarca era una figura determinante para garantizar la movilidad social. Prueba de ello es que desde 1387 la dignidad de par se expidió por una cédula real [*letters patent*] en lugar de hacerse mediante un emplazamiento del Parlamento [*writ of summons*].

Otro rasgo de la movilidad social en la tardía Edad Media era la inestabilidad legal en los títulos de sucesión y herencia, un hecho del que tomó ventaja más un noble con ansias de ceñirse la Corona (el primer monarca de la rama Lancaster de la dinastía Plantagenet, Enrique IV (1399-1413), entre otros) y más de un mercader de talento para hacerse de la dignidad de

¹¹⁰ John A. F. Thomson, *The Transformation of Medieval England, 1370-1529*, Londres, Longman, 1983, p. 112.

¹¹¹ Para Thomson, en efecto, no había nada nuevo en la ambición del siglo XV: la fluidez de la sociedad inglesa era característica desde siglos anteriores. *Ibid.*, 125.

¹¹² Thompson, *op. cit.*, p. 102.

par. En la práctica jurídica, a excepción del monarca, cualquier hombre tenía capacidad de determinar sus derechos de sucesión, incluso si ello implicaba vulnerar las heredades de su primogénito o las de los hijos de su primer matrimonio.

Pese a todo, los derechos de sangre eran el factor decisivo para determinar el estatus de un hombre en la sociedad inglesa en la Edad Media. La movilidad social era limitada y ocurría con frecuencia entre las familias que ya pertenecían al estrato terrateniente. El poder se ejercía en la nobleza, y la prosperidad del campesinado en la Edad Media tardía no provocó un aumento significativo en su poder. Sin embargo, que un hombre hiciera carrera desde orígenes campesinos ciertamente era infrecuente, pero no era del todo desconocido. El talento, la ambición y el servicio a la Corona tenían en la Inglaterra medieval recompensas mucho mayores que en la Europa continental, donde el peso de la sangre era mucho más restrictivo.

LA CONQUISTA NORMANDA Y EL ASCENSO DE LOS PLANTAGENET (1066-1272)

Los reyes ingleses enfrentaron menos dificultades que los monarcas del continente para imponer su autoridad y superar la dispersión de poder que era la nota característica del feudalismo. En Inglaterra, una larga serie de conquistas impidió el surgimiento de poderosos señores locales y que éstos crearan instituciones políticas duraderas. Esta característica se acentuó notoriamente tras la conquista Normanda. Cuando Guillermo *el Bastardo* (1028-1087) atravesó el Canal de la Mancha con un ejército de 1,500 caballeros, arrebató a Harold de Wessex la corona inglesa en la Batalla de Hastings, arrasó a la flor de la nobleza anglosajona y, de paso, adoptó para sí un calificativo más complaciente: el *Conquistador*. En una sola batalla, el nuevo monarca inglés eliminó una de las fuerzas de fragmentación presentes en la isla e inició el fortalecimiento del poder del gobierno central.

Este proceso fue posible por la creación de instituciones impersonales de administración, recaudación e impartición de justicia. Guillermo I *el Conquistador* hizo valer su posición como cabeza de la pirámide feudal al establecer un cuidadoso esquema de obligaciones legales que hacía del rey el señor supremo de cada caballero del reino y exigiendo un juramento de fidelidad a la nobleza anglosajona. El *Conquistador* preservó lo más útil de las instituciones anglosajonas pero importó una porción significativa de instituciones y prácticas de Normandía. Los obispos y abades fueron sujetos a pesadas obligaciones feudales, las propiedades de los grandes señores se distribuyeron en dos o más condados para prevenir el surgimiento de autonomías provinciales, se estableció con precisión el periodo exacto que cada caballero debía servir en las guerras del rey —la costumbre feudal limitaba el periodo de servicio de un vasallo a 40 días en un año— se decretó que ningún castillo podía construirse sin aprobación expresa de la Corona y que todos los vasallos del monarca debían presentarse al menos tres veces al año a la *Curia Regis*, el consejo real, para escuchar las disposiciones del monarca.

El fortalecimiento e institucionalización de la autoridad regia estaba supeditado a la construcción de unidades políticas coherentes y en la centralización del poder disperso; para conseguirlo, los monarcas necesitaban recursos que no estuvieran sujetos a la voluntad del señor feudal. Por lo tanto, los monarcas normandos del siglo XI se esforzaron en perfeccionar la gestión de las propiedades reales [*estate management*], construir un sistema de recaudación eficiente y establecer un registro preciso de las propiedades del rey.

El antecedente de la recaudación fiscal en la Edad Media era la obligación de los vasallos de prestar ayuda financiera a su señor en casos de emergencia o en situaciones

extraordinarias, como la ceremonia en que el hijo mayor de un súbdito era armado caballero.¹¹³ Pero los impuestos generales eran prácticamente desconocidos al iniciar el siglo XI; los recursos de los reyes provenían principalmente de la administración y labranza de sus tierras. Sin embargo, sus posesiones pocas veces eran contiguas, los señores feudales que las administraban con frecuencia engañaban a su señor y, en pocas palabras, la certeza en la extracción de recursos era casi imposible. Par superar esta situación, en 1086 Guillermo ordenó una inspección de todos los bienes de todos los propietarios del reino; sus resultados suministraron al rey un registro completo de la riqueza y bienes de sus súbditos y se registraron en el llamado *Domesday Book* [Gran Libro del Catastro] que “provee el registro más detallado de la vida económica y social del medioevo [...] su valor estadístico no fue superado en Europa sino en el siglo XIX”.¹¹⁴

Con estas acciones, el primer monarca de la dinastía normanda superó a todos los reyes europeos de la época en la recaudación de recursos: “la efectividad del régimen tributario inaugurado por Guillermo *el Conquistador* [y continuado por sus descendientes] ayuda a explicar cómo los monarcas ingleses pudieron infligir aplastantes derrotas a los reyes franceses, que dominaban un país tres veces más poblado y con un poder industrial, agrícola y comercial muy superior, hasta el siglo XV”.¹¹⁵

Guillermo II (1087-1100) y Enrique I (1100-1135) herederos de *El Conquistador*, continuaron la tradición de recaudación de su padre al imponer pesadas cargas tributarias al clero. Enrique I envió miembros de la *Curia* a todos sus territorios para solucionar los litigios donde éstos surgían, en lugar de traerlos al tribunal real. Además, el auge de las ciudades y el crecimiento del comercio que éste implicó ofrecieron al rey una nueva fuente de impuestos, lo

¹¹³ Brooke, *op. cit.*, p. 104.

¹¹⁴ Cantor, *op. cit.*, p. 284.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 282.

que significó una entrada económica independiente de las aportaciones feudales. Aún más importante, estos impuestos proporcionaron una aportación *liquida*, en moneda, que podía ser intercambiada por bienes y servicios como ejércitos que no estuvieran sujetos a la voluntad de los señores provinciales. Para hacer frente a esta andanada de recursos y cuantificar los recursos del rey, bajo el reinado de Enrique I surgió el departamento financiero de la *Curia*, la Tesorería Real [*The English Exchequer*], que habría de convertirse en sinónimo de la eficiencia.

El liderazgo de la dinastía normanda en términos de creación de instituciones, aunque indispensable, no fue el único elemento que auguró la creación de un Estado secularizado y profesional. El siglo XII atestiguó un aumento relativo del alfabetismo de gran magnitud y una expansión intelectual encabezada por las grandes universidades europeas. Continuando la tradición de los duques de Normandía, Guillermo *el Conquistador* y sus descendientes atrajeron a los académicos monásticos más destacados a su corte y, con su ayuda, transformaron las débiles instituciones de gobierno anglo-sajonas y las llevaron “a un punto de perfección sin precedentes en la Europa medieval”¹¹⁶. El cuerpo de administradores capacitados y servidores públicos profesionales, suministrados por las universidades, era un cuerpo más apto para satisfacer las necesidades del nuevo Estado territorial.

En el reinado de Enrique I comenzó la tradición de movilidad social relativa que habría de caracterizar la historia del pueblo inglés en los cinco siglos siguientes. El monarca reclutaba a la burocracia en canteras distintas a la alta nobleza: no era preciso tener ningún título para servir en la *Curia* del monarca sino ser un erudito en la materia que tratase.¹¹⁷ Además, Enrique comenzó a pagar a sus servidores con dinero en lugar de tierras, lo que profesionalizó el cuerpo de funcionarios civiles. Por estos motivos, no es de extrañarse que el cuerpo de

¹¹⁶ Cantor, *op. cit.*, p. 275.

¹¹⁷ Anne Fremantle, *La edad de la fe*, México, Ediciones Culturales Internacionales, 1999, p. 143.

funcionarios debiera su lealtad entera al monarca “La función de los oficiales de Hacienda era ejecutar las políticas del rey, no tomar decisiones. Aquí aparece, en toda su magnitud, la actitud característica de la burocracia secular que no conoce criterio más alto que la voluntad del rey.”¹¹⁸

Además del apoyo obtenido de sus funcionarios, los monarcas normandos recibieron respaldo de los habitantes de las ciudades y burgos. Aunque el peso de las obligaciones fiscales caía con mayor fuerza en las espaldas de la burguesía, éstos se beneficiaban de los esquemas de impartición de justicia que los protegían de la autoridad de los señores locales.¹¹⁹ Así, a la par de los esfuerzos por hacer eficiente la administración y el control de los ingresos, los monarcas europeos recurrieron a la administración de justicia como instrumento para afirmar la autoridad de la Corona e incrementar su poder y legitimidad.

Enrique II (1154-1189) dio un paso trascendental para transformar a Inglaterra al instituir un código de ley escrita y un proceso formal de resolución de querellas. Sustituyendo gradualmente los métodos de los juicios tradicionales, el monarca introdujo la instrucción de un sumario para solucionar las querellas y la creación de cortes y jueces itinerantes que convocaban a los vecinos de los litigantes y los interrogaban sobre el caso. Gradualmente, estas cortes que representaban al monarca sustituyeron a las cortes de los barones, que eran débiles e ineficientes, con el propósito deliberado de acelerar los procesos y obtener decisiones expeditas y de fácil aplicación. Sus mecanismos eran más asequibles para el pueblo común: las preguntas a los testigos se simplificaron para que los hombres con escaso conocimiento de la ley pudiera contestarlas. En lugar de preguntar quién tenía los títulos sobre una propiedad, los jueces preguntaban quién había sido el último propietario en tiempos de paz. La práctica de

¹¹⁸ Cantor, *op. cit.*, p. 399.

¹¹⁹ Opello, *op. cit.*, p. 51.

recurrir a los vecinos implicados para responder a esto desembocó rápidamente en el juicio por jurado y así, estos mecanismos aumentaron la popularidad de las cortes reales pues el jurado estaba integrado por vecinos que conocían de cerca los eventos del caso. De esta forma, “el gobierno real tuvo éxito en involucrar, prácticamente, a la totalidad de la población libre del país en el trabajo de las cortes.”¹²⁰

La impartición de justicia era una potestad tradicional del monarca. En la teoría política de la época se afirmaba que un monarca que no impartía justicia no era un monarca en absoluto. Para el pueblo llano, la justicia significaba principalmente protección contra los abusos de los señores, por lo tanto, la creación de cortes regulares que no estuvieran administradas por nobles —que eran juez y parte de los litigios— fue muy bien recibida, popularizó la justicia de la Corona e hizo del rey una figura de identidad con el que muchos súbditos podían identificarse.

Los mecanismos que socavaron las potestades de los señores locales en la impartición de justicia incluían la posibilidad de apelar a la corte del rey cuando se cometían ofensas criminales severas, como el asesinato. Esto que permitía que el monarca interviniera en distritos en los que no tenía posesiones ni derecho de aplicación de justicia. En los casos civiles, se crearon procedimientos especiales para que los litigantes pudieran evadir la corte de los señores locales y acudir directamente a la corte real, “así, los vasallos más humildes podían estar protegidos de sus señores por la autoridad del rey, *y su lealtad primaria comenzó a deberse al hombre que los protegía*”.¹²¹ Puesto que el nacionalismo es ante todo la identificación

¹²⁰ Strayer, *op. cit.*, p. 41. Es importante notar además que, aunque la ley medieval distinguía entre hombres libres y siervos, a excepción de la relación con su señor los derechos del siervo eran los mismos que los de los hombres libres. Hacia 1272 la proporción de hombres libres incluía más de un cuarto de la población total de Inglaterra. George Holmes, una proporción que aumentó en los siglos posteriores. *A History of England (vol. 3). The Latter Middle Ages, 1272-1485*. Edimburgo, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1962.

¹²¹ Strayer, *op. cit.*, p. 29, cursivas mías.

predominante con una comunidad territorial más amplia que la inmediata en una escala de lealtades múltiples, el cambio de lealtades hacia un personaje y, más tarde, hacia una institución (la monarquía) que representaba a una comunidad territorial es, en mi opinión, un paso fundamental y un factor sumamente relevante en el surgimiento de la conciencia nacional.

Así, al finalizar el siglo XII todas las ramas del gobierno inglés mantenían registros cuidadosos y detallados de sus actividades. La Oficina del Tesoro [*Exchequer*] llevaba registro de los reportes de los *sheriffs*, los jueces y las cortes conservaban memoria escrita de sus decisiones y las cortes. La cantidad de registros escritos contribuyó a la solidificación de las instituciones y las dotó de la característica esencial de la burocracia: la certeza de las normas de procedimiento preestablecidas. Con estos registros “habían fórmulas preconcebidas para lidiar con casi cualquier situación, lo que ahorra una gran cantidad de tiempo y daba libertad los administradores de la escala superior para resolver cuestiones extraordinarias. [Al intentar resolver una situación] los precedentes eran fácilmente rastreables, *así, la acción del gobierno era consistente y predecible.*”¹²²

A pesar de los procesos de institucionalización de la Corona, el fortalecimiento de la autoridad monárquica estuvo atemperado por la negociación y las concesiones a los nobles. Los últimos años del reinado de Juan I *Sin Tierra*, (1199-1216) hijo de Enrique II, resultan particularmente ilustrativos. Juan I perdió de manos de Felipe Augusto de Francia las últimas tierras de la monarquía y nobleza inglesas en el continente en la Batalla de Bouvines de 1214. Al regresar a Inglaterra, encontró al clero y a la nobleza con los ánimos exacerbados. Los barones del reino fraguaron una rebelión y se enfrentaron al rey en batalla en 1215 hasta que el

¹²² *Ibid.*, p. 42, cursivas mías.

monarca cedió a sus ambiciones y estampó su sello en la *Carta Magna*, un suceso trascendental en la historia de Inglaterra y de las ideas políticas en Occidente.

Aunque la *Carta Magna* era un documento feudal que garantizaba principalmente los derechos de los barones, en ella estaba implícita la noción de que la justicia dependía de que todos los miembros del reino observaran la ley, incluyendo al rey. Además, el documento abrió el camino a nuevas libertades. El artículo 12 del documento, por ejemplo, prohibía el impuesto de leva, lo que después se interpretó en el sentido de que el rey no podía imponer impuestos sin el consentimiento de los barones y, más tarde, cuando el Parlamento era el sistema de gobierno propio de Inglaterra, sin el consentimiento de la “clase media”. En efecto, como veremos más adelante, en los siglos siguientes la facultad para conceder recursos al monarca recayó en la Cámara de los Comunes, que nutría sus filas de la clase propietaria plebeya, de los burgueses, los agremiados y los comerciantes de talento.

El reinado de Enrique III (1216-1272) atestiguó progresos de igual calado en la construcción de un poder consensuado. En la insurrección del Conde de Leicester en 1256 contra los frecuentes impuestos del monarca, el rebelde y sus partidarios convocaron a una asamblea que llamaba a dos caballeros por cada condado y, *por primera vez*, a dos hombres libres plebeyos [*burgess*] por cada ciudad. Aunque no se les concedió facultad alguna, este hecho inédito representaba una nueva concepción sobre la comunidad política del reino y sus miembros y fue el antecedente del Parlamento, la asamblea política que compartía facultades de gobierno con el rey y que, como señalaré, incluyó gradualmente a un grupo cada vez más representativo de la nación.¹²³

¹²³ Freemantle, *op. cit.*, pp. 148-149.

LA ÉPOCA DE LOS TRES EDUARDOS (1272-1377)

En los reinados de Juan *Sin Tierra* y Enrique III la monarquía había perdido algo del poder y prestigio construido en los siglos anteriores. El sucesor del tercer Enrique, Eduardo I (1272-1307) subió al trono decidido a recuperar ambos. El nuevo monarca había heredado de su padre una pesada deuda, una serie de complicadas políticas transoceánicas y un cuerpo de nobles implicados en las instituciones administrativas del gobierno. Para contrarrestar a éstos, Eduardo asoció las funciones más relevantes del reino al gobierno de su casa: así, en la Ordenanza del Hogar [*Household Ordinance*] de 1279 se enumeran cerca de cincuenta oficiales domésticos que incluían a los oficiales de la Cámara Real y el Guardarropa Real. Las funciones de éstos, los hombres más cercanos al rey, incluían la vital tarea de asignar los gastos de guerra y verificar el pago de las tropas. El rey también instituyó un Consejo permanente que se integraba siguiendo pautas de experiencia en administración más que a títulos nobiliarios.¹²⁴

Las expediciones militares de Eduardo I con las que pretendía recuperar el prestigio de la Corona, garantizar el flujo de recursos —en forma de botines y tributos— y mantener ocupados a los nobles más inquietos, forzaron al rey a exigir dinero de sus súbditos con una frecuencia inusual. Esto se tradujo en una inusual cantidad de llamados a Parlamento y en la necesidad de contar con un grupo amplio con el que contrarrestar a quienes se oponían a la cesión de recursos. Así, la necesidad de financiar las empresas militares sentó las bases para el desarrollo de una institución que albergaba a un estrato políticamente significativo cada vez más grande y cuyas facciones populares tenían mayores atributos. Las facultades financieras del Parlamento —posteriormente prerrogativa de la Cámara de los Comunes— hicieron crecer la importancia política de los estamentos representados en éste y cristalizaron la noción de una comunidad política amplia.

¹²⁴ Alec Reginald Myers, *England in the late Middle Ages*, Middlesex, Penguin Books, 1952, p. 32.

El Parlamento de 1295 —llamado posteriormente “Parlamento Modelo”— sentó el patrón para las asambleas sucesivas y se formalizó la asistencia de los representantes electos entre los terratenientes libres, burgueses y los habitantes de las ciudades cuyo precedente fue, como he mencionado “el llamado de los comunes” [*Summon of the Commons*] del Parlamento de 1265.¹²⁵ En el “Parlamento Modelo” se establecieron dos tipos de “Comunes”, los provenientes de las ciudades y algunos distritos a los que se había concedido gobierno autónomo [*boroughs*] que debían elegir dos hombres libres [*burgesses*]; por otra parte, se incluyó a los representantes de la comarca, donde el el *sberiff* debía concertar la elección, realizada por todos los hombres libres de la misma, de dos caballeros. En el Parlamento de 1297 se aceptó por primera vez que cualquier imposición de cargas fiscales debía hacerse con la aquiescencia de la comunidad completa del reino, no sólo de los comerciantes o las comarcas que debían pagar tales cargas.¹²⁶

Los ejércitos de Eduardo I vivieron también importantes innovaciones que habrían de tener relevancia en la formación de la noción de comunidad. Durante su reinado se introdujo el arco de tiro largo, un evento de enorme relevancia en la historia bélica. Con éste, la prolongada superioridad de la caballería pesada pasó, literalmente, a mejor vida a manos de compañías de infantería profesional. Además, el monarca reestableció en el Estatuto de Winchester de 1285 la antigua tradición de establecer levass en las comarcas para los servicios de infantería, ordenando que cada hombre libre entre 16 y 60 años se presentara a las guerras reales con armas que representaran el valor de sus propiedades. Con esto prácticamente abolía

¹²⁵ Holmes, *op. cit.*, pp. 81-84.

¹²⁶ En el reinado de Eduardo I el clero fue el estamento al que más pesadamente se le imponían cargas fiscales, y esta situación se convirtió en una tradición en los reinados de los dos Eduardos sucesivos, su hijo y nieto. Sin embargo, el verdadero financiamiento de la Corona provino de los impuestos sobre el comercio exterior, algo que podía ser fácilmente controlado por la naturaleza geográfica del reino en la que se podían regular con facilidad los puntos de entrada de la mercancía exterior, es decir, los puertos.

el servicio feudal que, como hemos visto, era sumamente ineficiente por estar limitado a cuarenta días, además de favorecer la dispersión de poder.

La emergente noción de comunidad política del reino y la relativa distribución de poder entre el monarca y las instituciones de gobierno se manifestaron también en las instancias judiciales. En la época de Eduardo I, la autoridad jurídica del monarca era indiscutible pues éste podía enviar comisiones que sostuvieran juicios en cualquier parte del reino. Por otro lado, sin embargo, las instituciones judiciales operaban con relativa autonomía, se habían profesionalizado y actuaban según procedimientos rutinarios. Por ejemplo, el Tribunal Civil [*Court of Common Pleas*] mantenía un procedimiento bien definido, registros, personal y un juez supremo propio. Hacia 1272, en el libro *Las Leyes y Tradiciones de Inglaterra* del jurista Henry Bracton, se sistematizaba el concepto clásico de que la justicia real abarcaba a todo el reino. En esta concepción, el monarca era la fuente de toda justicia y debía reinar de acuerdo a la *ley de la tierra*, y no según el capricho de su voluntad. Bracton afirmó que “el rey [...] está subordinado a la ley [y] no hay rey donde domina la voluntad y no la ley”.¹²⁷ Así, pesar de la fuerte autoridad ejercida por Eduardo I, su reinado fue un periodo notable en la historia jurídica de Inglaterra. Con todo, no debemos exagerar la independencia de los jueces y otras instituciones —como la Tesorería— pues, si bien es cierto que operaban según procedimientos propios y bien definidos, lo cierto es que debían su lealtad a los intereses del monarca.¹²⁸ Así, como podemos ver, la historia política y jurídica de Inglaterra obedecía a un delicado balance entre las atribuciones del monarca y las de las instancias de gobierno.

Para George Holmes, todos estos eventos permitieron que en la Coronación de Eduardo II se hiciera patente “la idea de una comunidad organizada para el bien común [...]

¹²⁷ Holmes, *op. cit.*, p. 80.

¹²⁸ Myers, *op. cit.*, p. 31.

basada en las antiguas ideas septentrionales del deber del rey para proteger a sus seguidores y actuar justamente hacia ellos.”¹²⁹ Sin embargo, el ideal de la cooperación armónica entre el rey y la gente era difícil de realizar. Los barones del reino mostraron su resentimiento contra el régimen autocrático de Eduardo I imponiendo a su hijo un juramento más restrictivo que a los monarcas anteriores. Un año después del ascenso de Eduardo II (1307-1327) los señores en el Parlamento declararon que debían su lealtad a la Corona y no a la persona del rey. Con este acto se cristalizó el principio político de que la ley era superior al monarca, y se creó la noción de que la persona del rey era distinta a la institución abstracta de la Corona.¹³⁰

Eduardo II carecía de la entereza de su padre y no sólo los nobles ingleses se aprovecharon de ello. Hacia 1314, Roberto Bruce había reconquistado prácticamente toda Escocia. Los excesos de los consejeros favoritos del monarca, como Lord Gaveston y la familia de Les Despenser y la incompetencia del rey provocaron una serie de revueltas que culminaron en una gran rebelión encabezada por el dirigente exiliado del partido opositor, Roger Mortimer, e Isabel de Francia, esposa de Eduardo II y amante de Mortimer. Harta de los desplantes del monarca y de sus inclinaciones hacia Hugo Despenser, en 1326, Isabel viajó a Francia con el príncipe de Gales, el futuro Eduardo III, con el pretexto de encabezar negociaciones diplomáticas.¹³¹ Ese mismo año las fuerzas de Mortimer y la desechada reina invadieron Inglaterra, llamaron a Parlamento y obligaron al monarca a abdicar a favor del tercer Eduardo. En su calidad de regente del reino, Mortimer hizo frente a la bancarrota de las arcas reales negociando la paz con Francia y Escocia y reconociendo a Roberto Bruce como monarca de un reino completamente independiente. Este acto y el derroche de las arcas reales le ganó la animadversión de los nobles y el pueblo llano a la que Eduardo III, disgustado por la

¹²⁹ Holmes, *op. cit.*, p. 81.

¹³⁰ Myers, *op. cit.*, p. 3

¹³¹ La concesión del principado de Gales al heredero de la corona inglesa se instituyó en el reinado de Eduardo I.

subordinación a la que Mortimer lo tenía sujeto, hizo frente con una coalición de barones. El regente fue depuesto y ejecutado en 1330.

El carisma y genio militar de Eduardo III le ganaron una popularidad que conservó durante gran parte de su reinado. El nuevo monarca impulsó una política de conciliación con los nobles, cediéndose a sus expectativas de belicosidad, permitiéndoles ocupar cargos en el Consejo Real y cediendo a su reclamo de que los llamados a Parlamento eran un derecho que no debía estar subordinado a la autoridad real.¹³² Para reconstruir la autoridad de la Corona y garantizar nuevos recursos, el tercer Eduardo recurrió a la misma estrategia de su abuelo, la guerra. Sus primeras empresas militares ocurrieron en Escocia, donde, aliado a una de las facciones en la lucha por el trono del fallecido Roberto Bruce, consiguió hacerse con buena parte de las Tierras Bajas del septentrional país. Sin embargo, el conflicto al que Eduardo dedicó la mayor parte de sus recursos y energías fue la guerra contra Francia.

Los motivos del conflicto con Francia eran numerosos. El más citado de entre ellos es el reclamo de Eduardo III al trono francés por los derechos de su madre, Isabel (hija de Felipe IV *el Hermoso* de Francia) en contra de Felipe VI.¹³³ Sin embargo, Eduardo no hizo reclamo alguno al trono francés sino hasta 1340, cuando la guerra se había prolongado ya por dos años. Más aún, Felipe ascendió al trono en 1327 y en 1329 Eduardo le había rendido homenaje por Gascuña. Por lo tanto, es factible suponer que más que el reclamo dinástico de Eduardo III, el factor verdaderamente relevante para comenzar la guerra era sostener las vías comerciales con Flandes, amenazadas por el reino francés, así como recuperar las posesiones inglesas en Francia, mermadas severamente tras las derrotas de Juan I *Sin Tierra*. Por estas razones, en

¹³² Myers, *op. cit.*, p. 33.

¹³³ Felipe VI era el primer rey de la línea Valois, una ramificación de la Dinastía de los Capeto, extinta en Francia tras la muerte sin herederos de Carlos IV.

1337 los dos países comenzaron la prolongada —aunque intermitente— serie de conflictos que pasaría a la historia como la *Guerra de los Cien Años*.

Los fracasos iniciales en la guerra fueron el escenario para que los nobles en el Parlamento de 1341 exigieran que éste realizara auditorías de las cuentas y los incluyera en el nombramiento de los ministros. Aunque Eduardo revocó este estatuto cinco meses después, en el futuro se cuidó de nombrar ministros aceptables a los ojos de los nobles del Parlamento. Sin embargo, pronto el balance de fuerzas se inclinó en favor de Eduardo. En la batalla de Crécy en 1346, acorralado por un ejército francés muy superior en número, Eduardo obtuvo una aplastante victoria. De su lado estaban el talento militar pero también la innovación; como hemos visto, desde la época de Eduardo I el ineficiente servicio militar feudal había dado paso al reclutamiento de soldados por contrato bajo las órdenes de capitanes profesionales. El arco de tiro largo y la pica—esgrimidos por *yeoman*, pequeños propietarios y terratenientes libres—barrieron a la otrora invencible caballería pesada.

La derrota de los franceses en Crécy dio a Eduardo gran fama como general; el triunfo de sus ejércitos en el norte contra David II de Escocia en la batalla de de Neville's Cross, en el mismo año, la disparó a alturas insospechadas. Aunque tuvo que negociar una tregua para dar un respiro a su exhausto ejército, el monarca regresó a Inglaterra cargado de prestigio y botines en 1347. Además de los beneficios obtenidos de los rescates de prisioneros y el botín conquistado, el suministro de comida y vestido para los ejércitos del monarca había enriquecido a contratistas y proveedores de bienes en pueblos y ciudades Eduardo III vivió así una época de prosperidad en el reino con lo que su popularidad, asegurada por las victorias militares, se incrementó aún más.

Sin embargo, la prosperidad demostró ser pasajera. La Peste Negra, con episodios en 1348, 1349, 1361 y 1369, socavó la prosperidad del reino. Eduardo III intentó hacerle frente al renovar los esfuerzos bélicos en 1355 para intentar un nuevo despunte económico. Los ejércitos ingleses, comandados por el hijo mayor de Eduardo, *El Príncipe Negro*, obtuvieron bajo su liderazgo victorias tan brillantes como la de Crécy, tanto que Juan II de Francia fue capturado en 1356. Sin embargo, Inglaterra carecía de recursos para intentar nuevas empresas en el continente y, por ello, Eduardo III liberó al monarca francés y renunció a su reclamo por el trono, recibiendo a cambio soberanía absoluta sobre Calais y de toda Aquitania, así como un rescate de 3,00,00 coronas de oro. Por otra parte, David II de Escocia fue liberado tras pagar un rescate de 100, 000 marcos. El reino septentrional no volvió a ser un problema para Inglaterra hasta la muerte de su monarca en 1371.¹³⁴

Sin embargo, estas victorias no decidieron el curso de la guerra contra Francia. Los ingleses carecían de recursos suficientes para conservar sus ganancias continentales. La intervención inglesa en el conflicto dinástico entre Pedro *el Cruel* y Enrique de Trastámara por el trono español resultó altamente costoso y no redituó ningún beneficio. Además, la alianza de Francia con el Trastámara vencedor renovó la guerra con Inglaterra en 1369. Pero esta vez las condiciones favorecieron a los franceses. La Corona inglesa tenía cada vez más dificultades para conseguir recursos del Parlamento, el *Príncipe Negro* yacía enfermo de hidropesía —murió en 1376— y las medidas de represión necesarias para controlar las posesiones inglesas en Francia incrementaron el vigor de las “guerrillas” de resistencia. Eduardo III sufrió años de derrotas y murió en 1377; todo lo que quedó de las conquistas inglesas en Francia fueron cinco pueblos fortificados. Los reveses militares en los últimos años de Eduardo III levantaron el descontento de sus súbditos y la muerte del *Príncipe Negro* disparó las intrigas entre los nobles.

¹³⁴ Myers, *op. cit.*, p. 11.

Los primeros episodios de la Guerra de los Cien Años fueron relevante en la formación de la comunidad política inglesa de la misma forma en lo fueron las empresas bélicas de Eduardo I. Para garantizar los recursos necesarios para la batalla, Eduardo III tuvo que aumentar las concesiones fiscales al Parlamento. El monarca aumentó las facultades fiscales de la Cámara Baja para conseguir apoyo en sus peticiones de recursos, incrementando así la importancia de ésta. Además del evidente efecto moral debido a las victorias que provocaron, las innovaciones militares perfeccionadas en los ejércitos de Eduardo III hicieron posible que, en el periodo entre 1300 y 1453, la caballería nobiliaria fuera eclipsada por un ejército permanente “que comenzaba a actuar con regularidad burocrática.” El aumento de recursos y las innovaciones militares, además de hacer más eficiente a la guerra, la volvieron más baratas. Con ellas el tamaño de los ejércitos se incrementó y con esto se introdujeron una logística, entrenamiento y disciplina de mayor alcance. Así, “la guerra se volvió un asunto del Estado, no sólo una serie de batallas peleadas por el rey [...] Los ejércitos ahora no sólo peleaban batallas, sino que comenzaron a representar al Estado por el que peleaban y a simbolizar su poder, ayudando así a crear su derecho a gobernar”¹³⁵

Con el aumento de facultades del Parlamento la negociación entre el monarca y los nobles, propietarios y los campesinos y hombres libres más acaudalados se convirtió en la nota señera de la historia política del periodo en Inglaterra. La negociación permitió la creación de instituciones de gobierno cada vez más representativas. En los departamentos gubernamentales más añejos “el *esprit de corps* y los métodos tradicionales actuaban como un contrapeso a los deseos del monarca”.¹³⁶ Sin embargo, como he mencionado ya, es importante no exagerar el efecto de estos desarrollos. Las facultades de la más alta nobleza eran aún predominantes y la

¹³⁵ Opello, *op. cit.*, p. 50.

¹³⁶ Myers, *op. cit.*, p. 24.

Cámara de Comunes no siempre estaba dispuesta a asumir mayores responsabilidades políticas; así, por ejemplo, en el Parlamento de 1348 dicha cámara rechazó dar su opinión sobre las estrategias de la guerra aduciendo que “eran demasiado ignorantes” para hacerlo.¹³⁷ La “dispersión” relativa del poder no implicaba que el monarca fuera meramente una figura simbólica, en el reinado de Eduardo III muy pocos estaban dispuestos a desafiar el derecho del monarca a gobernar o a socavar las instituciones asociadas a la Corona. Los reyes ingleses habían suprimido los enclaves de señores independientes que plagaban al resto de Europa, los convirtiéndose en los líderes militares indisputables del reino. Por ello, incluso sus súbditos más rebeldes no pretendían abolir las instituciones del rey, sólo reclamaban mayor participación en ellas. Pero el delicado balance conseguido entre el monarca y las instituciones de gobierno no habría de durar mucho tiempo.

EL TRONO DE LOS LANCASTER Y EL FIN DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS, 1377-1453

El hijo del *Príncipe Negro*, Ricardo II (1377-1400) ascendió al trono con sólo diez años. Las intrigas para controlar al joven monarca no se hicieron esperar. La regencia del reino cayó en manos del tío del monarca, Juan de Gante, cabeza de la familia Lancaster. Mientras tanto, los ejércitos ingleses perdían terreno frente a Francia y la armada inglesa era derrotada por la castellana. Sólo la muerte de Carlos V de Francia y el caos que provocó salvaron a Inglaterra de la derrota absoluta. El descontento del pueblo inglés contra la regencia de Juan de Gante y la explotación laboral tras la Peste Negra disparó la Rebelión Campesina de 1380, un levantamiento político y social con tintes religiosos que reunió a una gran variedad de estratos plebeyos. La tormenta fue hábilmente capeada por el joven monarca al conceder una Carta que abolía la servidumbre, reformaba el sistema de tenencia de la tierra y las restricciones al comercio e indultaba a los rebeldes. Las promesas vertidas en la carta, sin embargo, no se

¹³⁷ *Ibid.*, p. 36.

volvieron realidad y el monarca retiró su apoyo a estas medidas. Aún así, el fortalecimiento de la Cámara Baja del Parlamento continuó, y en 1382 un estatuto del Parlamento fue rechazado bajo el argumento de que la Cámara de Comunes no la había aprobado.

Ricardo II decidió poner fin a una guerra que empobrecía al reino y debilitaba a la monarquía, pero la idea de paz sin victoria demostró ser bastante impopular y los nobles explotaron el amplio descontento que la medida provocó. En 1387 el duque de Gloucester entró en franca rebelión y derrotó a las fuerzas del rey. El mismo año se convocó a un Parlamento en el que se decidió la ejecución de los ministros y partidarios del rey. Ricardo capeó la tormenta y, entre 1389 y 1397, se cuidó de oponerse abiertamente a los nobles. Sin embargo, cuidadosamente empezó a reconstruir su autoridad, cultivando el apoyo de las facciones más moderadas de la nobleza, de la poderosa familia Lancaster y de la Cámara de los Comunes. En 1397 el monarca arrestó a Gloucester y a sus partidarios y, temeroso de que cualquier facción cobrara demasiado poder, tras la muerte de Juan de Gante, el monarca también usurpó la herencia de su hijo Enrique y lo exilió.

Con este movimiento, sin embargo, Ricardo se ganó la animadversión de todos los nobles y firmó su propia sentencia. Cuando el monarca marchó a pacificar las provincias irlandesas, la capital quedó a merced del desposeído Enrique de Lancaster. Tras sucesivas derrotas, Ricardo se entregó a Enrique, confiado en la promesa de éste de que respetaría su corona si le regresaba la herencia de su padre. En cambio, Enrique lo encerró en la Torre de Londres y reunió al Parlamento para anunciar que el monarca había abdicado y reclamó el trono aduciendo “derechos de ascendencia, de conquista y de necesidad por un mejor gobierno”.¹³⁸

¹³⁸ Myers, *op. cit.*, p. 21.

El primer monarca Lancaster se embarcó en la empresa de fortalecer la autoridad real y poner fin al desperdicio de recursos en la guerra contra Francia. A pesar de esto y aunque las prerrogativas de la corona permanecieron intactas, la usurpación pendía de los Lancaster como una espada de Damocles, pues el reclamo de revocación del trono por un “mal gobierno” podía ser usado en su contra en cualquier momento. Así, la inestabilidad volvió al reino. En cuanto el resentimiento contra Ricardo II se desvaneció la desilusión con el nuevo régimen. Se manifestó Gales y Northumbria se alzaron en rebelión en 1400, aunque la eficiente mano del Príncipe de Gales cooptó a sus líderes y acabó con la rebelión 8 años después.

En 1413, el príncipe de Gales ascendió al trono como Enrique V (1413-1422). Tras dos años de saneamiento de las finanzas, en 1415 se embarcó de nuevo en la guerra contra Francia, Durante cinco semanas sitió la ciudad de Harfleur. Aunque ésta fue conquistada, su ejército había sido diezmado por la disentería. Enrique decidió emprender el camino a casa pero las fuerzas francesas le salieron al paso en Agincourt con una fuerza muchas veces superior a la suya. Y, tal como ocurrió en Crécy y Poitiers, de nueva cuenta el talento militar de un monarca inglés se combinó con los arcos de tiro largo de los *yeoman* para infligir a los franceses una de las derrotas más severas de su historia. Las bajas inglesas no sumaron 500; los franceses perdieron 7 000 hombres y la flor y nata de la nobleza francesa. El prestigio de Enrique se disparó en Inglaterra y, con ello, su corona quedó a salvo de las intrigas nobiliarias. Con los recursos obtenidos, el monarca preparó una nueva expedición a Francia en 1417 que culminó con la derrota de Carlos VI y la promesa de que, tras la muerte del monarca francés, Enrique se sentaría en su trono.

A los efectos de institucionalización política conseguidos por la Guerra de los Cien Años debemos añadir un componente subjetivo incapaz de ser medido, pero de consecuencias

definitivas en la construcción de la noción de la comunidad inglesa. Al igual que la justicia del rey y los desarrollos institucionales que he expuesto, las victorias casi milagrosas de Enrique III, del *Príncipe Negro* y de Enrique V hicieron de la monarquía inglesa una figura de identidad poderosa que centralizaba los afectos y lealtades del reino. La resistencia a una paz sin victoria que algunos monarcas y regentes enfrentaron es, quizá, una prueba de ello.

Sin embargo, aún con las victorias de Enrique V Inglaterra enfrentó el mismo dilema de siempre: la falta de recursos para sostener las posesiones continentales y el endeudamiento de las instituciones financieras. En el otoño de 1422, antes de que el monarca francés muriera, Enrique V cayó víctima de la disentería. La pavorosa guerra civil que habría de sobrevenir haría que las glorias del artífice de la batalla de Agincourt lo hicieran vivir en la memoria colectiva como el rey ideal. Así, “como Eduardo III [Enrique] ganó unidad para su reino y gloria para sí mismo a costa de la miseria inmediata de Francia y la eventual confusión de Inglaterra.”¹³⁹

Su sucesor, Enrique VI, subió al trono cuando tenía nueve meses. Como de costumbre, las intrigas para ejercer la regencia convulsionaron al reino. Aunque el tío del monarca infante, el duque de Gloucester, se erigió como Lord Protector, este contexto complicó aún más la compleja administración de Francia. Sin la garantía de un líder como Enrique V, los Parlamentos se resistían cada vez más a otorgar recursos para el pozo sin fondo que era la guerra “y en vista de los recursos exhaustos de los ingleses y la precariedad de su control del norte de Francia, no eran necesarios ni el genio militar ni la inspiración divina para que Juana de Arco liberara Orleáns”.¹⁴⁰ La Cámara de Comunes negó todas las peticiones de recursos al nuevo monarca y, con el apoyo de Borgoña, otrora aliada a Inglaterra, Francia reconquistó pueblo tras pueblo. En julio de 1453, la artillería francesa aniquiló al ejército francés en

¹³⁹*Ibid.*, p. 106.

¹⁴⁰Myers, *op. cit.*, p. 108.

Gascuña. Tras la derrota no quedó nada del dominio inglés sobre Francia a excepción de Calais. La Guerra de los Cien Años había concluido.

La importancia de la Guerra de los Cien Años se debió, como he mencionado ya, a que amplió la franquicia política y, más importante aún, creó una noción de comunidad política relativamente amplia. El fortalecimiento de la monarquía, operada a través de la impartición de justicia, la eficiente recaudación de impuestos, la creación de ejércitos permanentes y las victorias militares hizo de ésta una figura con la que toda la comunidad del reino podía identificarse. Desde 1300 en adelante, “el rey de Inglaterra [...] hacía las leyes que no sólo afectaban el procedimiento de las cortes sino la sustancia de las leyes de posesión de tierra, y estas leyes eran vinculantes para todos los hombres del reino.”¹⁴¹

La nueva noción de territorialidad, la aparición de la administración eficiente y la institucionalización de la monarquía se expresaron con un nuevo lenguaje político que evidenciaba la gradual transformación del papel de la monarquía. Como hemos visto, ésta dejó de asociarse únicamente a la persona del rey y se concibió como una institución abstracta que representaba la unidad imaginaria del Estado. Aunque el Estado como ente público no dejó de estar asociado al patrimonio privado del monarca, los teóricos políticos del siglo XIII habían sembrado la noción del carácter público del Estado al concebir la idea de la inalienabilidad del reino que, pese a estar adherido a la persona del monarca, no podía ser enajenado.¹⁴² Así se cristalizaba la ficción legal de “los dos cuerpos del monarca” según la cual “el cuerpo del rey tenía una naturaleza dual: era simultáneamente un cuerpo físico y un cuerpo simbólico y colectivo que mediaba entre Dios y el reino.”¹⁴³ Así, gradualmente el Estado dejó de identificarse con las decisiones autoritarias del gobierno privado y comenzó a entenderse como

¹⁴¹ Strayer, *op. cit.*, p. 44.

¹⁴² Andrade, *op. cit.*, p. 136.

¹⁴³ Opello, *op. cit.*, p. 55.

un aparato de procesos, oficinas e instituciones de las que cabía esperar previsibilidad y que concernían en su administración a toda la comunidad del reino.

En este proceso, “la geografía política de los reinos cambió drásticamente. En lugar de dispersas islas de poder prácticamente aisladas unas de las otras surgió un bloque sólido de territorio en el que cada gobernante tenía la autoridad última.”¹⁴⁴ El Estado —y sus instituciones— eran realidades ineluctables del siglo XIII que evidenciaban “que la lealtad fundamental del pueblo inglés había cambiado de la familia, la comunidad y la Iglesia al Estado. Las viejas lealtades no se habían desvanecido [...] pero existían en el marco del Estado inglés y estaban subordinadas a la existencia y bienestar de éste; cuando los barones se rebelaban no tenían intención de alterar la continuidad de las instituciones inglesas. Cuando creían que las políticas del gobierno central eran injustas, su reacción era obtener poder y representación suficiente en éste para canalizar sus quejas [no destruir al Estado].”¹⁴⁵ Con el tiempo, incluso el Papa aceptó que el derecho del rey para demandar financiamiento para la defensa del reino era superior a cualquier otra obligación. Como afirma Strayer, el reconocimiento de la prioridad de este derecho no habría sido posible sin un cambio previo en la escala de lealtades, sin el reconocimiento de la Corona —aceptada como una institución impersonal asociada a un territorio delimitado— como la instancia última de autoridad y el depositario último de la lealtad de sus súbditos.

Sin embargo, el fortalecimiento de la autoridad monárquica coexistió con las expectativas de que el gobernante consultara a sus gobernados, mantuviera la fe de la comunidad y recordara que, aunque la ley humana estaba en sus manos, siempre “estaría sujeto

¹⁴⁴ Strayer, *op. cit.*, p. 31.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 46.

a la ley natural y al control de Dios.”¹⁴⁶ La relación entre las prerrogativas y los deberes del rey, presente desde la era de los reinos germánicos, atemperó siempre los esfuerzos de centralización de la Corona. La resistencia a la tiranía y la costumbre de los pueblos como fuente de derecho prepararon las bases para la noción de soberanía popular. Sin embargo, es importante tener en cuenta que estas nociones fueron siempre difusas y ambiguas y que durante buena parte de la Edad Media, en la mayoría de los principados y reinos la legitimidad de los gobernantes no dependía del consentimiento de los súbditos.

Podemos calificar de “Estado” al reino de Inglaterra en la medida en que consiguió crear instituciones impersonales duraderas y asociadas a la pertenencia a una comunidad territorial amplia con fronteras más o menos definidas. La teoría política-jurídica de la época contribuyó a fortalecer a los agentes de este proceso: los monarcas y su pléyade de administradores, aunque también creó nociones de participación política popular y creó instituciones de representación. Sin embargo, el valor de estas transformaciones es más simbólico e ideológico que objetivo. Al contrario que el Estado contemporáneo, el Estado medieval no era tan sofisticado ni abarcaba tantas áreas de la vida cotidiana, tampoco se ocupaba de “muchas de las funciones del Estado moderno [pues] no surgieron corporaciones para regular la economía, eliminar el crimen y el desorden.”¹⁴⁷ Como hemos visto, el proceso de fortalecimiento de las monarquías estuvo empantanado por acres periodos de guerra civil. El ascenso de la burguesía en los cargos administrativos no se tradujo en liderazgo político sino hasta el siglo XIX, y el campesinado difícilmente podía ver más allá de sus penurias diarias, “del ciclo sin fin de nacimiento, muerte, enfermedad y labor, aliviado sólo por las festividades

¹⁴⁶ John Morrow, *The History of Political Thought. A Thematic Introduction*, Ed. Macmillan, Basingstoke, Inglaterra, 1998, p. 134.

¹⁴⁷ Strayer, *op. cit.*, p. 78.

religiosas del calendario”.¹⁴⁸ Con todo, los grupos afectados por el surgimiento de nuevos actores en la administración, la transformación de las instituciones del poder regio, y la presencia relativamente cotidiana de los agentes del gobierno central que ésta provocó, dotó a los habitantes del reino de una nueva conciencia de sí mismos y les permitió, a un nivel sin precedentes, reconocerse como parte de la comunidad del reino. De la mano de la administración eficiente, la recolección de impuestos y la impartición de justicia, la autoridad del rey y su presencia en la vida cotidiana de sus súbditos aumentaron década tras década y, con ellas, la conciencia de pertenecer a una comunidad que excedía las fronteras de la villa en la que se había nacido.

Como ya he dicho, los modernistas encuentran en la coincidencia de una comunidad cultural con una comunidad política la esencia de la Nación y afirman que dicha coincidencia es exclusiva de los Estados contemporáneos. Sin embargo, estos autores tienen, en mi opinión, una noción demasiado restringida de comunidad política; la equiparan con una comunidad de ciudadanos con incidencia directa en la toma de decisiones, con una democracia. Sin embargo, la importancia de la comunidad política —en lo que a identidad nacional se refiere, al menos— no son los mecanismos formales de participación sino su potencial para generar formas de identidad colectiva. Y en este sentido, el fortalecimiento del Estado burocrático en Inglaterra durante la Alta Edad, la movilidad social y las crecientes facultades de la Cámara de los Comunes fueron elementos generadores de identidad que revelaban una noción ampliada de quiénes formaban parte de la comunidad política. El primero de los “requisitos” de nación queda, espero, suficientemente evaluado en este capítulo. El segundo requisito, el surgimiento de una identidad relacionada con una comunidad cultural, es la materia del próximo capítulo.

¹⁴⁸ Cantor, *op. cit.*, p. 473.

CAPÍTULO IV

LA COMUNIDAD CULTURAL EN LA INGLATERRA DE LA BAJA EDAD MEDIA (1066-1453)

En su descripción de nación, Ernest Gellner distingue entre comunidad política y cultural y afirma que el sello distintivo de la nación contemporánea es la coincidencia de ambas. En el capítulo anterior he descrito a la comunidad política en la Inglaterra del siglo XI al XV y he propuesto la noción de que los efectos de ésta, en términos de creación de identidad, se extendían a una esfera más amplia que la que se ha supuesto habitualmente: la monarquía y la alta nobleza. En este capítulo pretendo examinar la noción de comunidad cultural nacional que Gellner emplea —y que distingue entre alta cultura y cultura popular— para determinar si en la Inglaterra medieval existía una comunidad cultural de alcance nacional que se imbricaba con la política. Por la naturaleza de los fenómenos que estudiaré (los desarrollos lingüísticos, literarios y religiosos que incidieron en la formación de la identidad nacional) el periodo que analizo en este capítulo es más amplio que el periodo que describí en el capítulo anterior pues me refiero, si bien someramente, a la época anglosajona.

Como hemos visto, en *Nations and Nationalism since 1780, Programme, Myth, Reality*, Eric Hobsbawm desestima a la religión, la lengua y la literatura como factores irrelevantes en la construcción de la identidad nacional. En la opinión de Hobsbawm, las pretensiones de universalidad de las religiones monoteístas —particularmente el cristianismo— tienen un efecto perjudicial para los propósitos particularistas que distinguen al nacionalismo. Al pretender extender la franquicia de la salvación a todo individuo, afirma Hobsbawm, las religiones universalistas restan valor a las distinciones de las que se alimenta la identidad nacional.

De manera similar, la literatura es para Hobsbawm un fenómeno estrictamente limitado a las élites letradas; la lengua es un elemento demasiado inestable como para determinar su efecto en la creación de una identidad nacional. Sin embargo, como espero demostrar en este capítulo, en Inglaterra la lengua, la literatura y la religión fueron factores que, relacionándose profundamente, resultaron indispensables en el ejercicio de imaginar una comunidad más amplia que la inmediata.

RELIGIÓN E IDENTIDAD NACIONAL

En el mundo medieval, la religiosidad era un elemento presente en todos los detalles de la vida cotidiana. En un ambiente lleno de penurias en que la posibilidad de la muerte y el temor a lo desconocido eran realidades nítidas, la promesa de salvación era comprensiblemente bienvenida; la amenaza de la condena eterna, comprensiblemente temida. La religión estaba presente en todos los acontecimientos importantes de la vida: en el nacimiento, en la cosecha, en el matrimonio y en la muerte. La Iglesia era el intermediario entre el mundo ultraterreno y el hombre; era el vehículo que sacralizaba las realidades mundanas de la vida diaria. En este proceso de mediación de lo terreno y lo divino, los santos fueron figuras privilegiadas, fueron

hombres y mujeres que, por la virtud de sus acciones o la agonía de sus muertes, se asumieron en el imaginario cristiano como figuras particularmente cercanas a Dios.

El término de “santo” se originó en los primeros años de la Iglesia Cristiana para designar a todos los miembros de la comunidad de los fieles pero gradualmente éste se transformó en una categoría reservada para un tipo de cristianos especiales: los mártires; los cristianos que habían muerto por negarse a hacer concesiones a la religión romana.¹⁴⁹ Cuando terminó la era de las persecuciones en la historia de la Iglesia surgieron nuevos conceptos de santidad. Al martirio se añadió el ascetismo y la difusión del Evangelio como caminos para alcanzar la “amistad de Dios”: así, en la Alta Edad Media, los santos eran usualmente miembros de órdenes religiosas que reivindicaban el regreso a los orígenes del cristianismo. El culto a los santos fue uno de los aspectos fundamentales de la vida religiosa de la Edad Media; su importancia en la historia del cristianismo es indiscutible.¹⁵⁰ El calendario festivo de la época estaba determinado por la conmemoración de los hechos de la vida de los santos, quienes fueron además los protagonistas en la dedicación de una infinidad de templos. Los santos ocupan un lugar preponderante en el arte pictórico del Cristianismo: “la tumba del santo era propiedad pública [...] y se convirtió en el foco de formas de ritual comunes a toda la comunidad. Cada dispositivo de la arquitectura, el arte, el ceremonial y la literatura se movilizó para garantizar que las tumbas y reliquias sacras se hicieran eminentes y estuvieran a disposición de todos”.¹⁵¹ En una sociedad iletrada, el valor didáctico de estos recursos visuales es fundamental. Con estos recursos, la parroquia se convirtió en la fuente primaria de educación en la Edad Media, y la hagiografía, género apologético dedicado a honrar la vida y

¹⁴⁹ Gail, Ashton, *The Generation of Identity in Late Medieval Hagiography: Speaking the Saint*, Nueva York, Routledge, 2000.

¹⁵⁰ Stephen Wilson, *Saints and their Cults, Studies in Religious Sociology, Folklore and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 5.

¹⁵¹ Peter Brown, *The Cult of the Saints, Its Rise and Function in Latin Christianity*, Chicago, Chicago University Press, 1981, p. 9.

hechos de los santos, se convirtió en un método de instrucción que era común a todos los estratos de la vida social, ya fuera a través de su lectura personal o de su repetición constante en voz alta.¹⁵²

Además, los santos eran socorridos como “testigos” en los juramentos más solemnes. Una manifestación particularmente importante de esto fue la ratificación de tratados públicos jurados en su nombre. Además, a finales del siglo X y principios del XI, las reliquias de los santos sirvieron como garantías en los concilios que proclamaban la “Paz de Dios”.¹⁵³

Aunque algunos cultos se establecieron para favorecer la extirpación de los rituales paganos, en otros casos las distinciones culturales de las regiones cristianizadas sobrevivieron al paso del tiempo mediante la apropiación de muchas particularidades culturales y religiosas de los viejos ritos en los cultos a los santos cristianos. La veneración a los santos favoreció, de esta forma, la cristianización en masa del mundo pagano y, al mismo tiempo, fue un proceso de “regionalización” del cristianismo “universal”.

La influencia del culto a los santos en la literatura —a través de un género propio, la hagiografía— es notoria. *La Vida de San Martín* de Sulpicio Severo, por ejemplo, fue un “best-seller” durante décadas. “Leer la vida de un santo en voz alta era considerado como una especie de plegaria”¹⁵⁴, y su promoción desde las escuelas de instrucción básica amplió todavía más su influencia.

¹⁵² En la Inglaterra medieval, la instrucción elemental se impartía en las *nunneries*, en las escuelas de canto [*song schools*] adjuntas a la catedral, en las iglesias colegiadas y en las parroquias. En estas escuelas se enseñaban las bases de la fe a través de cantos y lecturas en voz alta. Para los pobres, en lo aprendido en las “escuelas de canto” estribaba toda su instrucción. Para las clases altas, en cambio, esta preparación básica era indispensable para la escuela elemental, en donde se enseñaba gramática y composición en latín y en las escuelas elementales [*grammar schools*]. Ante el analfabetismo abismal de los feligreses y el pueblo, la instrucción oral era frecuente, apoyada en herramientas visuales como vitrales, frescos, y murales.

¹⁵³ Wilson, *op. cit.*, p. 36.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 16.

El culto a los santos es parte de una tradición religiosa ancestral. En efecto, la mayoría de las religiones, incluso las monoteístas, distinguen en la práctica—aunque no en la teoría estricta—entre los dioses superiores, remotos seres responsables de los orígenes del cosmos y la continuidad del universo, y los dioses menores, cercanos a los mortales y encargados de asuntos mundanos. En el mundo cristiano medieval, los santos, seres humanos cuyas virtudes especiales y circunstancias particulares —su labor en vida para fortalecer el avance del cristianismo o su heroica forma de morir, por ejemplo— asumieron el papel de estas deidades menores.¹⁵⁵ Como se hacía con los dioses menores de la Antigüedad, los devotos de los santos recurrían a ellos para toda suerte de problemas: para hacer fértil al ganado, a la tierra y a las mujeres, para prevenir o curar enfermedades de todo tipo, para protegerse de la guerra, la peste y las tormentas, etc.¹⁵⁶

Si bien la importancia de la religión y de la veneración a los santos en la historia medieval es innegable, su papel en la construcción de la identidad nacional (y en la identidad inglesa especialmente) no es tan evidente. En mi opinión, existen tres dimensiones que esclarecen esta relación. La primera dimensión que relaciona el culto a los santos con la identidad nacional es geográfica. En efecto, la veneración de las reliquias del santo —derivadas de los despojos póstumos de éste— y la presencia física en su tumba eran los aspectos más importantes de la devoción. Estos elementos hicieron del culto a los santos un vehículo regular para el intercambio cultural a través de mercados, ferias y una de las más grandes tradiciones religiosas de la Edad Media, la peregrinación.

155 Sin embargo, es importante precisar que la distinción teológica entre la adoración debida a Dios y la veneración debida a los santos fue expuesta con claridad desde la Edad Patrística, especialmente en la obra de San Agustín y San Jerónimo. Wilson, *op. cit.*, p. 2.

156 Donald Weinstein, Rudolph M. Bell, *Saints and Society, the Two Worlds of Western Christendom, 1000-1700*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, p. 149.

Las ferias, los mercados y las peregrinaciones ampliaron progresivamente las fronteras conceptuales de la pertenencia a una comunidad. Y aunque la mayoría de los cultos y peregrinaciones enfatizaban la pertenencia local o regional, otros cultos se convirtieron, a través de la devoción —y la manipulación política— en vehículos de coincidencia nacional. El poder de algunos santos y la utilidad de la expansión de su culto llegaron a tener tal importancia que unieron en devoción a países enteros, creando una noción de comunidad superior a la inmediata.

La segunda dimensión que sugiere la importancia del culto a los santos en la forja de la identidad de nación es social; es decir, la creación de un horizonte cultural común que no distinguía entre sectores sociales. Para Peter Brown “en la parte de la vida cubierta por la práctica religiosa —un área inconmensurablemente más amplia y más íntima en la vida de los hombres de la época que por sus contrapartes modernas— las diferencias de clase y educación no tuvieron un papel significativo.”¹⁵⁷ De acuerdo a Brown, adoptar un “modelo de la religión popular [que] la presente como una disminución, una concepción errónea o contaminada de la religión *no popular*”¹⁵⁸ es un error desmentido por la experiencia medieval. Jean Claude Schmitt, por su parte, sostiene “lo falaz que sería todo intento de interpretación histórica del culto de los santos que no identificara éste más que con las aspiraciones y creencias de una parte del cuerpo social; que hiciera de él, si se prefiere, una manifestación privilegiada de la “religión popular”. Schmitt refuta incansablemente un “modelo a dos niveles” que confronte una cultura religiosa de las élites y una a la de las masas y que perciba a la última como especialmente propensa a encomendarse a los santos y más receptiva a la creencia en el

¹⁵⁷ Brown, *op. cit.*, p. 19.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 19.

milagro.”¹⁵⁹ La religión y el culto a los santos apelaban a todos los sectores sociales por motivos similares y si bien las manifestaciones de la devoción variaban según la fortuna y estilo del devoto, las causas para aproximarse a su santuario eran las mismas.

Como he comentado anteriormente, uno de los supuestos medulares de la teoría de la nación de Ernest Gellner es que la cultura de las élites (la “alta cultura”) y la cultura popular han estado disociadas a través de la historia, y que sólo el advenimiento de la sociedad industrial y el lenguaje homogéneo que ésta requiere para su funcionamiento, expresado como nacionalismo, sortearon las fronteras entre ambas esferas culturales. Sin embargo, la religiosidad medieval parece contradecir este postulado, y el culto a los santos es un ejemplo elocuente de ello. “Los estudiosos de los cultos medievales y las peregrinaciones en Occidente y Oriente han enfatizado que éstos no distinguían entre clases e involucran a ricos y pobres, religiosos y laicos. La Hagiografía apelaba a todos los niveles sociales.”¹⁶⁰ Para Jean Claude Schmitt, “en el debate sobre la “religión popular” [...] el culto de los santos se presta particularmente bien a la demostración pues es por excelencia, en la Edad Media, el ámbito de las creencias compartidas.”¹⁶¹

Aunque, como he mencionado, hablar de un “culto popular” a los santos para distinguirlo de uno de élites es inexacto, el término resulta útil si lo usamos para referirnos a una comunidad amplia de devotos y para oponerlo a los criterios de formalización de éste. En origen, el culto a los santos tiene un componente “popular” que abarcaba lo mismo a reyes que a campesinos. Aunque desconocer los usos políticos del la devoción a los santos sería ingenuo —la canonización, una medida que en su origen era solicitada al Papa por los seguidores del santo para impulsar su culto se convirtió en una herramienta de poder al

¹⁵⁹ Jean Claude Schmitt, “La fábrica de santos”, *Historia Social*, 5 (1989), pp. 129-145.

¹⁶⁰ Wilson, *op. cit.*, p. 38.

¹⁶¹ Schmitt, *op. cit.*, p. 133.

servicio del Vaticano cuando en el siglo XIII se estableció el proceso formal de canonización en el que sólo los grupos más poderosos de la cristiandad podían influir¹⁶²— ni todo el poder del Vaticano podía “crear” un culto ni garantizar su éxito: sólo el fervor de los fieles determinaba el alcance de éste.

La utilidad política que podía extraerse de la promoción de un culto dependía del arraigo que tenía entre diversos sectores de la población. Así, aunque distinguir entre religión “popular” y “religión de élite” es erróneo, tal distinción resulta útil para contrastar el fervor de los sectores sociales laicos al que las autoridades eclesiásticas usualmente respondían con suspicacia inicial, con resistencia y, gradualmente, con la aceptación (y a veces manipulación) del culto. Es en este sentido que “el culto a los santos tiene importante ingredientes de una “religión popular” [pues] se concebía como pertenencia de “la gente” en oposición del clero [...]”¹⁶³. Y es en este sentido que la faz “popular” del culto a los santos resulta significativa, pues, en la medida en que permitió la construcción de una comunidad cultural que, en lo referente a la devoción, era homogénea, contradice uno de los postulados del *modernismo*, a saber, que el nacionalismo como expresión de una comunidad cultural unificada es una manifestación exclusiva de la sociedad post-industrial.

El culto a Santo Tomás de Canterbury refleja acertadamente las dimensiones antes mencionadas. Nacido en Londres, Tomás Becket hizo carrera en la administración secular durante dos décadas, iniciando como un simple empleado eclesiástico y ascendiendo al cargo de Archidiácono, Gran Canciller del monarca Enrique II y Arzobispo de Canterbury (el templo principal y cabeza de la Iglesia de Inglaterra). Desde esta posición, Becket se enfrentó a su

¹⁶² Donald Weinstein y Rudolph M. Bell afirman que la percepción popular de la santidad era distinta que la del proceso formal de canonización y que los criterios oficiales de santidad dicen poco sobre los orígenes del culto. Weinstein, *op. cit.*, p. 142.

¹⁶³ Wilson, *op. cit.*, pp. 38-40.

antiguo protector y monarca por los privilegios del clero en Inglaterra, lo que, a la larga, provocó su asesinato a manos de partidarios de Enrique II en el suelo catedralicio mismo el 29 de diciembre de 1170. Aunque la tradición atribuye al monarca la frase “¿Nadie me libraré de este molesto clérigo?”, la participación directa del monarca en el asesinato de Tomás de Canterbury a manos de nobles partidarios del rey nunca fue demostrada. Sin embargo, en la conciencia popular, el monarca fue señalado como responsable del asesinato.¹⁶⁴

A pesar de los usos políticos que esto podía tener para desprestigiar al monarca, el surgimiento del culto de Santo Tomás Becket no resultó de una acción premeditada de las élites religiosas. En realidad, como ocurría con frecuencia en casos semejantes, las autoridades eclesiásticas y los líderes de la clase secular recibieron al nuevo culto con suspicacia. “Más aún, el culto era una molestia que introducía a la chusma maloliente y ruidosa en la relativa calma del priorato [*priory*].”¹⁶⁵ Más que la manipulación política, el catalizador del fervor al culto de Tomás Becket fueron sus primeros milagros ocurridos fuera del monasterio en beneficio de burgueses comunes y corrientes, campesinos y la pequeña clase propietaria [*minor gentry*], que atribuían al martirio en la catedral el poder taumátúrgico del arzobispo asesinado.¹⁶⁶ Enarbolando estos milagros, el culto se extendió con tal rapidez que apenas tres años después de su asesinato, el Papa Alejandro III canonizó a Tomás Becket.

En Londres, la popularidad del nuevo mártir fue casi inmediata. Becket, descendiente del gremio mercantil de la ciudad, era un reconocido londinense que estudió e hizo carrera en las calles de la metrópoli. No resulta extraño por lo tanto que la ciudad lo adoptara como copatrono junto a San Pablo. Sin embargo el culto al *mártir* de las prebendas del clero no se limitó a la ciudad y pronto se extendió por toda Inglaterra. Gradualmente, la peregrinación al altar de

¹⁶⁴ M. F. Hearn, “Canterbury Cathedral and the cult of Becket”, *The Art Bulletin*, 76 (1994), p. 48.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 48.

¹⁶⁶ *Op. cit.*, p. 47.

Santo Tomás se volvió una de las más populares en el país. Su arraigo y la variedad de los orígenes sociales de sus devotos fueron inmortalizados en *Los Cuentos de Canterbury* por el poeta Geoffrey Chaucer, padre del renacimiento cultural de la lengua inglesa y a quien me referiré con mayor detalle más adelante. Dicha variedad de orígenes sociales contribuye a la idea de que, en lo referente a la devoción en torno a las facultades de intermediación de un santo, nobles y plebeyos se sentían igualmente atraídos por la vida, obra y milagros de estos hombres. En la Catedral de Canterbury, la importancia del santo fue reconocida con la dedicación de un altar en 1220 en la recién construida Capilla de la Trinidad, a donde se trasladaron sus restos. El culto preservó su atractivo durante los siglos inmediatos, hasta que Enrique VIII, en su furia reformista, ordenó la destrucción del santuario en 1538.

La tercera dimensión en que el culto de los santos contribuyó a la construcción de la identidad nacional es política, es decir, a través de la asociación de un culto particular a las pretensiones políticas de nobles y monarcas y la estructura del naciente Estado. En su obra *L'Occident aux XIV et XV siècles*, Bernard Guenée afirmó que los primeros Estados europeos invocaban más a menudo a los santos nacionales que a Dios.¹⁶⁷ En efecto, como hemos visto, la veneración a un santo podía apelar a un amplio espectro social y extenderse en un vasto radio geográfico. Por lo tanto, no es de extrañarse que las autoridades seculares trataran de beneficiarse de éste.

Las monarquías europeas impulsaron la devoción de determinados santos como una de las formas simbólicas para fortalecer su prestigio y poder. En efecto, los carolingios alentaron el culto de los santos romanos como vía para cimentar sus ambiciones imperiales, los reyes Capeto impulsaron el culto de San Dionisio y el de San Luis, monarca de la dinastía, después

167 Bernard Guenée, "L'Occident aux XIV et XV siècles", citado por Gabrielle Spiegel, "The cult of St. Denis and Capetian kingship", en Wilson, *op. cit.*, p. 141. De igual forma, para Stephen Wilson, "el fenómeno de los santos regios señala un punto importante en el desarrollo de los Estado europeos" *Ibid.*, p. 34.

de su canonización en 1297. San Alejandro Nevsky, príncipe de Ucrania y defensor del pueblo eslavo ante los tártaros, era una figura a la que los líderes de los pueblos rusos recurrían con frecuencia. La canonización de Eduardo *el Confesor* en 1161 fortaleció a Enrique II de Inglaterra en sus esfuerzos por limitar los derechos del Papado en la Iglesia de Inglaterra.

Sin embargo, la veneración de un monarca a determinado santo no sólo revelaba cálculos premeditados y astucia política. Como mencioné antes, los motivos para la veneración de un santo atravesaban clases sociales; “los reyes, príncipes y emperadores seguían las peregrinaciones con más estilo que los peregrinos ordinarios pero en el mismo espíritu y por razones similares: para garantizar éxitos en la batalla, asegurarse buena salud y prevenir enfermedades y pedir herederos.”¹⁶⁸ La conveniencia política de un culto no escapaba a los ojos de un monarca previsor, pero negar absolutamente la devoción de los reyes, hombres tan sujetos a la peste, la guerra y la muerte como sus súbditos, sería tener una comprensión limitada de la época.

Aunque cabría esperar que el culto a un clérigo opositor a la monarquía como Santo Tomás Becket mermara la fortaleza de ésta, paradójicamente el culto del mártir se convirtió en una herramienta de legitimidad para los reyes ingleses. Sin lugar a dudas, “de todas las personas relacionadas con Becket, la menos inclinada a dar la bienvenida al culto era el rey, de quien Becket había sido un implacable opositor y a quien se atribuía la muerte del santo.”¹⁶⁹ Sin embargo, la presión del novel y poderoso culto, en el contexto de una rebelión de barones en 1173-1174, fue tal que en julio de 1174 Enrique II se vio obligado a presentarse en Canterbury en un acto de penitencia pública. Al día siguiente, Enrique II capturó en una sola acción a los barones rebeldes, lo que pareció a muchos un acto de intercesión divina, una merced del santo

¹⁶⁸ Wilson, *op. cit.*, p. 38.

¹⁶⁹ Hearn, *op. cit.*, p. 48.

que demostraba así su perdón al monarca. A partir de entonces, el rey recurrió a Santo Tomás Becket con frecuencia y aunque su penitencia pública no implicaba un acto de aprobación directa al culto, sin lugar a dudas aumentaba el estatus de éste. A partir de entonces el culto entró en boga en los más altos círculos y el rey reforzó esta tendencia al unirse a varias peregrinaciones más a Canterbury.

El uso político del culto de Santo Tomás Becket tuvo otras manifestaciones. En Francia, la leyenda de la *Santa Ampula*, según la cual un ángel había proporcionado el aceite con que Clodoveo fue bautizado y que fue recogido en la misma, preservándose milagrosamente, tuvo siempre un potencial político inconmensurable para una monarquía que se asumía como la más cristiana de Europa. Eduardo II se percató del poder simbólico de contar con una *unción celestial* para la monarquía inglesa y en 1318 la corte “encontró evidencia” de que Becket había recibido de la Virgen un recipiente en forma de águila que contenía aceite que debía ser destinado a la consagración de los reyes ingleses.¹⁷⁰ Sin embargo, el Papa no se pronunció sobre el “descubrimiento” de la corte de Eduardo II y el aceite de Becket no tuvo el efecto esperado por el monarca.

Las cosas cambiaron en 1399, cuando Enrique IV (1399-1413), primer rey de la rama Lancaster de la dinastía Plantagenet, se coronó con el sacro aceite. Su propósito al asociarse al prestigioso culto de Becket y, específicamente, a la leyenda del aceite que supuestamente había recibido de la Virgen, es evidente: aumentar la legitimidad del inestable reclamo de los Lancaster al trono de Inglaterra tras la deposición de Ricardo II.¹⁷¹ Los dos monarcas Lancaster que le sucedieron, Enrique V (1413-1422) y Enrique VI (1422-1471) también se imbuyeron de las propiedades legendarias asociadas al milagroso aceite. Sin embargo, el aceite perdió

¹⁷⁰ Walter Ullman, *Thomas Becket Miraculous Oil*, *Oxford Journal of Theological Studies*, 3 (1957), pp. 129-133.

¹⁷¹ J. W. Mackenna, “The Coronation Oil of Yorkist Kings”, *The English Historical Review*, 82 (1967), pp. 102-104.

relevancia con el ascenso al trono de la Casa de York de la dinastía Plantagenet, pero retuvo un sitio ceremonial en las coronaciones de los monarcas subsecuentes hasta que Enrique VIII erradicó el culto del santo con la destrucción de sus despojos mortales.

Así, los monarcas ingleses asociaron su prestigio a un culto que creció de la ciudad más populosa de Inglaterra hasta convertirse en uno de los más célebres del reino y que veneraba a un hombre que había hecho carrera en la relativamente dúctil sociedad inglesa. Las dimensiones que he expuesto como sintomáticas del potencial nacionalista en los cultos de santos —geográfico, social y político— se encuentran vívidamente presentes, a mi parecer, en la historia del culto de Santo Tomás Becket.

LENGUA Y LITERATURA EN LA IDENTIDAD INGLESA

El culto a los santos no es el único elemento que facilitó la creación de una identidad nacional en Inglaterra. Para Adrian Hastings, la historia de la nación inglesa es la historia de su literatura, especialmente, la historia de la victoria gradual de la lengua inglesa vernácula sobre el anglo-normando de las élites.

En efecto, la entronización del inglés como la lengua oficial de la Inglaterra medieval fue un evento de poderosas consecuencias en el imaginario comunal del país. Durante casi cuatro siglos posteriores a la Batalla de Hastings (1066), la lengua de la élite cultural y política fue el normando, un dialecto derivado del francés que, sin embargo, comenzó a ser sustituido en el siglo XIII por una variante del antiguo inglés anglo-sajón, el inglés intermedio, cuya expresión más depurada y exquisita está en *Los Cuentos de Canterbury* del poeta Geoffrey Chaucer.

Este evento parece contradecir de nueva cuenta la hipótesis de Ernest Gellner sobre el hermetismo de la “alta cultura” y la cultura popular. En el caso de la literatura medieval en

Inglaterra, nos encontramos ni más ni menos ante el hecho de que, entre el siglo XI y el XIV el dialecto de la plebe inglesa se hizo camino hasta alcanzar los espacios más relevantes del reino: los edictos de gobierno y las sesiones del Parlamento, los juramentos del rey en la coronación y la literatura de la corte. Esta reivindicación lingüística fue síntoma claro tanto de las estructuras sociales de la época —sumamente móviles a pesar de la estricta jerarquización que caracterizaba a la sociedad inglesa— como de los desarrollos literarios y políticos que, en conjunto, contribuyeron a crear la noción de una comunidad nacional.

El desarrollo lingüístico y literario de Inglaterra está profundamente relacionado con la historia religiosa del pueblo inglés. La traducción de la Biblia del iconoclasta pensador religioso John Wycliffe en 1382 —la primera traducción al inglés del texto completo y una de las primeras traducciones del texto bíblico completo a una lengua vernácula en la historia—¹⁷² tuvo sin duda profundas repercusiones literarias, pero también religiosas y políticas. Las obras y pensamiento de Wycliffe inspiraron el *movimiento lolardo*, una acerba crítica a la estructura del clero y los dogmas ortodoxos de la Iglesia católica que debe contarse entre las bases de la Reforma Protestante.¹⁷³

La Reforma Protestante fue un acontecimiento paradigmático en el surgimiento de la identidad nacional inglesa; su incidencia como fuente de identidad nacional ha sido descrito por Liah Greenfeld en *Nationalism, Five Roads to Modernity*. Sin embargo, en opinión de Hastings, el nacionalismo emanado de la Reforma debe entenderse como una nueva expresión de algo que existía ya desde hacía varios siglos. Según el autor, “varios historiadores han afirmado que “el alba de la conciencia nacional inglesa” ocurrió prácticamente en cada siglo

¹⁷² Hay un antecedente importante en la historia de las traducciones religiosas al inglés, la desaparecida traducción del Evangelio de San Juan de Beda el Venerable en 735. La de Wycliff, sin embargo, fue la primera traducción del texto bíblico íntegro. La primera traducción íntegra del texto religioso a una lengua castellana fue la Biblia Alfonsina de 1282.

¹⁷³ Thomson, *op. cit.*, pp. 335-368.

desde el siglo VIII hasta el XIX”¹⁷⁴. Y él mismo no es la excepción. Hastings encuentra el comienzo de la construcción de la identidad nacional inglesa en la *Historia Eclesiástica del pueblo de Inglaterra (Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum)* redactada por el clérigo Beda *el Venerable* en el año 730.

Según Hastings, en la *Historia* de Beda se evidencia ya la noción de una comunidad de escala nacional pues se presuponen diversos niveles de unidad en los territorios del reino. En primer lugar, la unidad de la Bretaña, la isla principal del archipiélago. En segundo lugar, afirma Hastings, en la *Historia* se reconoce la unidad histórica de un solo pueblo unido por la fe cristiana y el liderazgo inglés; el registro histórico de la “*gens anglorum*”, es decir, a la mezcla de los diferentes pueblos germánicos—sajones, anglos y jutos—que poblaron la isla trescientos años antes de que Beda redactara su descripción y a los que el autor se refiere con el nombre común de “ingleses”.¹⁷⁵ En tercer lugar, Beda reconoce la unidad eclesiástica de las iglesias de Inglaterra, teóricamente dependientes de la sede arzobispal de Canterbury.

La *Historia* de Beda es, según Hastings, el primer ejercicio de identidad nacional de la historia inglesa. “Si el nacionalismo de los intelectuales, de los *Rousseaus*, *Herders* y *Fichtes* antecede la existencia de las naciones como afirman los modernistas, entonces Beda es sin duda el primer caso [...] En su monasterio de Northumbria ciertamente imaginó a Inglaterra [...] desde un cristal lingüístico y eclesiástico.”¹⁷⁶ Sin embargo, del solitario ejercicio de un ermitaño difícilmente podemos deducir una fundación sólida de identidad colectiva de alcance nacional y popular.

¹⁷⁴ Hastings, *op. cit.*, p. 35.

¹⁷⁵ Esta descripción, sin embargo, excluye claramente al resto de los pueblos de Bretaña, los britones, escotos y pictos. La Bretaña de Beda es, entonces, una sola aunque incluye cuatro pueblos y cuatro idiomas. *Ibid.*, p. 37

¹⁷⁶ Hastings, *op. cit.*, p. 38, cursivas mías.

La obra de Beda —un texto escrito en latín— parece un modelo de las restricciones que Hobsbawm hace a la lengua y la literatura como herramientas de la imaginación nacional. Escrita en una lengua incomprensible para las masas y en una era de rampante analfabetismo, su efecto en la forja de una conciencia nacional resulta sumamente limitada. Sin embargo, la influencia cultural de la *Historia* de Beda se potenció por un acto político: la decisión del rey sajón Alfredo *El Grande* (871-899) —el primero en llamarse “rey de Inglaterra”— de traducirla al inglés. La *Historia* se convirtió entonces en un referente importante en el desarrollo de la literatura y lengua vernáculas, al igual que la codificación *alfrediana* de la ley de los reinos de Offa, Mercia, Ethelbert, Kent y Wessex en la misma lengua.

Sin lugar a dudas, la conquista normanda tuvo un efecto negativo en el incipiente grado de unidad lingüística conseguido por Alfredo. La sustitución absoluta de la clase dominante y, más importante aún, el reemplazo de la lengua inglesa por el dialecto francés de los conquistadores nos haría suponer que la nación cultural inglesa se desvaneció completamente tras la entronización de Guillermo *el Conquistador*. Sin embargo, Adrian Hastings afirma que “las estructuras [...] distribución eclesiástica, [y] mitos de origen continuaron siendo esencialmente aquellos anteriores a la conquista”. Por su parte, John Gillingham comenta que, con el tiempo, los “conquistados digirieron a los conquistadores”.¹⁷⁷ En efecto, a pesar del origen continental de los normandos, los lazos que les unían con Francia se diluyeron gradualmente y sólo algunos de entre los más poderosos conservaron sus intereses terratenientes en la región. El culto a los santos anglo-sajones persistió y, desde el siglo XII, la identidad “inglesa” anglosajona se restableció entre la clase dirigente a través del desarrollo del inglés vernáculo.

¹⁷⁷ *Ibid*, p. 43.

A pesar de la conquista normanda, la literatura en inglés se preservó en la prosa religiosa y otras obras de devoción —el *Ancren Riwle*, un código de reglas del siglo XIII para la vida de las ascetas religiosas, por ejemplo— cuyo propósito era la instrucción de quienes no compartían la lengua de la élite normanda.¹⁷⁸ La tradición literaria en inglés continuó en el siglo XIV en traducciones de obras como el *Handlyng Synne*, escrita en 1303 por el monje Robert Mannyng, o el *Cursor Mundi*, un popular poema que sintetizaba la historia del mundo desde la Creación hasta el Juicio Final y que incluía tanto historias bíblicas y homilías como leyendas del populacho. La literatura vernácula se expresó además en la dramaturgia y el teatro con puestas en escena que versaban sobre temas bíblicos, presentadas en ciclos itinerantes en diferentes localidades inglesas. Particularmente famosos fueron los ciclos de los pueblos de Chester, York, Wakefield y Coventry; cuyas obras fueron compuestas entre 1311 y 1350.

Además de las obras religiosas, en el siglo XIV también se escribieron canciones de tintes políticos, algunas compuestas en forma de protesta contra los abusos de los grandes señores —como la *Song of the Husbandman*— y otras escritas para conmemorar los triunfos militares de Eduardo III en las batallas de Sluys, Crécy y Neville's Cross en los albores de la Guerra de los Cien Años. En esta época, la lengua inglesa inició su escalada a los círculos de la corte y la academia. Prueba de ello son los poemas *Sir Gawayne and the Greene Knyght* y *Pearl*, las traducciones al inglés del *Polychronicon* del cronista Ranulf Higdon —compuestas por el círculo académico de Juan de Trevisa a mediados del siglo XIV por encargo de un aristocrático mecenas— y la traducción de los *Viajes de Sir John Mandeville* de 1377.

Las transformaciones sociales y la ampliación en los canales de acceso a las estructuras de poder de la baja nobleza, hablante de una variante del antiguo inglés anglosajón,

¹⁷⁸ Myers, *op. cit.*, p. 81.

repercutieron en la importancia de este idioma en los círculos políticos más relevantes. Este fenómeno comenzó durante el reinado de Eduardo I (1274-1307). En 1295, cuando el monarca solicitó recursos al Parlamento para combatir a Francia, enfatizó que el rey francés pretendía invadir Inglaterra y aniquilar la lengua inglesa.¹⁷⁹ El éxito que consiguió para recaudar fondos permite intuir que, entre otras causas, la defensa de la lengua era una referencia importante para la nobleza reunida en un Parlamento cada vez más representativo de la baja nobleza y la burguesía. Un par de años después, el primer Eduardo recurrió a la misma argucia en el juicio del rebelde escocés William Wallace en 1303 al acusarlo de rehusarse a respetar la vida de ninguna persona que hablara inglés. Y el argumento de la defensa del inglés como mecanismo para garantizar recursos en la lucha contra Francia volvió a ser usado en los Parlamentos de 1295, 1344, 1346 y 1376.¹⁸⁰

La creciente importancia de la lengua inglesa se manifiesta también en la relación de Inglaterra con sus vecinos insulares. En los Estatutos de Kilkenny de 1366, emitidos por el Parlamento de ese año para limitar las libertades de los irlandeses, se determinó que el renacimiento del idioma gaélico debía ser contrarrestado con una política que impulsara al inglés en comunicados oficiales y promulgaciones administrativas. La lengua se revelaba así como el signo de una clase política que se identificaba con ésta y la empleaba para controlar a sus enemigos. Así las cosas, no debe extrañarnos que el cronista contemporáneo de Eduardo I, Roberto de Gloucester, comentara que no había otra tierra que se ciñera tanto a su lengua como Inglaterra, mientras que el autor anónimo del poema *Cursor Mundi* justificaba su uso de la “lengua inglesa por su amor a Inglaterra”.¹⁸¹

¹⁷⁹ Hastings, *op. cit.*, p. 45.

¹⁸⁰ John H. Fisher, “A Language Policy for Lancastrian England”, *PMLA*, Modern Language Association, 107 (1992), p. 1169.

¹⁸¹ “[...] his use of the “inglis Tung” out of love for de “nacioun” of England” Hastings, *op. cit.*, p. 46.

De acuerdo a John H. Fisher, hacia 1360 la mayoría del intercambio comercial y actividad gubernamental se llevaban a cabo en inglés. Quizá por ello en 1363 el discurso de apertura del Parlamento se hizo en inglés por primera vez. El mismo año, el Parlamento decretó que todos los procedimientos legales se hicieran en la misma lengua.¹⁸² Para 1385, la influencia del inglés era tal que, según el traductor de la época Juan de Trevisa, en dicho año la instrucción en todas las escuelas primarias [*grammar schools*] de Inglaterra se hacía en inglés.

A pesar de los avances del inglés en siglos anteriores, el verdadero renacimiento literario de la lengua ocurrió en el siglo XV. En efecto, “no se trata de cuando comenzó a componerse poesía en inglés. Desde 1300 y, particularmente, después de 1350, se escribió más y más literatura en inglés, pero [...] todos los manuscritos de Geoffrey Chaucer, John Mandeville, John Trevisa, John Barbour, Laurence Minot [fueron escritos] después de 1400”.¹⁸³

Como he mencionado antes, el desarrollo del inglés como lengua literaria se debió en buena medida a la obra del poeta Geoffrey Chaucer (1343-1400) quien, a finales del siglo, escribió los *Cuentos de Canterbury*, inaugurando así una nueva era en la historia del idioma. Más allá de su valor poético y literario, los *Cuentos de Canterbury* representan la conquista definitiva del inglés, otrora jerga de la plebe, de los más selectos grupos políticos y culturales. Más importante aún, en el prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, es posible encontrar, según Hastings,

[...] un retrato “completamente horizontal de la nación, de gente de cada comarca de Inglaterra [*from every shire ende of Engelond*] unida por una peregrinación a un santuario nacional [Santo Tomás Becket] El monje, fraile y priora representaban, del clero, el bajo estrato tradicional, al igual que, en la contraparte laica, el caballero y el pequeño propietario [*frankeleyn*] el sargento de la Ley, el Doctor cuyo trabajo requerían un alfabetismo funcional [...] El prólogo nos describe a los cuerpos de una nación

¹⁸² Fisher, *op. cit.*, p. 1169.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 1170.

mayoritariamente de clase media, industrial, agrícola, burocrática y académica que se reúne en Londres.¹⁸⁴

Como el culto a Santo Tomás Becket, la intensa efervescencia literaria a principios del siglo XV, iniciada por la obra de Chaucer, tuvo usos políticos. En opinión de Fisher, Enrique IV y Enrique V impulsaron deliberadamente una política de mecenazgo a la literatura vernácula como una forma de legitimar la usurpación Lancaster al trono de Inglaterra. La importancia de las motivaciones políticas no es menor. En efecto, “en Inglaterra persistió una situación bilingüe, siendo el francés el lenguaje oficial y el inglés el *patois*, durante cuatrocientos años [...] y sesenta tras el comienzo de la Guerra de los Cien Años. Parece probable que el bilingüismo continuaría de no haber sido por la decisión deliberada de alguna autoridad influyente.”¹⁸⁵ La política de patrocinio del inglés podría haber sido un elemento que apelaba a los Comunes en el Parlamento, con quienes ambos monarcas contaron para contrarrestar a los barones.

En el reinado de Enrique IV se tomaron importantes medidas para consolidar la presencia del inglés en el Parlamento, cuando los “Rollos del Parlamento” último bastión del latín y el francés, se redactaron en esta lengua por vez primera. En 1399, año en que usurpó el trono a Ricardo II, el nuevo rey aumentó al doble la pensión concedida al Chaucer. Más aún, el hijo del poeta, Thomas, estaba emparentado con la familia de los Beauforts, nobles familiares de Enrique II. La cercanía con los monarcas Lancaster tuvo dividendos: Thomas Chaucer tuvo una importante carrera como Portavoz de los Comunes en el Parlamento de 1307 y en tres Parlamentos más.¹⁸⁶

Enrique V es una figura señera del nacionalismo inglés por muchos motivos. La victoria de sus arqueros de tiro largo en la brillante batalla de Agincourt de 1415, a cuyo lado el

¹⁸⁴ Hastings, *op. cit.*, p. 47.

¹⁸⁵ Fisher, *op. cit.*, p. 1174.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 1171.

monarca combatió a pie, es uno de los más notables ejemplos. Tres años después de su ascenso al trono, Enrique V implementó el inglés en los documentos estampados con el sello real. Con ello daba un paso definitivo en la consolidación del inglés como lengua nacional de Inglaterra. Según consta en la bitácora del Gremio de Cerveceros de 1422:

*Whereas our mother tongue, to wit the English tongue, hath in modern days begun to be honorably enlarged and adorned, for that our most excellent lord, King Henry V hath in his letters missive and divers affairs touching his own person, more willingly chosen to declare the secrets of his will, for the better understanding of his people [...] it being considered how that the greater part of the Lords and trusty Commons have begun to make their matters to be noted in our mother tongue, so we also in craft, following in some manner their steps, have decreed to commit to memory the needful things which concern us in English.*¹⁸⁷

Su patronazgo a la lengua anglosajona le valió la dedicación del *Libro de Troya* del poeta y monje John Lydgate (1370-1451), émulo de Chaucer, en términos que recuerdan demasiado el discurso nacionalista que tanto habría de repetirse en el siglo XIX y XX. Durante su reinado la suerte del anglonormando estaba echada; el inglés se cristalizó como uno de los elementos de comunión entre los habitantes del reino.

En resumen, creo apropiado afirmar que los desarrollos religiosos —que yo expongo en el culto de Santo Tomás Becket, pero que no se limitan a éste— lingüísticos y literarios en la Inglaterra de la Baja Edad Media potenciaron la posibilidad de “imaginar” una comunidad cultural que se corresponde, espacial y temporalmente, con la comunidad política que he descrito en el capítulo anterior. Más aún, la potencial existencia de esta comunidad cultural resta fundamentos al argumento modernista de la tajante separación de la “alta cultura” y la cultura popular.

En el caso del culto a los santos, la superstición/devoción congregaba en el mismo espacio físico —no sólo el santuario, sino también en la ruta que llevaba a éste— a reyes,

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 1172.

nobles, caballeros, terratenientes, artesanos, y campesinos por igual. La fuerza del culto de Santo Tomás Becket puso de rodillas no sólo a plebeyos analfabetos, sino al monarca de uno de los reinos más pujantes de la Europa del Medioevo. Por otro lado, el inglés medieval, el lenguaje de un pueblo subyugado en 1066, se convirtió al final del periodo que he analizado en el código de decretos del gobierno, de la poesía cortesana y, en *Los Cuentos de Canterbury*, en el atisbo, literariamente exquisito, de una comunidad nacional.

CONCLUSIONES

¿Qué es la nación? ¿Cómo definir a una entidad que es a la vez un estado de conciencia en transformación permanente, una forma de identidad colectiva y una enseña que justifica los sacrificios más inverosímiles y los crímenes más repudiables? Si es factible definir a la nación, ¿cuándo surge y que factores la hacen posible?

En este trabajo me he enfrentado a estas preguntas y he intentado darles una respuesta que ha asumido la forma del análisis historiográfico del surgimiento de la nación —Inglaterra en la Baja Edad Media— como una forma de identidad colectiva. A lo largo de estas páginas he sostenido que la nación es tanto un producto histórico concreto como un *estado* de identidad colectiva. Las definiciones de las que he partido dan cuenta de esta dualidad: entendida en los términos de Ernest Gellner, la nación implica la convergencia de una comunidad cultural y una política. Por otra parte, como sugiere Benedict Anderson, la nación es además un ejercicio colectivo de imaginación que se extiende entre los miembros de una comunidad que, a pesar de no conocerse, se percatan de los elementos comunes que los identifican entre sí.

Estas definiciones dan cuenta también de la deuda que tengo con las premisas teóricas del modernismo. No sólo recorro a éstas en la propia definición de que se alimentan todos mis

argumentos, sino que también comparto muchos de los elementos a los que los modernistas apelan para explicar la génesis de comunidades en las que convergen lo político y lo cultural. La movilidad social es un elemento esencial del argumento de Ernest Gellner y del mío propio. El reconocimiento del Estado como un factor que potencia la posibilidad de nacionalidad —y la concepción de éste como una consecuencia de la especialización del trabajo— son factores que los modernistas también establecieron como explicativos y que yo reconozco en mis argumentos. La labor de los modernistas para refutar la *naturalidad e inevitabilidad* de la nación es igualmente fundamental, y a ellos debemos la crítica más esencial que cuestiona el carácter de la nación como una extensión inevitable de la familia y, en un ejercicio teleológico, como la expresión última y necesaria de la comunidad como mecanismo de supervivencia de la especie humana. Sin embargo, sostengo que el no presta atención suficiente a los elementos que sugieren una nación consolidada en épocas anteriores a las descritas en sus trabajos.

Para Eric Hobsbawm la nación es un fenómeno esencialmente político. Hobsbawm sostiene que el nacionalismo refleja una transformación política específica: la extensión de la democracia electoral y el surgimiento de la política de masas en el momento en que los métodos tradicionales de lealtad política se erosionaban. La legitimidad dinástica, el orden divino, los intermediarios feudales o la cohesión religiosa que sostenían el ideario social y político medieval y del *Ancien Régime* fueron irremediamente dañados por las convulsiones sociales y políticas del último tercio del siglo XVIII. La democratización de la política que emanó de este proceso implicó una necesidad de identificación con el Estado sin precedentes lo que, para Hobsbawm, se expresó a través de la ciudadanía de la que se alimenta el nacionalismo.

Hobsbawm sostiene que en los días anteriores a la ciudadanía el hombre común no tenía un sentido de lealtad directa al depositario final de la potestad política —el monarca— pues ésta estaba intermediada por agencias y corporaciones que las revoluciones burguesas dismantelaron. Dichas agencias, para el autor, fungían como una pantalla entre súbditos y reyes, que eran figuras simbólicas de la virtud y la justicia. Así, el Estado moderno fue para Hobsbawm una novedad en muchos sentidos: ejercía su gobierno directamente y no a través de un sistema de intermediarios y corporaciones autónomas. Por último, Hobsbawm sostiene que fue con el advenimiento de la política de masas que el Estado tuvo que tomar en cuenta la opinión de sus súbditos pues requería su consentimiento práctico, aunque fuera porque necesitaba su participación en los ejércitos o el pago de impuestos.

Es aquí donde señalo mi primer desacuerdo con el argumento del modernismo. En mi opinión, la interpretación que Hobsbawm sostiene sobre el desarrollo del Estado implica una comprensión simplificada de este proceso en otros momentos históricos. Yo me he referido en particular a la Baja Edad Media en Inglaterra, en donde el reclutamiento masivo para la formación de ejércitos y la extracción generalizada de impuestos —por mencionar sólo dos fenómenos específicos a los que el historiador inglés recurre para explicar el interés de la élite en incluir a las masas en el proceso político— sucedieron mucho antes de lo que éste afirma. La *English Exchequer* y los ejércitos de arqueros de tiro largo en la batalla de Agincourt dan debida cuenta de ello.

La posibilidad de una comunidad política relativamente extensa que, en opinión de Hobsbawm, fue imposible hasta la *electoralización* de la política, se anticipa en Inglaterra con la formación de una burocracia reclutada entre la baja nobleza, la clase terrateniente plebeya y los mercaderes de talento. Liah Greenfeld describió este proceso para la época de la Dinastía

Tudor. Sin embargo, la movilidad social es, como he sostenido, una característica de la Inglaterra de la Baja Edad Media. La historia de la familia de *la Pole* que de orígenes mercantiles en el siglo XIV se estableció como una dinastía de cancilleres del reino y Duques de Suffolk en el siglo XV es el ejemplo más elocuente, pero no el único.

En mi opinión, la noción de que la lealtad política centralizada que alimenta al nacionalismo era imposible en épocas anteriores a la *electoralización* de la política debe matizarse. Como espero haber demostrado, los factores que permitieron el fortalecimiento de la monarquía inglesa entre el siglo XI y el XV hicieron de los reyes un mecanismo tangible de identificación que se extendía en el reino de Inglaterra. Más importante aún, estos procesos socavaron la autoridad de los señores feudales y las corporaciones que, en opinión de Hobsbawm, eran el inevitable intermediario entre la autoridad central y los habitantes del reino.

A través de procedimientos simplificados y la consulta directa de las partes implicadas, las cortes y los jueces regionales que representaban al rey popularizaron su justicia. Esto socavó gradualmente la autoridad de las cortes de los señores feudales, escenarios habituales de atropellos y abusos. El establecimiento de la *Curia Regis* obligó a los barones del reino a hacerse súbditos auténticos de los monarcas normandos y la creación de una Oficina de Hacienda centralizada y efectiva llevó a los agentes de la corona a todos los rincones del reino.

Las necesidades fiscales de la monarquía provocaron uno de los acontecimientos más relevantes de la historia del pensamiento político occidental: la creación de la Cámara de los Comunes en el Parlamento. Con el tiempo en ella llegó a gestarse uno de los actos neurálgicos del ejercicio gubernamental: la aprobación del gasto de la Corona. Al igual que la burocracia administrativa, los representantes de la Cámara de los Comunes se reclutaban entre la baja

nobleza y la clase plebeya terrateniente. Así, la comunidad política de la Inglaterra de la Baja Edad Media era notoriamente más amplia que la que Hobsbawm supone. El espíritu de innovación de la época se hizo sentir más allá del reino insular y la actividad de tipo parlamentario de las ciudades-estado del norte de Italia gestaron un pensamiento político revolucionario que tiene en Marsilio de Padua a su más desafiante e iconoclasta exponente.

Hobsbawm es un autor esencial del *modernismo*, pero la fuente primigenia de dicha corriente es el sociólogo checo Ernest Gellner. Como mencioné en el primer capítulo, Gellner sostiene que el nacionalismo es consecuencia de la capacitación mínima que la población requiere en las sociedades industriales. Esta capacitación, sostiene el autor, es indispensable para garantizar los recursos derivados de la movilidad laboral constante que alimentan las expectativas de crecimiento ilimitado de la sociedad industrial. El “entrenamiento” homogéneo se expresa a través de un idioma estándar, abstracto, formal, unitario, libre de contexto, eficaz y comunicable que sólo una entidad con los recursos del Estado burocrático es capaz de codificar y diseminar en el discurso del nacionalismo.

En mi opinión, Gellner no explica del todo por qué esta capacitación en un idioma abstracto asume la forma específica del nacionalismo. Tampoco explica por qué el nacionalismo recurre a símbolos de identidad del pasado para legitimar sus esfuerzos de homogeneidad ni por qué la población asume con tanta pasión e intensidad el nacionalismo. Como mencioné antes, si nos ceñimos a las premisas de Gellner, el Estado bien podría fabricar una cultura sin precedente alguno y, al estilo del Gran Hermano *orwelliano* que reescribía la historia continuamente, gracias al sistema educativo centralizado podría imponerla como un paradigma cultural específico. Más importante aún, la noción de Gellner del hermetismo entre

la alta cultura y la cultura popular alimenta el segundo desacuerdo definitivo que tengo con el modernismo.

Para Gellner, el idioma universal que codifica la cultura homogénea es una manufactura de las élites. El autor sostiene que “el nacionalismo es, esencialmente, la imposición de una alta cultura en la sociedad. Es el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal [...] en lugar de una estructura compleja de grupos locales previos, basados en culturas populares.”¹⁸⁸ En esta noción no tiene lugar la posibilidad de paradigmas culturales compartidos entre las élites y las masas, el idioma universal que se expresa como nacionalismo es una imposición. Para Gellner, es fundamental la noción de que la convergencia entre la comunidad que detenta las potestades políticas y la comunidad cultural es un hecho que sólo las revoluciones tecnológicas, sociales y políticas del siglo XIX hicieron posible. Gellner asevera que no hay ninguna conexión necesaria entre el cuerpo de ciudadanos —o, para evitar el anacronismo, de sujetos políticamente relevantes— de un estado territorial y la identificación como nación en términos culturales, lingüísticos o étnicos. Como he mencionado ya, el autor sostiene que antes del advenimiento de la sociedad industrial “el Estado no tiene interés en promover la comunicación entre las comunidades bajo su mando [y] nadie o casi nadie tiene interés en promover la homogeneidad cultural”.¹⁸⁹

Sin embargo, el desarrollo histórico de la literatura, la lengua y la religión en Inglaterra parecen desafiar las hipótesis de Gellner. En estos factores podemos vislumbrar una comunidad cultural homogénea: en el culto a Santo Tomás Becket, por ejemplo, que lo mismo unía las ambiciones de legitimación de un monarca usurpador que la devoción de un burgués londinense. El inglés medio, lengua heredera del antiguo anglosajón, recorrió el camino de

¹⁸⁸ Gellner *Nations and Nationalism*, p. 57.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 10.

patois de plebeyos y conquistados hasta convertirse en la exquisita lengua de los *Cuentos de Canterbury* y los discursos de apertura de las sesiones del Parlamento. Estos fenómenos, los mismos que Eric Hobsbawm desdeña— como el que le lleva a descalificar al cristianismo por ser universalista— construyeron en la Baja Edad Media de Inglaterra la segunda dimensión de nación: la existencia de una comunidad cultural que coincide, en su desarrollo histórico, con la comunidad política.

Las hipótesis de Anthony Smith revelan, en mi opinión, una comprensión más profunda e imaginativa del fenómeno del nacionalismo. Para Smith, la nación es principalmente un artefacto cultural en cuyo epicentro yace un complejo de símbolos y mitos. Smith sostiene que algunas naciones han tenido en el centro de su desarrollo un *mythomoteur* relacionado principalmente con las élites; el *mythomoteur* dinástico, mientras que otras han tenido presente un complejo mítico-simbólico comunal. Sin embargo, Smith no reconoce la existencia de una comunidad cultural hermética. El *mythomoteur* dinástico y el comunal convergen con frecuencia. En el seno de algunas comunidades el ejercicio de imaginación que da sustancia a la nación se alimenta tanto de las gestas de los reyes como de las narrativas de éxodo, tribulación o el sencillo regocijo de la celebración de los ciclos de la vida humana. En ello, creo yo, radica el éxito del nacionalismo, en su capacidad de evocar la sensación de una familia extendida, de construir —y no de inventar— la noción de un elemento de certeza comunal ante lo desconocido y amenazante.

Con las conclusiones representativas de dos de las figuras señeras del modernismo —la divergencia de la comunidad política y cultural y la inexistencia de una comunidad política amplia antes del siglo XIX, respectivamente— he construido una crítica que, sin embargo, no puede ser considerada como definitiva. Reconozco que la respuesta que sugiero a las preguntas

que planteé en los párrafos atrás es sólo parcial. Los elementos que expongo al analizar el desarrollo de ciertas instituciones políticas —la monarquía y el Parlamento— y de ciertos rasgos culturales —el culto a los santos, la literatura y la lengua— en la historia de Inglaterra en la Baja Edad Media son sólo factores probables y en ninguna forma deben interpretarse como “pruebas” al estilo positivista. La forma en que, en reconocimiento a Benedict Anderson, he concebido a la nación —como un ejercicio de imaginación en la construcción de una forma de identidad colectiva— implica que, si bien los factores de los que parto son procesos históricos más o menos concretos, la verdadera materia de análisis —el efecto de estos factores en el ejercicio de imaginación que da cabida a la nación— es una mera suposición. Tales factores, sostengo, *pudieron* haber incidido en la creación de una comunidad nacional.

Con todo, los factores aquí expuestos abren, creo yo, la posibilidad de imaginar con alguna concreción a una *nación inglesa* entre el siglo XI y el XV. Es posible que en la mente de los habitantes del reino de Inglaterra beneficiados por los procedimientos jurídicos emanados de las cortes reales, por el desarrollo institucional y administrativo asociado a la monarquía y el pensamiento jurídico (que igualaba teóricamente a todos los habitantes del reino, incluso al monarca, en la obediencia debida a la ley) se cultivara la sensación de camaradería y el grado de identidad que alimenta los fuegos del nacionalismo. Es posible que en la mente de los súbditos de la dinastía normanda y sus herederos se creara un lazo de identidad en el culto que unía en devoción lo mismo a reyes y nobles que a campesinos, en la lengua que se usaba lo mismo en los mercados que en la corte y el Parlamento.

Con estas afirmaciones no pretendo aseverar que la Inglaterra de la Baja Edad Media era una sociedad igualitaria en la que la escena política estaba abierta a cualquiera. Nada estaría más alejado de la verdad. Inglaterra era una sociedad estratificada y el poder, como ha ocurrido

en toda la historia humana, estaba limitado a una minoría. Sin lugar a dudas la eficiencia del Estado contemporáneo y el alcance de sus agentes hacen deslucir al Estado medieval. Sin embargo, sostengo que, a través de los procesos antes descritos, es posible que los habitantes de Inglaterra del siglo XV tuvieran en la mente la imagen de su comunión con compatriotas que probablemente jamás conocerían, pero que, en la memoria de las gestas de la Guerra de los Cien Años, en el culto a Santo Tomás, en la certeza de su igualdad jurídica como hombres libres o en el intercambio comercial, podían reconocerse en el mismo espejo territorial y emotivo que da sentido a la nación.

BIBLIOGRAFÍA

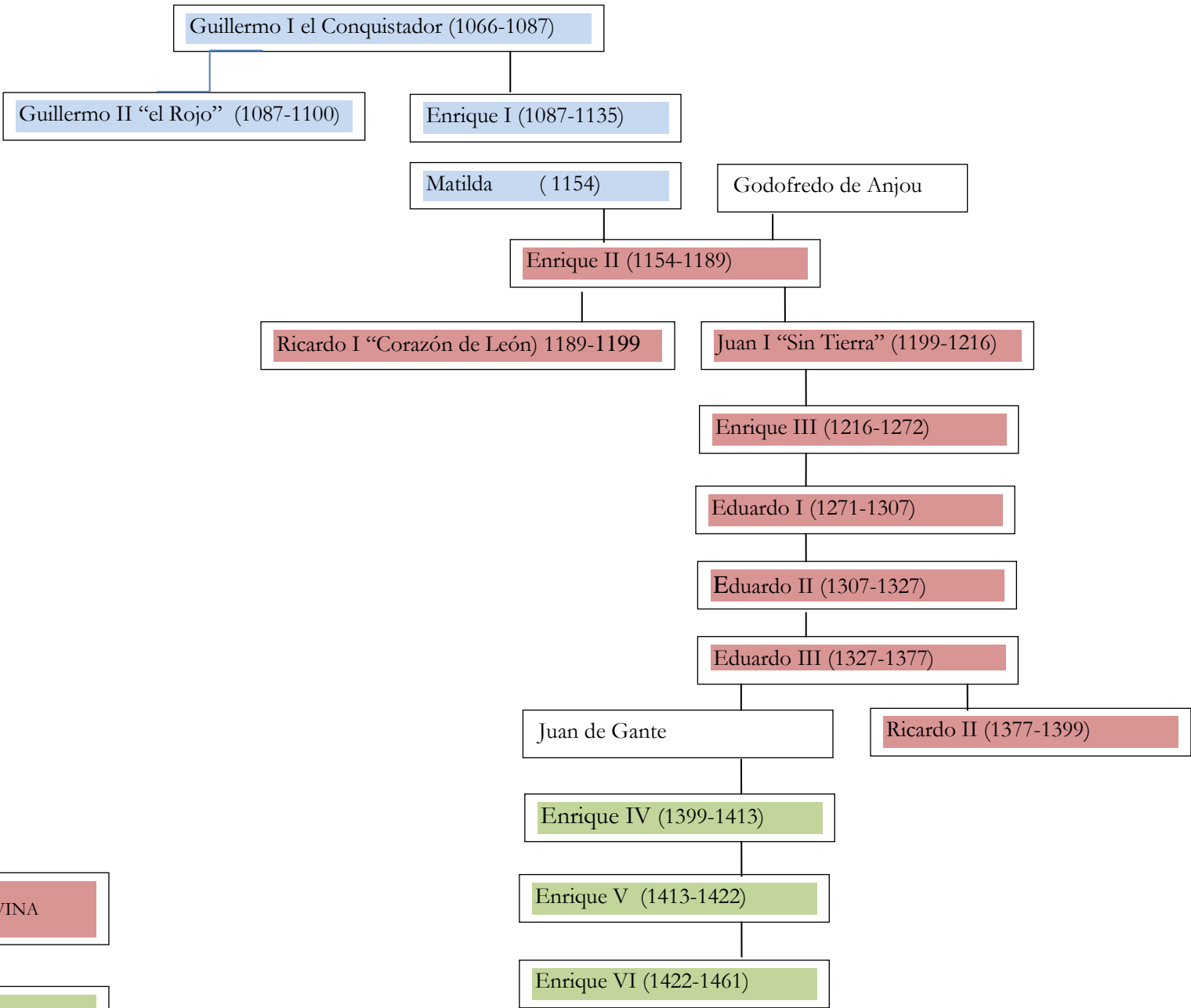
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.
- Brooke, Christopher, *Europe in the Central Middle Ages, 952-1154*, Longman, Nueva York, 1987.
- Brown, Peter, *The Cult of the Saints, Its Rise and Function in Latin Christianity*, Chicago, Chicago University Press, 1981.
- Burns, J. H., (ed.) *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c. 350-c. 1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
- Canning, J.P., “Politics, Institutions and Ideas. Development, c. 1150-1450,” en J. H. Burns, (ed.) *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c. 350-c. 1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
- Cantor, Norman F., *The Civilization of the Middle Ages*, HarperCollins Publishers, Nueva York, 1993.
- Cerutti, Ángel y González, Cecilia, “Identidad e Identidad Nacional”, *Revista de la Facultad*, 14 (2008), pp. 77-94.
- Cruz Revueltas, Juan Cristóbal, “Estado y Nacionalismo tras Gellner, Evaluación de su Teoría” *Historia Mexicana*, 53 (2003), pp. 541-558.
- Di Tella, Torcuato, “Diccionario de Ciencias Sociales”, Buenos Aires, Ariel, 2004, en Ángel Cerutti y Cecilia González, “Identidad e Identidad Nacional”, *Revista de la Facultad*, n. 14 (2008), Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue.
- Dunbabin, Jean, “Government” en Burns, J. H. Burns, (ed.) *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c. 350-c. 1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
- Fisher, John H., “A Language Policy for Lancastrian England”, *PMLA*, 107 (1992), pp. 1168-1180.

- Freemantle, Anne, *La edad de la fe*, México, Ediciones Culturales Internacionales, 1999.
- Gail, Ashton, *The Generation of Identity in Late Medieval Hagiography: Speaking the Saint*, Nueva York, Routledge, 2000.
- Gellner, Ernest, *Cultura, identidad y política: El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Ed. Basil Blackwell, Oxford, 1983.
- Giddens, Anthony *Sociología*, Alianza, Madrid, 1991.
- González, Aurelio y Miaja de la Peña, María Teresa (ed.) *Introducción a la cultura medieval*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006.
- Greenfeld, Liah, *Nationalism, Five Roads to Modernity*, Massachusetts, Harvard University Press, 1992.
- Guenée, B., “L’Occident aux XIV et XV siècles”, citado por Gabrielle Spiegel, “The cult of St. Denis and Capetian kingship”, en Wilson, Stephen, *Saints and their Cults, Studies in Religious Sociology, Folklore and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983
- Hall, John A., *The State of the Nation, Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Nueva Cork, Cambridge University, 1998.
- Hastings, Adrian, *The Construction of Nationhood*, Cambridge University, Nueva York, 1997.
- Hearn, M. F., “Canterbury Cathedral and the cult of Becket”, *The Art Bulletin*, 76 (1994), pp. 19-52.
- Hobsbawm, Eric *Nations and Nationalism since 1870: Programme, Myth, Reality*, Nueva York, Cambridge University, 1990.
- Holland, Tom, *Rubicón. Auge y caída de la república romana*, Barcelona, Editorial Planeta, 2007.
- Holmes, George, *A History of England (vol. 3). The Latter Middle Ages, 1272-1485*. Edimburgo, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1962.

- Mackenna, J. W., "The Coronation Oil of Yorkist Kings", *The English Historical Review*, 82 (1967), pp. 102-104.
- Masera, Mariana, "La lírica popular en la Edad Media" en González, Aurelio y Miaja de la Peña, María Teresa (ed.) *Introducción a la Cultura Medieval*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006.
- Miaja de la Peña (ed.) *Introducción a la cultura medieval*, UNAM, 2006.
- McCrone, David, *The Sociology of Nationalism, Tomorrow's Ancestors*, Nueva York, Routledge, 1998.
- Morrow, John, *The History of Political Thought. A Thematic Introduction*, Basingstoke, Ed. Macmillan, 1998.
- Myers, Alec Reginald, *England in the late Middle Ages*, Middlesex, Penguin Books, 1952.
- Opello, Walter C., *The Nation-State and Global Order, A Historical Introduction to Contemporary Politics*, Ed. Lynne Rienner, Colorado, 2004.
- Pérez Vejo, Tomás, "La construcción de las naciones como problema historiográfico: El caso del mundo hispánico" en *Historia Mexicana*, v. 53, n. 2 (oct.-dic. 2003) El Colegio de México.
- Pritchard Evans y Meyer Fortres, *African Political Systems*, citado en Sánchez Andrade, *Teoría General del Estado*, Editorial Harla, México, 1987.
- Sánchez Andrade, Eduardo, *Teoría General del Estado*, Editorial Harla, México, 1987.
- Schmitt, Jean Claude "La fábrica de santos", *Historia Social*, no. 5 (otoño 1989).
- Smith, Anthony D., *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford Ed. Blackwell, 1986.
- Smith, Anthony, *Nationalism, Theory, Ideology, History*, Massachusetts, Polity, 2001.
- Spencer, Philip y Wollman, Howard, *Nationalism, a Critical Introduction*, California, Editorial Sage, 2002.

- Strayer, Joseph Reese, *On the Medieval Origins of the State*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1970.
- Thomson, John A.F., *The Transformation of Medieval England, 1370-1529*, Londres, Longman, 1983.
- Ullman, Walter, "Thomas Becket Miraculous Oil", *Oxford Journal of Theological Studies*, 3 (1957), pp. 129-133.
- Vázquez Pasos, Luis A., *Identidad, benequén y trabajo. Los desfibradores de Yucatán*, México, El Colegio de México, 1999.
- Weber, Eugene, "Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1880–1914" en McCrone, David, *The Sociology of Nationalism, Tomorrow's Ancestors*, Nueva York, Routledge, 1998.
- Weinstein, Donald, Bell, Rudolph M., *Saints and Society, the Two Worlds of Western Christendom, 1000-1700*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.
- Wilson, Stephen, *Saints and their Cults, Studies in Religious Sociology, Folklore and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

GENEALOGÍA DE LOS MONARCAS INGLESES. 1066-1461



DINASTÍA NORMANDA

DINASTÍA PLANTAGENET. RAMA ANGEVINA

DINASTÍA PLANTAGENET. RAMA LANCASTER